

2185

XVI
1-28 (2)

Sig. : XVI/1-28 (3)

Tít.: Las esculturas del Cerro de lo
Aut.: Mérida y Alinari, José Ramón (

Cód.: 301019151



DPO2185

LAS ESCULTURAS

DEL

CERRO DE LOS SANTOS

CUESTIÓN DE AUTENTICIDAD

POR

JOSÉ RAMÓN MÉLIDA

DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO,
DIRECTOR DEL MUSEO DE REPRODUCCIONES ARTÍSTICAS.

(De la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*.)

MADRID

TIP. DE LA REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS

Infantas, 42, bajo, izq.

1906

Nº 6.385

7529



AL EXCMO. SEÑOR

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

MAESTRO Y AMIGO:

Llegué tarde al homenaje que en ocasión memorable tributaron á usted sus amigos y admiradores. No tuvo pequeña parte en mi retraso el deseo de hallar asunto apropiado. Tal me ha parecido el que al fin le ofrezco, no solamente por ser el más importante de la Arqueología ibérica, sino porque las cuestiones que entraña comenzaban á ser esbozadas cuando usted y yo concurríamos todavía á las aulas, donde tuve la fortuna de encontrarle, y se han mantenido siendo tema de discusión durante el período en que usted ha conquistado en la cátedra su gloria y yo he practicado en el Museo Arqueológico Nacional mi labor silenciosa, de la que son parte principal estas páginas, las cuales deseo por ello se honren con el nombre de usted.

Acéptelas benévolo y se lo agradecerá de corazón su antiguo amigo y constante admirador,

Q. L. B. L. M.

José Ramón Melida.

LAS ESCULTURAS DEL CERRO DE LOS SANTOS

CUESTIÓN DE AUTENTICIDAD

I

Con este mismo subtítulo escribió el sabio arqueólogo francés Mr. Léon Heuzey, Director del Museo Oriental y Griego del Louvre, una Memoria que leyó ante la Academia de *Inscriptions et Belles Lettres* de París en sesión celebrada el 18 de Abril de 1890, presentando cuatro vaciados; uno de la estatua mejor y más grande de las descubiertas en el Cerro de los Santos, existente en nuestro Museo Arqueológico Nacional, y tres de otras tantas cabezas de igual procedencia y colección. Dicha Memoria, publicada en el *Bulletin* de aquella alta corporación, y con dos hermosas láminas reproduciendo los vaciados en la *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie Orientale*¹; reconocía por origen el viaje realizado á Madrid por el autor en el otoño de 1888 y la impresión que había recibido al examinar las dichas esculturas que en el Museo de la calle de Embajadores ocupaban por entero el llamado *Gabinete de Yecla*².

El mismo Mr. Heuzey, al comienzo de su trabajo, expone claramente la *cuestión*, diciendo que cuando España envió á París ciertas colecciones de antigüedades, para que figurasen en la Exposición Universal de 1878, envió también «una serie de vaciados reproduciendo extrañas estatuillas de piedra caliza, de un trabajo bárbaro, á la vez pesado y rebuscado, comparables en ciertos puntos á las obras más toscas de la escultura gala ó

¹ T. III (1891), pág. 96. *Statues espagnoles de style greco-phénicien*; planchas III y IV.

² Antigüedades de Yecla se han llamado y se llaman, impropriamente, á las descubiertas en el Cerro y su contorno, á pesar de hallarse el Cerro en la provincia de Albacete y el pueblo Yecla en la de Murcia. Obedece el hecho á que no hay otro punto más cercano al dicho paraje.

romana con reminiscencias torpes del arcaísmo griego y del estilo oriental, sin contar las inscripciones en caracteres de apariencia fenicia, griega ó celtibérica grabadas en muchas de estas figuras. Llamaban sobre todo la atención, entre otros adornos extravagantes, inverosímiles tocados de mujeres, que parecían inventados por una imaginación empeñada en buscar formas exóticas y caprichosas: altos gorros puntiagudos, turbantes en forma de bolas, mitras cuadrangulares que se ensanchan por su parte alta.»

«Según parece, estas estatuas españolas no obtuvieron gracia del arqueólogo eminente (Mr. Adrien de Longpérier) que presidía con grande autoridad y brillante éxito la organización de la exposición retrospectiva del Trocadero. Se estaba naturalmente en reacción y en desconfianza contra la manía de los orígenes fenicios, que reinaran desde larga fecha en muchos puntos del litoral mediterráneo, pudo abrigarse el temor de que esta vez fueran ciertos. En resolución, los vaciados venidos de Madrid fueron dejados, acaso no sin malicia, en un pabellón separado y expuestos entre las curiosidades modernas de España. Allí los encontré y tuve ocasión de examinarlos curiosamente. Confieso que mi primera impresión no les fué favorable. Sin embargo, junto á los vaciados había algunos restos originales del mismo estilo, enviados como muestras de la piedra, y que me parecieron de una ejecución bastante franca y de un aspecto bastante antiguo, tanto como era posible juzgar por tan débiles piezas. Este detalle había bastado para dejarme perplejo y para mitigar la incredulidad mía.»

Antes que Mr. Heuzey suscitase esta cuestión difícil, otro sabio extranjero eminente, al cual debe muchísimo el conocimiento de las antigüedades hispanas, el Prof. Emilio Hübner, de Berlín, la había tocado con tanta habilidad como intención en la obra escrita en castellano y publicada en Barcelona en 1888 bajo el título de *La Arqueología de España*¹, pues después de dar cuenta del Cerro de los Santos y de sus antigüedades, y mencionar con toda circunspección cuanto hasta entonces se había publicado sobre el particular, dice al final, refiriéndose á los objetos de Yecla conservados en el Museo de Madrid: «Hay entre ellos también algunas falsificaciones». Lo cual, observa Mr. Heuzey, «viene un poco como la flecha del parto».

1. Páginas 236 á 238.

Pero justo es decir que antes de que se dijera en el extranjero y en letras de molde que entre los objetos de Yecla había falsificaciones, se venía diciendo aquí, lo decíamos en nuestras conversaciones y era, por decirlo así, cosa corriente entre los arqueólogos y aficionados. En un principio, esto es, á raíz del descubrimiento de esas esculturas en el Cerro de los Santos, sorprendieron de tal manera sus extraños caracteres sin precedentes, que nadie dudó de su autenticidad: ni D. Paulino Savirón, que practicó las excavaciones, ni D. Juan de Dios de la Rada y Delgado, que lleno de entusiasmo acometió el estudio de ellas haciéndolo tema de su *Discurso* de recepción en la Academia de la Historia en 1875. Todo el mundo creyó de buena fe que nuestro Museo tenía en esa colección un verdadero tesoro arqueológico. El Sr. Rada dividió su estudio en dos partes principales, dedicadas una al punto de vista artístico y otra al epigráfico. Acaso fué este delicado punto el que sirvió de partida á los recelos y reservas con que algunos espíritus suspicaces empezaron á mirar esas antigüedades. Ello es que si en un principio se aguardó á conocer lo que decía en definitiva la ciencia sobre esos extraños objetos, cuando se hubieron conocido las conclusiones, los pareceres se dividieron: quienes, acaso los más, se manifestaron dudosos; quienes incrédulos en absoluto; quienes, los menos, decididos defensores de la autenticidad de todas las piezas. Las dudas no se manifestaban acerca de la totalidad de las figuras, sino de algunas de ellas, ante las cuales solía arrojarse sin vacilación el dictado de *falso*.

Tal era el estado de opinión acerca de este asunto cuando el autor de estas líneas se encargó de la sección I del Museo y sustituyó en el cargo de Jefe de la misma al Sr. Rada. Comprendiendo que se trataba de un pleito en el cual no era posible fallar sin un detenido estudio y sin aquella autoridad que en la vida oficial depende más que de la ciencia de la posición lograda, esperó momento oportuno de acometer tal empresa. La contemplación constante de una cosa, y más si ésta entraña un problema en cuya resolución tiene el contemplador alguna responsabilidad, pesa mucho en un espíritu habituado á observar y comparar. De aquí que yo, sin abordar la cuestión, pues atendía ante todo á la reorganización de aquel departamento puesto bajo mi cuidado, y en el que había ya miles de antigüedades de muy distinto género, las cuales era necesario inventariar, catalogar y reinstalar con arreglo á un nuevo plan sistemático, me había ido formando un criterio respecto de aquellos extraños ob-

jetos; y en el artículo *Cerro de los Santos* que hice para el *Diccionario Enciclopédico hispano-americano*, en cuyo tomo IV se publicó, en 1888, escribí: «No ha faltado quien niegue la autenticidad de algunas figuras de carácter egipcio y de animales, como asimismo las inscripciones, aunque estén en estatuas antiguas. Las estatuas dudosas son en muy corto número; en cuanto á las inscripciones hay que esperar que en no lejano día se haga luz respecto de ellas». Dado el carácter puramente informativo de los artículos que sin firma redactábamos los colaboradores de dicho *Diccionario*, no pude yo decir más en aquellas páginas sobre ese particular; pero sí reflejar en tales palabras mi propia opinión y la confianza de que el Dr. Hübner, á quien había yo ayudado á sacar calcos de todas las inscripciones del *Cerro* existentes en el Museo, pronunciaría pronto un fallo definitivo acerca del aspecto epigráfico de la cuestión.

En esto estábamos cuando vino á Madrid Mr. Heuzey, que, como él mismo dice, recibió ante las estatuas originales una impresión bien distinta de la que había experimentado en París. «Llevaba, dice, más que desconfianza; pero apenas paseé mis ojos por la colección, tuve el sentimiento de que se hallaban ante mí, junto á piezas difíciles de aceptar, una serie de objetos procedentes de escavaciones auténticas, los cuales formaban un conjunto arqueológico de alto interés.»

Hace constar el sabio francés que si tan curiosas antigüedades no habían sido bien recibidas y apreciadas por los arqueólogos de otros países, no había sido por culpa de España y de sus hombres de ciencia, que desde luego reconocieron la importancia de tales piezas y no habían cesado de señalarla.

Daba luego cuenta del hallazgo de antigüedades en el *Cerro* y de su copiosa bibliografía; y señalando el hecho de que los arqueólogos extranjeros «no habían tocado á estas antigüedades, sospechosas, á lo menos puestas en tela de juicio, sino con suma precaución y, como suele decirse, con guantes», reconocía el aspecto auténtico de *muchas, las principales*, esculturas, deteniéndose por fin en el estudio de la indicada estatua grande y de las tres cabezas, que fueron las piezas por él escogidas de intento entre las que no tenían inscripciones, pues sólo atendió á estudiar la parte artística. Los vaciados que le sirvieron para su demostración fueron hechos para él en nuestro Museo, que se los regaló con destino á la galería de vaciados del Louvre.

El viaje y la Memoria de Mr. Heuzey fué el punto de partida de una corriente de investigación científica que desde entonces viene haciendo Francia en nuestro país, tanto por el campo de la Arqueología como por el de la Literatura. La primera muestra de ello fué la excursión informativa que realizó por España Mr. Arthur Engel, en 1891, comisionado por el Ministro de Instrucción pública de Francia, dirigiendo especialmente sus esfuerzos y su atención al esclarecimiento de la *cuestión de autenticidad* de las esculturas del Cerro de los Santos. Acompañaba á Mr. Engel un dibujante y ambos trabajaron durante varios días en el *Gabinete de Yecla* del Museo. El fruto de las pesquisas del nuevo investigador se publicó dos años más tarde, formando una curiosísima Memoria, de la cual forzosamente hemos de ocuparnos más adelante. Bastará decir aquí que después de hacer un detenido análisis de las distintas opiniones emitidas, declara el verdadero fin de su viaje empezando por recordar las palabras con que Mr. Heuzey terminaba su trabajo, en las cuales indica la conveniencia de hacer *sobre el terreno* una información (*un enquête*) en toda regla. «Para practicar esta información, dice, demasiado tardía por desgracia, me hallaba yo en Almansa el 24 de Febrero, luego el 25 de Octubre de 1891, veinte años después de las primeras escavaciones.» Añade que no sin desconfianza indagó si se habían hecho en tal época trabajos escultóricos en el país, examinó con curiosidad los escudos de armas, capiteles, etc., de las construcciones viejas; visitó el *Cerro* y aun removió sus tierras, recorrió la región y las casas de los aficionados que conservaban antigüedades, de las que algunas consiguió llevar al Louvre, y alguno de aquellos le puso sobre la pista de cierto sujeto al que llamaremos nosotros el *relojero de Yecla*... Acaso esto fué más de lo que esperaba monsieur Engel, puesto que no solamente pretendía apreciar la falsificación, sino descubrir al falsificador, y él creyó encontrarle.

Entre tanto nosotros, en el Museo, ignorantes de tal *enquête*, nos preparábamos á ocuparnos de las antigüedades del Cerro. Ampliado el local de la Sección con una gran sala para la cerámica clásica y con una galería para los bronce, era llegada la hora de colocar dichas muestras del arte ante-romano de España en el lugar que les correspondía dentro del proceso histórico, entre las del arte oriental y las del arte griego. La ocasión era propicia para separar lo auténtico de lo falso, pues la mezcla es lo que más perjudicaba al efecto producido por el conjunto. Acababa de encargarse de la Dirección del Museo el Sr. Rada, el cual encontró algo

radical el criterio que pretendía yo seguir en la instalación. Dos años más tarde, cuando instalamos definitivamente el Museo en el Palacio en que hoy se halla, al crear en él la Sala ibérica y dar preferencia en ella á las antigüedades del Cerro, aunque tropezaba con la misma dificultad, hice lo que pude.

Hecho esto por mi parte, quedaba aún otro trabajo que hacer y era abordar en una Memoria la delicada cuestión de autenticidad en lo que al Museo atañe. Mi propósito de hacerlo estuvo contenido por razones de prudencia y aun más por consideraciones de amistad, que fácilmente comprenderán mis compañeros. Pero hoy las circunstancias han variado. En el curso de *Arte antiguo en España*, que explico en el Ateneo, he podido, sin temor á herir la susceptibilidad de nadie, y puedo ahora en esta REVISTA, puntualizar extremos, como estoy en el deber de hacerlo.

Voy, pues, á señalar, según mi criterio, cuáles son las piezas auténticas del Cerro de los Santos y cuáles las falsas, en la colección del Museo.

Pero antes es indispensable repasar la historia de tan interesante página de la Arqueología ibérica y exponer la doctrina tal como lo permiten hasta ahora los descubrimientos y trabajos sucesivos. Al hacerlo es menester, por interés científico y por deberes de patriotismo, hacer constar toda la verdad de los hechos.

II

Conviene mucho puntualizar cómo fueron adquiridas por el Museo Arqueológico Nacional las antigüedades del *Cerro de los Santos*. Los elementos para conocer estos antecedentes son la documentación oficial conservada en la Secretaría del Museo y la Memoria que en 1875 publicó el distinguido arqueólogo D. Paulino Savirón, en cuyo fiel relato de las excavaciones y adquisiciones saltan á la vista la honradez, la seriedad y la modestia que constituían con la entereza de buen aragonés el carácter de aquel inolvidable compañero, artista por temperamento.

En 1871, por Febrero se recibieron en el Museo la *Memoria sobre las excavaciones hechas en el Cerro de los Santos*, recién publicada por los P. P. Escolapios de Yecla, y un número del *Ateneo*, periódico de Vitoria, conteniendo cierto artículo en el que se daba cuenta de otros hallazgos que se estaban efectuando en Palencia. Al tener noticia de uno y otro trabajo los jefes de las Secciones del Museo Sres. D. Juan de Dios de la

Rada y Delgado, D. Francisco Bermúdez de Sotomayor, D. Juan de Malibrán y D. Juan Sala, dirigieron con fecha 26 de dicho mes una comunicación al Director del Museo, D. Ventura Ruiz Aguilera, señalando la conveniencia y la urgencia de enviar personal facultativo á uno y otro punto, con objeto de realizar excavaciones cuyo fruto viniese á enriquecer el Museo. El director, haciéndose eco de tan nobles deseos, pidió con fecha 28 al Ministro de Fomento los medios necesarios para llevarlos á efecto. La superioridad respondió favorablemente, cual podía esperarse de los buenos propósitos del Ministro, D. Manuel Ruiz Zorrilla y de la cultura del Director de Instrucción pública, D. Juan Valera, el cual comunicó que por R. O. de 20 de Marzo se confería una comisión á los Sres. Malibrán, Savirón y Rodríguez Villa para que fuesen á Yecla é hicieran allí excavaciones y adquisiciones; y otra concesión análoga á los Sres. Rada y Salas Dóriga para que desempeñaran idéntico cometido en Palencia, asignando á cada comisión mil quinientas pesetas para los gastos.

Pero no se efectuaron entonces estos viajes, sino que quedaron aplazados, sin duda porque el Gobierno debió estimar más urgente preparar al nuevo Rey D. Amadeo la inauguración del Museo, lo cual exigía de su personal la terminación de las instalaciones.

Dicha ceremonia se verificó el día 9 de Julio de aquel año.

Efectuase la expedición á Yecla en Otoño. El Director del Museo dice al Ministro en una comunicación del 11 de Septiembre, que dos días antes había recibido los fondos necesarios y que debe dejarse sin efecto la designación del Sr. Rodríguez Villa por hallarse éste enfermo. El 13 anuncian que salen para dicho punto los comisionados Sres. Malibrán y Savirón. El 27 dan éstos cuenta de sus trabajos al Director del Museo: han adquirido «cuarenta objetos de piedra entre estatuas, otras esculturas y fragmentos, todo ello de un interés indisputable, para la historia y el arte de los primeros tiempos, en la suma de 2,500 reales»; pero añaden que por haber recibido algo tarde el permiso (que efectivamente consta en carta de fecha 21) del Marqués de Valparaíso para hacer excavaciones en el *Cerro* de su propiedad, tocaba á su término el plazo de 15 días señalado para el desempeño de la comisión, por lo cual encarecen la conveniencia de que la superioridad facilite la prosecución de los trabajos. Así lo significa al día siguiente el Director al Ministro, el cual por R. O. de 3 de Octubre, le comisiona con el Sr. Savirón para escavar en el *Cerro*. Practícanlo en efecto saliendo de Madrid el 25 de dicho mes y regresando el 26 de Noviembre. El crédito

concedido para esta comisión fué de 2,500 pesetas, de las cuales pagaron 1,100 al Sr. Amat por la adquisición de varios objetos que enumera de esta suerte en el recibo: (fecha 28 Octubre) «Cuatro estatuas de piedra, varios fragmentos de otras, catorce cabezas, un toro de piedra, un vaso de piedra, diferentes vasitos de cerámica» y otros objetos de distinto género, «adquiridos todos en la provincia de Albacete y Murcia». Otras cantidades fueron invertidas en comprar objetos á varias personas. Y por donación del P. Lasalde y del Sr. Amat aumentó la comisión el número de las estatuas del *Cerro*.

El Sr. Savirón en su memoria describe primeramente aquel paraje de la provincia de Murcia. Dice así: «A una legua del pueblo de Montealegre, siguiendo la anchurosa cañada que flanquean diferentes cordilleras, por cuyo pie corren las aguas torrenciales, pasando junto á Yecla, y se dilatan en extensas llanuras hasta desaguar en la costa de Alicante, se halla el *Cerro* denominado *de los Santos* desde tiempos antiguos, por los restos de esculturas que han ido apareciendo en su superficie al menor movimiento de tierras que se ha hecho en aquel corto espacio; está situado á 38° 45' de latitud y á 2° 26' de longitud E. del Meridiano de Madrid, á un kilómetro de la línea divisoria de las dos provincias de Albacete y Murcia.»

Hace notar que sobrepujan en altura al Cerro los montes que le rodean entre los cuales descuella el llamado del *Arabí*, que se halla al Sur y no pasa de 500 metros sobre el nivel del mar; que entre aquellas eminencias hay algunos *túmulus*; que la situación del Cerro es «hacia el medio de la cañada, como si continuas avenidas, en la sucesión de los tiempos le hubieran cargado de terreno de aluvión hasta lograr su aislamiento del *Arabí*, del cual se deriva. Su extensión mayor de Sur á Norte es de 180 metros; de 85 su altura de Este á Oeste, menos en su descenso á la cañada, que no excede de 55 metros. Su altura mayor es de 30 metros; 25 cuenta la menor.....»

«Una ligera capa de tierra vegetal cubre otra de piedra calcárea, llamada en el país *tosca*, que varía hasta los 14 centímetros de irregular espesor; y forma el fondo del monte la roca de finísimo grano, hallada en todas las cercanías, que prestó excelente materia para las construcciones y estatuaria del antiguo *Adoratorio*. Aunque poblado de muy atrás por espesa vegetación, sin duda fué consecuencia del incendio y de las devastaciones ocurridas en anteriores tiempos, y á ella se debe la conservación.

de los restos del monumento del ya famoso monte. Sábese que en dos épocas diferentes las llamas redujeron á cenizas su espeso arbolado, el cual siempre volvió á brotar con lozana vida, llegando hasta tiempos cercanos á nosotros. En su espesura, según relación de personas ancianas del país, no podía entrar el ganado para aprovechar sus pastos. En el año 1830 se hizo un corte general de árboles; y desde entonces, arrastradas las tierras por las lluvias y recias avenidas, fué descubriéndose la ya descarnada cima, presentando algunos restos de antiguas construcciones y fragmentos esculturales, ocultos hasta entonces.»

Da cuenta después el Sr. Savirón de sus excavaciones, empezando por describir el *Adoratorio* ó templo, construcción de planta cuadrilonga, de 15^m60 de longitud por 6^m90 de anchura, con su ingreso ó *pronaos* al E. de 2^m68 6^m, con dos gradas en el ingreso; la construcción de piedra, compuesta de sillares de unos 2^m de longitud, sentados sin cemento, por hiladas regulares, siendo dobles los muros de la *cella* ó santuario, y los cimientos de hormigón. «El interior del edificio, dice, *destruido por próximas anteriores excavaciones*; nos revela que el piso firme, ó sea el pavimento de mosaico, se halla á mayor altura porque el macizo de la roca calcárea rebosa la línea del cimiento de los sillares, que subsisten fijos, si bien con algunas desigualdades de profundidad de aquélla....»

A pesar de esto halló pequeños ladrillos romboidales, vasos de barro cocido negro y alguna fíbula, todo lo cual considera romano.

Señala otros vestigios arquitectónicos, desde el costado de aquél, hacia el S. y describe luego minuciosamente los trabajos de desmonte practicados desde distintos puntos de la base del *Cerro* hasta el *Adoratorio*, precisando las estatuas ó fragmentos de ellas, piezas de bronce y cerámica que por fruto de tales trabajos logró descubrir, siendo de apreciar la escurpulosidad y el acierto con que supo dirigir el Sr. Savirón á los operarios, los cuales marchaban de abajo á arriba para que el mismo desprendimiento de la tierra arrastrara los objetos, evitando fatales golpes de azadón. Removió de esta suerte hasta la roca hallando los objetos á profundidades varias desde 50 centímetros á cerca de 4 metros.

En el curso de las excavaciones dos accidentes de importancia le fueron revelados por sus distintas huellas: uno fué el incendio acaecido sin duda en tiempos primitivos, el cual debió destruir aquellas construcciones anejas al templo y calcinó algunas esculturas; el otro fué, lo movido de las tierras, claro indicio de las rebuscas, efectuadas antes de la llegada de

la comisión. Fruto de ellas, logrado por la parte occidental del *Cerro* eran las estatuas á la sazón depositadas en la Administración del Conde de Montealegre, en Yecla, otras que adquirió el Museo «por compras hechas á particulares, y algunas más, pocas», que poseían, en las cercanías del *Cerro* «varios nocturnos merodeadores».

Lo que pudo hallar el Sr. Savirón, fueron los restos que «existían en el *Cerro de los Santos*, ó mejor dicho habían permanecido ignorados á pesar de anteriores exploraciones llevadas á cabo por D. Vicente Juan y Amat y otras efectuadas por orden del señor propietario de la finca».

Falta de medios la comisión para prolongar sus trabajos al pie del *Cerro* y del monte Arabí, en el paraje que á juzgar por algunos restos hallados supone el Sr. Savirón que fué donde estuvo asentada la población que prestara culto en aquel *Adoratorio*, resolvió abandonar dicho punto; pero antes hizo entrega al Administrador del Conde de Montealegre de los objetos descubiertos, menos los que por mutuo acuerdo quedaron para el Museo.

Describe después el Sr. Savirón, separadamente: primero, los objetos más importantes por él descubiertos; segundo, los adquiridos por compra en la primera expedición á Yecla; tercero, las «adquisiciones por compra en las comarcas de Yecla, y donación debida á la generosidad del ilustrado catedrático P. Carlos Lasalde,» y por fin una estatua, adornada con símbolos astronómicos, «cedida generosamente, á una sola indicación de los comisionados, al Museo Arqueológico, por D. Vicente Juan y Amat».

Vuelve á ser comisionado, el Sr. Savirón, por R. O. de 17 de Junio de 1875, para visitar otra vez aquellas comarcas y adquirir nuevas estatuas, lo que realizó en efecto el 6 de Julio siguiente y da cuenta de ello en un apéndice á su memoria. Pero existe inédita otra memoria del mismo dirigida al gobierno, en la que, sin sombra de jactancia, pone de relieve el celo y el patriotismo con que procedió, para conseguir que el Sr. Amat cediera de sus exageradas pretensiones en el precio que ponía al magnífico jarrón árabe y á treinta estatuas del *Cerro*. Adquiriose todo al fin en lote, en la suma de quince mil pesetas, sin mediar tasación de cada uno de los objetos. Se comprende que más de la mitad de dicha suma corresponde al jarrón.

Todavía en Marzo de 1885, en otro lote de objetos adquiridos al señor Amat, ingresaron en el Museo trece piezas más de Yecla.

De todo ello, resulta que el Museo posee unas 566 piezas, de las cuales cerca de 300 son esculturas, y que el importe de las adquisiciones suma

unas 3.000 pesetas, que con los gastos de las comisiones hacen subir á 5.000 pesetas la cifra total de lo que costaron al gobierno las antigüedades del *Cerro de los Santos*.

III

Las antigüedades descubiertas en el *Cerro de los Santos* tienen extensa bibliografía que no se dispensaron de repasar los escritores que en los últimos años se ocuparon de aquéllas, y con menos razón podemos dispensarnos nosotros, puesto que tratamos de esclarecer todos los extremos del asunto.

Enumeraremos los trabajos de autores españoles y después los de autores extranjeros, por el orden de su aparición.

El punto de partida fué una reseña, fechada en Corral Rubio á 31 de Enero de 1860, de las ruinas del *Cerro de los Santos*, por el artista Sr. Don Juan de Dios Aguado y Alarcón, que las había visitado el 28 de dicho mes; reseña que acompañada de dibujos reproduciendo algunas de las estatuas descubiertas dirigió á la Academia de Bellas Artes de San Fernando, la cual por acuerdo tomado en sesión de 29 de Octubre siguiente la trasmitió á la Academia de la Historia.

Por el pronto las excitaciones del Sr. Aguado para que se hagan excavaciones no son atendidas. Pero se publican sus noticias y dibujos, en el trabajo siguiente, primero que salió á luz referente al asunto.

Algunas consideraciones sobre la estatuaria, durante la monarquía visigoda, por D. José Amador de los Ríos.—El Arte en España, t. II (1863), páginas 13 á 18 y lámina litográfica, que reproduce ocho fragmentos, por los dibujos del Sr. Aguado y Alarcón.—El estado en que este investigador halló aquellas ruinas, es el primer dato positivo que hallamos en el trabajo del docto académico, pues dice que en las vertientes del *Cerro* se descubrían gruesas gotas de plomo y derramados por la cuesta algunos sillares de fábrica descantillados, indicando que aquel edificio debió ser destruido por un incendio «y en tiempos no muy lejanos sometido al rigor de in-doctas é interesadas excavaciones»; en la meseta se veían sillares hacinados, montones de sillarejos, cascos de vasijas «de barro saguntino», trozos de mosaico formados de cubos de mármol durísimo, blanco y gris, y crecido número de cabezas, troncos y pedestales de estatuas, derribados por el suelo. Cree Amador de los Ríos que el edificio era un templo cristiano, un *Martyrium*, y ante la imposibilidad de identificar quiénes fue-

ron los mártires cuyas estatuas supone las descubiertas, lamenta la pérdida de una inscripción en caracteres latinos, «pero de tan difícil lectura para los que lograron verla, que nada dedujeron de ella, condenándola acaso á ser destruida, por acusar su inexperiencia y su ignorancia.» De las diez y ocho estatuas descubiertas solo le es dable examinar los ejemplares de la lámina, tres cabezas y cuatro grandes fragmentos. Encuentra las estatuas en cuestión un tanto desproporcionadas «bien que revelando el anhelo de respetar y conservar las tradiciones del arte clásico,» y analiza los caracteres indumentarios valiéndose de las descripciones que hace de los trajes de la época visigoda el prelado hispalense S. Isidoro en las *Etimologías*, especialmente en lo que dice *De ornamentis capitis fæminarum*.

En cuanto al aspecto artístico, bien que creyéndole manifestación inequívoca de la época visigoda, dichos monumentos le enseñan que «iban desapareciendo poco á poco las grandes máximas del arte, alterándose las proporciones, desnaturalizándose las líneas, y perdiéndose la verdadera idea de la belleza en el desnudo, principalmente en las manos, que no pueden ser de traza más infeliz»; encuentra la ejecución amanerada y monótona, encerrado el arte en una rutina de la que solo podía esperarse su decadencia. Apreció, en suma, de un modo muy justo los caracteres; solamente se equivocó en cuanto á la época.

Memoria sobre las notables excavaciones hechas en el Cerro de los Santos, publicada por los PP. Escolapios de Yecla, Madrid, 1871. Folleto de 71 páginas, en 8.º mayor.—Esta curiosa cuanto rara publicación, debida según creemos, á la ilustrada pluma del P. Carlos Lasalde, es la primera en que se asigna un origen anteromano á dichas antigüedades, que supone obra de la gente bastitana, refiriéndose á ello con estas palabras: «El pueblo cuyos restos nos ocupan, vino á España por el Africa, muchos siglos antes que esas naciones (los bárbaros) arribaron á nuestras costas, i tal vez antes que esos pueblos existieran en los países en que llegaron a tan alto grado de prosperidad. No nos atrevemos, sin embargo, á negar del todo la influencia que los fenicios pudieran ejercer posteriormente igualmente que los griegos en el gradual perfeccionamiento de su civilización, de origen al parecer egipcio, como lo demuestran principalmente las estatuas mui imperfectas en un principio, i bastante acabadas luego; pero ignorando siempre el natural i hasta las más esenciales nociones anatómicas, que conocían mui bien los hasta el presente tenidos por colonizadores de nuestra península.» Describe luego el *Cerro* y suce-

sivamente los objetos encontrados: cerámica, piezas de metal y estatuas, acabando con un estudio del pueblo bastitano. De los vasos de barro hace un análisis técnico, interesante, estableciendo un primer grupo de vasos toscos y negros por defecto de la misma coción, otro grupo de vasos de mejor elaboración, en cuya pasta halla fragmentos de carbonato de cal «tan abundante en el país,» algo de sílice y grande cantidad de óxido de hierro «que en unión con las sustancias orgánicas les dan un color bastante oscuro ó negro, según las proporciones»; otro grupo de vasos que revelan notable adelanto, pues disminuyen en su pasta aquellas sustancias y abunda la arcilla plástica, produciendo un barro negro, muy fino y bien cocido, de una sola y delgada capa ó de dos, la exterior clara; y por fin vasos de la misma clase decorados con barniz rojo, pardo ó gris de óxido de hierro. Hace notar que todos los vasos son pequeños y de grandes se hallaron fragmentos que parecen determinar forma esférica.

Da luego cuenta de los objetos de metal, armas de hierro, de las usadas por los españoles, hojas de lanza, dardos, espadas, puñales y fragmentos que sospecha si serían de mazas; numerosos anillos de latón, probablemente usados para sujetar las flechas á sus astas; desproporcionados idólos y otras figuras de bronce humanas ó de animales, en especial de toro, anillos y fíbulas y los consabidos grandes trozos de plomo. Las armas, que debieron ser ofrendas depositadas en aquel sagrado lugar por los guerreros bastitanos se hallaron dice cerca de las ruinas del edificio principal y lejos de las estatuas.

Las estatuas de piedra dan más campo á las observaciones del autor, el cual cree distinguir en ellas un proceso de arte que se manifiesta en tres épocas; la primera de figuras toscas, «verdaderos cilindros de piedra,» la segunda en que se advierten los brazos de relieve y ciertos detalles de los trajes, y la tercera en que las proporciones, el modelado y la disposición de los accesorios han llegado á cierto perfeccionamiento. El estilo le parece participar de una influencia egipcia. Se pregunta qué significación tienen estas estatuas, en las que al cabo cree ver representaciones de sacerdotes y magistrados. Describe también las estatuillas de toros y caballos, á veces dispuestos en grupos de á dos.

Advierte que algunas estatuas llevan sobre el pecho una inscripción, «todas diferentes, de letra turdetana.»

Y acaba con largas consideraciones sobre la extensión, historia y costumbres del pueblo bastitano.

Monumentos prehistóricos de Yecla, serie de cinco artículos de D. José María Domenech, en el periódico de Madrid *La Esperanza*, de 19 y 26 de Noviembre, 2, 11, 12 y 23 de Diciembre de 1872.—Concede al *Adoratorio* «gran valía histórica, para unir el *eslabón* que separó la Europa de la gran cadena de las generaciones orientales». Reconoce el carácter oriental de las esculturas, cuyos símbolos le parecen panteísticos. Encuentra que no tienen nada de los aborígenes ni de cristiano, ni de persa, y fijándose en la simbología, especialmente en su aspecto cosmogónico, visible en las figuras de sol, luna y estrella que adornan algunas estatuas, concluye que el templo de Yecla lo fundaron los fenicios. Supone (valiéndose como dato de fecha de la representación del navío *Argos*, cuya expedición se supone efectuada de ochenta á cien años antes de la guerra de Troya) que esta fundación acusa una antigüedad de treinta y tres siglos por lo menos». Habla de exploraciones de unos valencianos y de que dicho hallazgo había despertado interés á los ingleses. Atendiendo á las inscripciones reconoce tres períodos en la vida del santuario: el primero fenicio, el segundo griego y el último latino. Encuentra que las estatuas romanas están esculpidas por los *mismos* cinceles fenicios», pues son de la misma escuela que las anteriores, de donde deduce que el santuario existió algún tiempo en armonía con los romanos después de la llegada de Escipión, y no debió durar mucho tiempo más.

Antiquities of Yecla, artículo de D. Juan Facundo Riaño en la revista de Londres *Atheneum*, de 1872, vol. II, pág. 23.—Después de dar cuenta del descubrimiento y de los caracteres de las estatuas, indica que éstas pueden ser atribuídas á la época de la filosofía gnóstica, correspondiendo, por lo tanto, al siglo III ó IV antes de nuestra Era.

Consideraciones sobre dos medallones hallados en el Cerro de los Santos, Yecla, por D. José Biosca Mejía. *Memorial numismático español*. Barcelona. T. III (1873), págs. 208 á 215, lám. VI, litográfica.—Describe un medallón de bronce, que lleva en el anverso cabeza barbada y laureada (tal vez Júpiter), mirando á la izquierda, y en el reverso sacerdote arrodillado, mostrando en las manos un adoratorio con una triada cuyo padre es Ammon (por donde halla el autor la identificación con Júpiter); leyenda griega. Estima que estos medallones son de «origen greco-egipcio», y fijándose en la mezcla de elementos egipcios y griegos de la religión de los cartagineses, data de la dominación de éstos el «templo gentílico fuera de poblado», existente en el *Cerro* y el medallón.

Promete ocuparse del segundo medallón en otro artículo, que no llegó á publicarse.

El Tesoro de Montealegre.—*Apuntes sobre las antigüedades del Cerro de los Santos*, por F. Danvila. *El Tiempo*, núms. 1718, 1719 y 1720, días 10, 11 y 12 de Diciembre de 1874.—Tiene noticia de los hallazgos por la memoria de los padres escolapios, y lamenta no se hubiese publicado la memoria de la comisión del Museo. Por aquélla da noticia del sitio, da cuenta de las esculturas, etc., y de los dos grandes bronce que le enseñó el Sr. B. (Biosca), distinguido arqueólogo valenciano. Encuentra el templo de carácter griego. Cree los vasos cerámicos productos indígenas de distintas procedencias, denotando sus incisiones y relieves influencia oriental.

Lo mismo descubre en el estudio de las estatuas, respecto de las cuales dice: «La actitud, la diferencia de tamaño, la diversidad de trajes, el gran número de dichas estatuas y la ausencia de todo signo que indique la representación de la Divinidad, nos fuerza á convenir en que son objetos votivos, tal vez representaciones de los sacerdotes, caudillos ó principales individuos de los pueblos que practicaban el culto del dios adorado en Montealegre». Encuentra el arte de las esculturas fenicio ó de carácter fenicio, con lo cual halla justificadas las influencias egipcias, y pretende que los sarcófagos de Sidon existentes en el Louvre «presentan una especial semejanza con las estatuas de Montealegre». Analiza detenidamente la indumentaria, en la cual encuentra «indudable filiación oriental, con algún accidente que señala la época de progreso de la influencia griega en la fabricación y en el arte.»

Combate el supuesto de que los símbolos respondan al culto del dios pérsico Mithra, y los cree de un culto heliaco de origen asimismo oriental que debió ser culto del Hércules tirio ó de Baal, y sus manifestaciones femeninas. Indicando que para sentar una opinión definitiva sería necesario reunir todo lo descubierto, resume su opinión diciendo: «que el edificio de Montealegre fué un templo levantado por los habitantes de nuestro país durante los siglos IV ó III antes de Jesucristo al Hércules tirio y sus manifestaciones femeninas», y no inclinándose á admitir «que la diferencia de objetos indica el paso de diversas civilizaciones por el *Cerro de los Santos*»; encuentra que «aun las figuras y símbolos que presentan señales de la influencia romana, y que pueden creerse menos antiguos, son de una ejecución grosera y pertenecen al mismo arte que las demás». También se ocupó de las inscripciones.

Estos artículos, más propios de una revista científica que de un periódico político, revelan conocimientos y buena orientación en su autor.

Noticia de varias excavaciones del Cerro de los Santos, por D. Paulino Savirón y Estevan; artículos publicados en la REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS Y MUSEOS, primera serie, tomo V (1875), págs. 125, 161, 193, 229 y 245, con cinco láminas dibujadas y litografiadas por el autor. Tirada aparte, en 12.º, muy rara.—Esta memoria, de que ya hemos dado noticia á los lectores, por ser el fundamento obligado de cuanto se ha escrito y se escriba acerca de la materia, no ha menester otro encarecimiento de su importancia y su mérito. Es la relación verídica del hecho científico y la fuente de información necesaria para clasificar las antigüedades del *Cerro de los Santos*. La escribió su autor en cumplimiento de lo que estimó desde luego un deber, para dar cuenta de cómo le había cumplido. Leyendo sus palabras se deja comprender que ni el Gobierno ni el Museo pudieron conceder presupuesto para publicar con el carácter oficial debido ese trabajo que importaba á todos. Pasaba el tiempo, la memoria no se publicaba, llegó el año 1875 y preparó el Sr. Rada y Delgado su discurso de ingreso en la Academia de la Historia sobre el mismo tema. Entonces el Sr. Savirón no esperó más, comprendió que debía adelantarse á publicar lo suyo y lo consiguió en la REVISTA. El primer artículo salió en el número de 20 de Abril y el último en el de 5 de Agosto. La recepción del Sr. Rada se verificó el 27 de Junio.

El derecho de prioridad era legítimo en el Sr. Savirón; pero él no aspiró á clasificar las esculturas: señala la divergencia de pareceres formulados ante ellas, inclinándose al más corriente, que las relacionaba con «orientales ritos». Hace historia del hallazgo y del *Cerro*, da cuenta de las excavaciones por él planteadas y dirigidas, y, por fin, describe las antigüedades traídas al Museo. El ojo de artista y el recto juicio del hombre avaloran esta memoria hasta en los menores detalles de su texto, y asimismo son estimables sus láminas, que revelan la buena elección de las piezas. No desconfió Savirón ni un momento de la autenticidad de lo que en Yecla le ofrecieron. Convencido del valor arqueológico del conjunto, describe con riguroso método y exactitud las piezas reunidas.

El catálogo de ellas nos será muy útil á su tiempo.

Antigüedades del Cerro de los Santos en término de Montealegre. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia en la recepción pública del Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado el día 27 de Junio

de 1875. [*Contestación* de D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe.] Madrid, Fortanet, 1875. 4.º, 186 págs., el plano del *Cerro*, levantado en 1871 por D. Paulino Savirón, xxx láminas representando varias esculturas y objetos procedentes del dicho paraje, dibujadas y litografiadas por J. Bustamante, y un mapa de las *Regiones antiguas del Sudeste de España*, por D. Aureliano Fernández-Guerra.—El trabajo del Sr. Rada estuvo considerado durante mucho tiempo como el más completo que se hizo sobre las antigüedades de que nos ocupamos. Más que un discurso, hasta por su forma y por ir acompañado de láminas, es un libro. Encierra un doble estudio artístico y epigráfico. De éste nada diremos, pues con ser tan extenso y acaso en el que puso más empeño el autor, carece hoy de interés y nada significa para nuestro punto de vista, que es el artístico, y en el cual está el valor del estudio del Sr. Rada. Para comprenderlo basta indicar una circunstancia que le favoreció notablemente. Mientras se había efectuado la inauguración del Museo Arqueológico y las expediciones del Sr. Savirón al *Cerro de los Santos*, el Sr. Rada había efectuado, en virtud de comisión oficial, su viaje á Oriente. Había visitado la isla de Chipre á tiempo que Cesnola comenzaba sus famosas excavaciones, con las que llegó á poner de manifiesto una nueva página del arte antiguo, un estilo desconocido, mezcla de elementos orientales y griegos. Tan extraña revelación hirió, como no podía menos, la viva imaginación del Sr. Rada, el cual, comprendiendo la importancia de lo que veía, se procuró algunos ejemplares de antigüedades chipriotas que trajo al Museo, donde enriquecen la sala oriental de la Sección I. Al regresar con esos objetos y ver en el Museo los recién traídos del *Cerro*, el Sr. Rada advirtió enseguida entre los primeros y los segundos una relación que le hizo entender eran unos y otros productos semejantes de análogas circunstancias históricas. Era muy pronto para que la ciencia pudiera decir todo lo que hoy sabemos respecto de esa relación artística, tan fecunda entre el Oriente y la Grecia. No pudo, por consiguiente, el Sr. Rada adelantarse á su tiempo, ni trató de fundar una ley científica en el fenómeno que descubría. Pero le hizo notar, como asimismo las analogías de estilo entre las estatuas del *Cerro* y las chipriotas.

No analizaremos el trabajo del Sr. Rada, de todos conocido. Dejando para el final del presente lo que en particular dice de las estatuas principales del *Cerro*, expondremos sumariamente sus conclusiones.

El Sr. Rada, procediendo «de lo más próximo á lo más remoto», halla estatuas seguramente romanas (las vestidas con túnicas y mantos y

otras), observando en algunas caracteres greco-romanos. «Con estas estatuas—dice—forman adecuado maridaje las muchas fíbulas y lucernas, idolillos, lanzas y otros objetos... indudablemente romanos, que se encontraron en las primeras capas de las excavaciones». «Hecha exclusión de estas estatuas—continúa—las demás, en medio de las diferencias que en su tocado ofrecen, presentan un carácter común que las enlaza, y que hace volver la vista del arqueólogo pensador á las regiones del arte egipcio.» Después de precisar los caracteres generales establece tres grupos artísticos: uno de cuatro figuras cuyas líneas, actitudes y prendas indumentarias son «marcadamente egipcias», y que representan divinidades; otro grupo, más numeroso, al que pertenecen las figuras de mujer con las copas, las sentadas é imágenes simbólicas, como la esfinge, el escarabajo, el toro, el obelisco, observándose en las estatuas, «sobre una base marcadamente egipcia, trazos característicos griegos, y en lo relativo al indumento, influencias asirias», que también se observan en obras arcáicas griegas, citando á tal propósito el plegado simétrico del manto en el relieve de la mujer subiendo á un carro, del cual relieve, hallado en la acrópolis de Atenas, había traído un vaciado el Sr. Rada al Museo Arqueológico. El tercer grupo es el romano.

Encuentra en aquellas estatuas femeniles, objeto principal de su estudio, el arte egipcio y el griego bastardeados por extraños elementos, tanto en los rasgos fisionómicos en que halla un tipo étnico indígena cuyo recuerdo cree encontrar en las mujeres murcianas, como en los símbolos y objetos que llevan y que recuerdan ora al Egipto ora á la Asiria.

Se extiende en el examen de muchas piezas de la colección para deducir la religión, lengua y conocimientos astrológicos y matemáticos propios de aquel centro de culto, y acaba sentando por conclusiones que el templo, de planta griega, debió estar dedicado al Sol: que cerca, en la parte más alta del *Cerro*, debió haber un observatorio astronómico; «templo y observatorio en el que viviría un colegio de sacerdotes orisiacos é isiacos, poseedores de la ciencia de los caldeos, llamados por otro nombre magos ó matemáticos: que aquel templo y aquella acrópolis debió pertenecer á una de las tres ciudades fundadas por colonias jónicas que al O. del Júcar (*Sucro*) se levantaban, según los textos de Artemidoro citados por Esteban de Bizancio y de Estrabon, *Dianium*, *Himeroscopium* y *Alonis*, apellidando el primero á la segunda de éstas, Ciudad de celtíberos: que los griegos autores de aquellos monumentos debieron traer consigo una colonia

de egipcios ó haber ellos mismo permanecido mucho tiempo en el vasto imperio de los Ptolomeos de Egipto, recibiendo directas influencias de los asirios ó caldeos, como casi todos los pueblos de las orillas del Mediterráneo: que el templo y observatorio debieron edificarse casi al mismo tiempo que el de Diana de la vecina Denia, perseverando hasta la época romana, alcanzando gran boga en la primera mitad del siglo III hasta su destrucción, á fuego y hierro probablemente, por el decreto de Teodosio contra los templos gentílicos, durante cuyo largo período fueron dejando huellas de su civilización y de su culto, egipcios, asirios ó caldeos, griegos, ibéricos, fenicios ó púnicos (como lo demuestran los exvotos de caballos y jinetes) y romanos: que las mismas figuras revelan distintos períodos artísticos, si es que las que puedan parecer más primitivas por su rudeza no son de la misma época que otras de mejor arte, pero debidas á cincel de pésimo artífice, como sucede en todas las épocas y en todas las naciones; y por último que parece personificar toda la amalgama de religiones que allí se descubre, la tosca estatua de Hércules sobre el cancerbero en el país del Hércules gaditano».

En la *Contestación*, el Sr. Fernández Guerra, valiéndose de un plano del Sr. Coello y de los datos que halló en los *Vasos apolinarios* y en el *Itinerario de Antonino* cree demostrar que el lugar de tales hallazgos correspondía á la ciudad de *Elo*, cuyo «alcázar ó capitolio» estuvo en el Monte Arabí y en el *Cerro de los Santos* su barrio de *Pale*, donde debió existir un hemeroscopio ó colegio sacerdotal con su observatorio diurno. «Alzabase *Elo*, escribe, hacia el último confín boreal de los Mastianos ó Massianos, región, como dice Teopompo, agregada á la Tartésida, los cuales, á fuer de primeros pobladores quizá, hubieron de hacer suyo el espléndido territorio que se dilata desde las victoriosas márgenes del Salado, en el Estrecho de Gibraltar, hasta más arriba de Alicante». Asigna á aquella tribu origen asiático, y sigue la historia de las poblaciones de gente jonia y gente fenicia en aquella comarca, luego cartaginesa, después romana y por fin visigoda, indicando que el rey Leovigildo fué quien en 577 entró por ella á sangre y fuego, y llegando á señalar un obispo *elotano*. Cree, como Rada, que las doctrinas egipcias fueron el alma del centro de culto cuyos restos dan lugar á este estudio, y al ver que las monedas allí descubiertas no pasan del siglo de Constantino y Teodosio, entiende que entonces «á mano airada cayó el templo y derritió el incendio la cubierta y el revestido de cobre de las puertas y muros».

La lectura solemne de estos discursos, que pareció venían á descifrar un problema de la mayor trascendencia en las ciencias históricas y como á levantar el velo que cubría nuestro pasado ante-romano, fué señalado como acontecimiento científico de primer orden. Así lo demuestran los artículos bibliográficos que les dedicaron escritores distinguidos. Véanse en sustancia las opiniones emitidas.

Recepción del Sr. D. Juan de Dios de la Rada y Delgado en la Real Academia de la Historia, por J. V. (José Villaamil y Castro). *La Iberia*, número 5750, 29 de Junio de 1875.—Encuentra el trabajo del Sr. Rada más analítico que sintético en razón á haber tratado con excesivo aislamiento unos objetos de los otros, por lo cual tuvo que «recurrir á considerar como exvotos los rastros de diversos artes y como huellas sucesivas de diferentes civilizaciones las que acusan diferentes artes». No halla tampoco establecida en el discurso la relación que debió existir entre el arcaico templo *prostilo* y las estatuas.

«Parécenos también—dice—que no hubiera sido enteramente impertinente detenerse un momento á tratar de conciliar los caracteres extraegipcios que ofrecen las estatuas que se consideran como de este arte, con los de las esculturas pertenecientes á otros artes y éstas entre sí, y aun intentar romper el dique que opone la epigrafía para sincronizar (permítasenos la palabra), todos los monumentos encontrados; á la vez que se establecía la oportuna separación entre unos y otras, según los parajes y profundidad en que se encontraron, hasta donde sobre este punto se pudiesen adquirir noticias.»

Antigüedades de Montealegre.—Discursos pronunciados en la Real Acad. de la Hist... (Sin firma, pero según nota del trabajo siguiente, original de D. Eduardo de Hinojosa.)—Señala el acontecimiento literario, elogia ambos discursos y hasta la parte material del libro; estima de la mayor novedad é importancia las conclusiones de ambos académicos. Dice que el primero de los arqueólogos franceses, Mr. de Longperier, y los insignes alemanes el egiptólogo Lepsius, el epigrafista Hübner y el historiador Mommsen, fueron los primeros en disfrutar y estudiar dichos discursos.

Se hace cargo de la buena doctrina establecida por el Sr. Fernández Guerra acerca de la monarquía visigoda y de otros extremos que no son aquí pertinentes.

Bibliografía.—Antigüedades del Cerro de los Santos.... Discursos.... por T. del C. (Toribio del Campillo). REVISTA DE ARCHIVOS, BIBLIOTECAS

Y MUSEOS, 5 de Sep. de 1875, (V, pág. 283).—Tributa elogios á los Señores Rada y Guerra, cuyas conclusiones expone sencillamente y reproduce por nota una carta dirigida al Sr. Rada por el eminente arqueólogo francés Mr. de Longperier y que conviene reproducir:

«Paris, 5 Juillet 1875.

»MONSIEUR:

»J'ai reçu, par les soins de mon excellent et savant ami Don Vicente Vazquez Queipo, le volume que conjointement avec Don Aureliano Fernández-Guerra y Orbe, vous avez eu l'extrême bonté de m'envoyer. J'avais entendu parler des antiquités du *Cerro de los Santos*, mais sans pouvoir me former une idée de leur nature; et grace á vous, il me sera possible de suivre tres exactement les discussions auxquelles ces monuments ne peuvent manquer de donner lieu, car vos descriptions sont certainement d'une fidelité parfaite.

»Votre livre, d'ailleurs, monsieur, est écrit avec un talent littéraire qui donne de l'attrait aux matières les plus obscures et qui nous montre, une fois de plus, que les bonnes traditions sont vivantes á Madrid.

»Il y a dans les inscriptions que vous publiez des détails tellement extraordinaires, qu'ils excitent l'étonnement, malgré même la manière ingénieuse dont vous les expliquez avec une érudition incontestable.

»Les héllenistes, les égyptologues diront leur avis ¹; quant á moi je ne suis qu'un simple antiquaire et je ne me permettrais pas de trancher des questions philologiques.

»Veuillez, monsieur, agréer mes bien sincères remerciements auxquels je vous prie de faire participer Don Aureliano Fernández-Guerra, et croire á l'expression de mes sentiments de haute considération.

»Longperier».

Juicio crítico de las antigüedades del Cerro de los Santos en término de Montealegre, Discursos leídos en la..... por Fermín Herran. *Revista Europea*, V, 1875, (Septiembre), pág. 409.—Elogia el trabajo del Sr. Rada, pero no le parece tenga ningún fundamento el supuesto de la compenetración de civilizaciones y emite la hipótesis de que las antigüedades del *Cerro* sean «del tiempo de Baciano, que introdujo el culto del Sol en el imperio romano», y más adelante muestra reparos en creer remota la antigüedad de la estatuaria del *Cerro* porque en los primeros tiempos del cris-

¹ «Todavía se les aguarda», escribió por comentario Mr. Engel al transcribir esta carta en el *Rapport*, de que pronto nos ocuparemos.

tianismo se mezclaron con sus símbolos los gentílicos, de modo que sin precisarlos dá á entender si aquellas serían de dichos tiempos. El autor escribe desde Vitoria y no conoce las estatuas más que por su reproducción en las láminas que acompañan á los *Discursos*.

Antigüedades del Cerro de los Santos en término de Montealegre, conocidas vulgarmente bajo la denominación de antigüedades de Yecla, por D. Juan de Dios de la Rada y Delgado. *Museo Español de Antigüedades*, tomo VI (1875), pág. 249 y seis láminas litográficas.—El texto, como declara el autor al principio, es reproducción del *Discurso*.

Nuevas esculturas procedentes del Cerro de los Santos en término de Montealegre, adquiridas por el Museo Arqueológico Nacional; noticia por Don Juan de Dios de la Rada y Delgado. *Museo Español de Antigüedades*, tomo VII (1876), pág. 595, y dos láminas dibujadas y litografiadas por Millán.—Se refiere especialmente á las dos estatuas más grandes y toscas de las traídas de Yecla, á cuatro pequeñas, un relieve y dos fragmentos, más otras piezas que menciona al final, formando el lote adquirido por el Sr. Savirón en el viaje de 1875.—Observa en todo caracteres egipcios y señala inscripciones jeroglíficas que le parecen de oscura significación.

Noticia histórico-descriptiva del Museo Arqueológico Nacional, publicada siendo Director del mismo el Excmo. Señor D. Antonio García Gutiérrez. Madrid, Fortanet, 1876; 8.º mayor, 211 págs.—En esta memoria, escrita en su mayor parte por el Sr. Rada y publicada para enviarla á la Exposición de Filadelfia, juntamente con algunos vaciados de varios objetos, entre otros de estatuas del *Cerro de los Santos*, se hace mención de éstas en la página 62, inmediatamente después de ocuparse de los objetos fenicios y antes de hacerlo de los griegos, indicando que dichas estatuas ó fragmentos de ellas pertenecen á la serie de productos de civilizaciones compenetradas.

Trajes y armas de los españoles desde los tiempos prehistóricos hasta los primeros años del siglo XIX, por D. Francisco Danvila y Collado, obra ilustrada por D. C. Giner. Tomo I, Madrid, 1877.—En las páginas 21 y 22 se ocupa de las esculturas del *Cerro*, persistiendo en su criterio manifestado en 1874 y el cual es, que dejando á un lado lo del origen fenicio, «debe convenirse en que los restos de Montealegre pertenecen á varias tribus ó pueblos de origen ibérico existentes entre la venida de los fenicios ó de los cartagineses y la dominación romana». Después analiza los trajes.

La lámina correspondiente representa una ceremonia religiosa, en la que intervienen mujeres mitradas presentando la ofrenda de la copa.

Indumentaria española. Documentos para su estudio desde la época visigoda hasta nuestros días, dibujados y publicados por Don Francisco Aznar. Madrid, 1878..... (obra todavía no terminada). Folio mayor. Láminas lit.—Las láminas LXX y LXXXIII están destinadas á publicar la primera tres cabezas, dos de ellas mitradas, y la segunda dos estatuas, la grande buena y otra que aparece en ademán de bendecir, de la colección del museo, ofreciéndolas como muestras indumentarias de la época visigoda y asignándoles por fecha el siglo VII.

Origens y fonts de la nacio catalana, por D. Salvador Sampere y Miquel, 1878. Memoria premiada en concurso público: publicada primeramente en la revista *La Renaixensa* y luego en tirada aparte.—Analiza tres objetos. El obelisco que el Sr. Rada consideró puramente ornamental y que el Sr. Sampere cree debió ser la imagen del dios principal del templo, Adonis-Osiris (Elioun), habiendo el artista representado la vida en las cuatro caras del objeto. También se ocupó del Fénix y el Cinocefalo.

En otro trabajo insistió más adelante sobre el mismo asunto, como veremos.

Estudios sobre el pueblo bastitano, por el P. Carlos Lasalde. *Semanario Murciano*. Año II (1879), núms. 85, 87, 88, 89, 90, 94, 95, 98, y año III (1880), págs. 3, 18 y 41.—Suponiendo de origen egipcio á los pueblos bastitanos, propone se les llame *hispano-egipcios*. Cree que el haber asignado tan varios orígenes á las antigüedades del *Cerro*, es debido á que «el vil interés... presentó para hacerlos valer como salidos del *Cerro de los Santos* muchos objetos que nada tenían que ver con él.» «De los objetos, continua, que el Sr. Amat vendió en tres ó cuatro ocasiones al Museo Arqueológico Nacional, la menor parte, y seguramente los más deteriorados, fueron hallados por él en sus escavaciones; los restantes debió adquirirlos por compra en Montealegre donde algunas personas se habían dedicado á buscar esa clase de objetos en el *Cerro de los Santos* y otros puntos; y el mismo señor Amat hizo algunas excursiones á diversos puntos, de donde trajo algunos objetos, que verdaderos ó falsos, pasaron por hermanos de los que eran tenidos en estima.»

Confirman á sus ojos el origen egipcio, el arte y las inscripciones. Halla tales semejanzas entre las antigüedades del *Cerro* y las egipcias que cree

«que puestas unas al lado de otras sería muy difícil distinguirlas».—Establece cuatro grupos: Divinidades, Sacerdotes, Reyes y otros personajes.

En Molina de Murcia dice haberse hallado varios objetos, entre ellos algunos bronce, que recuerdan los del *Cerro de los Santos*.

Escribe todo esto bajo el epígrafe *Monografía de una inscripción bastitana* (núms. 87 y 88), á cuyo estudio se concreta después (en los números 94, 95 y 96). El monumento en que se halla la inscripción es un molde de piedra caliza, en cuyo centro aparece la figura de un escarabajo. Los demás artículos están dedicados á la cuestión general y debatida de la antigua población de España y en particular de la Bastitania.

El cuadrante solar de Yecla y los relojes de sol de la antigüedad; por el Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra. *Museo Español de Antigüedades*, tomo X (1880). Pág. 209, con dos láminas, una reproduciendo el ejemplar de Yecla.—Esta interesante memoria, en la cual luce el autor su pericia de matemático, juntamente con su erudición de arqueólogo, ofrece desde luego para nuestro fin la novedad de ser aquél el único de cuantos se ocuparon primeramente de las *antigüedades del Cerro de los Santos* que se hayan revelado contra el dictado de *falso* en el caso concreto de que se ocupa. Por eso después de la parte general de su trabajo, al venir á ocuparse especialmente del dicho cuadrante, después de recordar y reproducir la carta suya sobre el mismo asunto, dirigida al Sr. Rada y por éste publicada en su *Discurso*, hace notar que en Alemania se hizo grande oposición á las conclusiones del Sr. Rada, especialmente en lo que se refería á las inscripciones. «El anatema dice, alcanzó al reloj de sol, y no obstante lo fácil que hubiera sido comprobar la exactitud ó la falsedad de mi explicación, ni se puso siquiera la atención necesaria en el contexto de mi carta...» Lamenta, que «un hombre del saber y la sagacidad del justamente afamado Hübner», le hubiese impugnado su creencia de que dicho objeto fuese un cuadrante ó reloj de sol. «En vista de esto, continua, me decidí á demostrar matemáticamente que no estaba soñando, cuando escribí la carta»... Hace en efecto el examen y concluye: «¿En qué pueblo ni aun ciudad de España ó Alemania hay forjador de antigüedades que sepa acomodar tan exactamente las declinaciones de un cuadrante, que hasta ahora pocos conocían y nadie entendía, á los azimutes exactos del sol en determinadas horas temporales de ciertos días del año y conforme á la latitud del lugar?..... Concedo que la lectura de las inscripciones no satisfaga á todos; no estaré yo distante de tenerla en cuarentena, pero es

preciso limitarse á confesar que no se entiende ni se abarca su sistema, y abstenerse de la arrogancia de calificar de espúreo lo que es sencillamente indescifrable por lo nuevo.»

De la inscripción que el cuadrante ostenta en su cuerpo inferior, nada dice.

Contribución al estudio de la religión de los Iberos, por D. Salvador Sampere y Miquel. *Revista de Ciencias históricas*. Barcelona. I (1880), págs. 1 á 45.—Trata especialmente del punto á que ya se refirió en su memoria sobre los *Origens y fonts de la nacio catalana*, y es de los elementos que le prestan las *Antigüedades del Cerro de los Santos* para estudiar la religión del país ibero, la cual cree producto de la fusión ó colonización fenicia. Trata del obelisco que relaciona con el betilo de las creencias fenicias; del *Hipocampo*, el Fénix, el Cinocéfaló, viendo en estos objetos que reproduce (menos el Fénix) claros testimonios del culto de Osiris; también explica y reproduce un vaso del cerro con relieve, en el cual cree ver un Cabiro-Pateco.

El Sr. Sampere y Miquel volvió á ocuparse de las esculturas del *Cerro* en otro trabajo de que en su lugar hablaremos.

Las antigüedades de Yecla, por el P. Carlos Lasalde. *La Ciencia Cristiana*, vol. XVI (Madrid, 1880), págs. 465 y 567 y vol. XVII (1881), pág. 166.—Estos artículos son del mayor interés para nuestro objeto. Júzguese por los siguientes párrafos con que comienza y plantea su trabajo el autor que por haber *vivido* el asunto, por la veracidad que le presta su ministerio y por la sinceridad de su lenguaje, es muy digno de estimación. Dice así: «El rumor que se levantó hace ocho años con motivo del descubrimiento hecho por D. Vicente Juan y Amat entre los términos de Yecla y Montealegre, fué perdiéndose poco á poco hasta casi quedar desvanecido. Era, sin embargo, de tal naturaleza el descubrimiento, que á la menor chispa había de tomar luego cuerpo. Así ha sucedido, en efecto, y algún artículo que ha visto la luz en los meses pasados, ha producido tal excitación en los ánimos de los anticuarios españoles, que son muchos los que andan recogiendo datos para echar á volar sus opiniones. Yo, que conozco regularmente este asunto, por haber intervenido desde el principio hasta el fin, tanto en las excavaciones como en las compras hechas por el Museo Arqueológico Nacional, y sé menudamente la historia, tanto pública como secreta de estas antigüedades; y he visto además muchas veces el terreno donde han sido descubiertas, quiero publicar las más, valgan por

lo que valgan. Dos cosas me propongo: aclarar todo cuanto me sea dable el asunto, y deshacer algunas equivocaciones en que han incurrido algunos de los que sobre él han escrito de memoria.»

«No me extraña el que á muchas personas les sea duro el creer la autenticidad de este descubrimiento. Son tantos y tan raros los objetos en él encontrados, revelan una historia tan ignorada de nosotros, y tienen tan difícil explicación, dada la idea que de nuestros pasados tiempos tenemos, que á cualquiera se le han de presentar dificultades para creer que en ellos no ha intervenido una mano falsificadora. Yo no puedo menos de creerlas auténticas, porque delante de mi vista se han descubierto; porque por mí mismo he desenterrado algunas; porque poseo objetos tan raros como los del *Cerro de los Santos*, extraídos en otros puntos de esta comarca por personas que merecen entero crédito. Si esto no es bastante para convencer á los incrédulos, deben saber que en Molina de Murcia, Lorca y otros pueblos de la provincia, se han descubierto en diferentes ocasiones, objetos marcados con el mismo carácter que los del *Cerro de los Santos*.»

Más adelante añade: «Han contribuído también al desprestigio el que con los objetos del *Cerro de los Santos* se mezclan *algunos de origen muy dudoso, y otros que á todas luces son apócrifos. No se crea, sin embargo, que éstos son en gran cantidad. Por último, las interpretaciones que se han dado de algunos objetos de varias inscripciones son tan descabelladas, que es necesario, ó no creer al escritor ó al objeto.*»

Después hace de este modo historia del descubrimiento: «En el otoño de 1872 el Sr. D. Vicente Juan y Amat se ocupaba en Yecla en componer relojes, recoger monedas antiguas y comprar objetos viejos. Viendo en él esta ocupación D. José Martínez Yuste, notario de Yecla y natural de Montealegre, le indicó que en el sitio llamado *Cerro y Hoya de los Santos*, se habían sacado en varias ocasiones muchas estatuas de piedra y él se resolvió á escavar en aquel sitio. Por conducto del mismo Sr. Martínez Yuste, obtuvo autorización del administrador del marqués de Valparaíso para hacer escavaciones. Hízolas, en efecto, y descubrió una multitud de estatuas, recogiendo también las que rodaban por la superficie de la tierra. En los primeros días de Noviembre trajo á Yecla y me enseñó unas cuantas cabezas, y entusiasmado al oirme decir que parecían egipcias, hubo de ponderar su hallazgo de tal manera, que el administrador del marqués le retiró la autorización. Entonces fué cuando por primera vez,

y á ruegos de dicho administrador D. Juan Antonio Soriano, visité el *Cerro de los Santos*. El relojero apenas había arañado la tierra en un pequeño espacio, y sin embargo, había sacado dos ó tres carros de estatuas y pedazos. Los objetos de cerámica que se veían rotos por todas partes, y los pedazos de hierro y cobre eran innumerables. Aquel día empezaron nuevas excavaciones que dirigían los hijos del Sr. D. Juan Antonio Soriano. Durante ellas aparecieron preciosas estatuas, figuritas de toros de bronce, caballos y hombres, y algunos vasos de barro enteros. Después de estas excavaciones, D. Paulino Sabirón y Esteban hizo otras por orden del Gobierno, revolviendo la tierra antes escavada y sacando nuevos objetos de ella. Al terminar las segundas excavaciones escribieron los Padres Escolapios su Memoria, y en ella dan cuenta de los objetos encontrados.

»Aquí debo consignar que los objetos de piedra vendidos al Museo Arqueológico por D. Vicente Juan y Amat no fueron todos sacados por él en sus excavaciones. Hubo algunos de ellos, el menor número, pero los más preciosos, que fueron adquiridos por él después de sus excavaciones. El punto donde los adquirió fué Montealegre; el punto de donde habían salido el *Cerro de los Santos*. Quién los sacó y cómo llegaron á sus manos es lo que yo no puedo decir. Algún objeto de piedra estoy casi seguro, que si ha salido del *Cerro de los Santos*, debió ser hace muchos siglos, pues modernamente ha salido de otra parte. El Sr. Juan y Amat, engolosinado con lo que le habían producido sus ventas al Museo, hizo excavaciones en muchos puntos de la comarca, y de ellas y de compras, adquirió varios objetos. De los de cerámica sólo cuatro ó seis proceden del *Cerro de los Santos*; los demás presumo que sean falsos y adquiridos en Barcelona.»

Contradice la opinión de Fernández Guerra de que hubiera población en el monte Arabi, por ser éste de difícil acceso; insiste en su opinión de un origen egipcio, y afirma que «todas las estatuas que como procedentes del *Cerro de los Santos* existen en el Museo Arqueológico Nacional, son de una autenticidad indiscutible», debiéndose en cambio considerar falsas las piezas cerámicas. Considera dudosa la procedencia del cuadrante solar, del cual dice: «casi me atrevo á asegurar que no ha salido del *Cerro de los Santos*».

En el último artículo se ocupa de las esculturas en cuyo origen egipcio insiste, creyendo encontrar rastros del culto de Isis, y aduciendo como prueba el no encontrarse citado el *Cerro* por ningún autor latino. Encuentra que las mitras con que cubren su cabeza algunos *sacrificadores* y

la costumbre de que dan cuenta otras estatuas de cubrirse la cabeza con el manto, son reminiscencias egipcias...

Sobre este punto impugnamos entonces las afirmaciones del P. Lasalde, dando cuenta de su artículo en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, tomo VI (1882), pág. 215, é indicando que en tales esculturas, más que el carácter egipcio, resaltaba el griego arcaico y antiguo asiático.

Datos epigráficos y numismáticos de España, por D. Bernardino Martín Mínguez, Valladolid, 1883; un vol. en 8.º—En este libro se hallan recopiladas unas cartas del autor al P. Carlos Lasalde y otras de éste en contestación, publicadas las primeras en el periódico de Valladolid *La Libertad*, núms. 146 y 152, por Octubre de 1881 y 15 de Marzo de 1882 y las segundas en *El Áncora de Castilla*, periódico vallisoletano también, por igual tiempo, bajo el título *Los anticuarios españoles y las antigüedades hispano-egipcias*.—La discusión mantenida en estas cartas tiene por tema el aspecto epigráfico y filológico de los monumentos de Montealegre, refutando ambos las interpretaciones dadas por el Sr. Rada é inclinándose el Sr. Mínguez á ver preponderancia griega en los elementos constitutivos de los epígrafes, y el P. Lasalde manifestándose una vez más partidario decidido de los orígenes egipcios. Alude á otro trabajo suyo también epigráfico inserto en el *Semanario Murciano* y al pensamiento que tenía de publicar «todo un tratadito de epigrafía hispano-egipcia». Ninguno de los polemistas trata de la cuestión artística ni de la cuestión de autenticidad, que son las dos que nos interesan.

La Bastitania según los monumentos que de ella restan, por el P. Carlos Lasalde. *La Ciencia cristiana*, XXII, págs. 371 y 476; XXIII, 179 y 275 (Madrid, 1882).—En estos artículos sólo se trata de la antigua población de España.

La Bastitania. Estudio sobre los antiguos pueblos bastitanos, bástulos, turdetanos, túrdulos y contestanos, por el P. Carlos Lasalde. *La Ciencia Cristiana*, segunda serie, tomo I, págs. 333, 398, 464 y 526; II, 297. Madrid, 1883.—Denomina á esos pueblos *hispano-egipcios*, y supone que los más importantes fueron los bastitanos. Estudia sus monumentos sepulcrales, restos diversos, inscripciones, entre ellas las que supone jero-glíficas, del Cerro. Respecto de las esculturas, de las que se ocupa en el tomo XVII, y cuya clasificación le parece muy clara, cita la *Arqueología Cristiana* del Sr. Vinader, el cual, siguiendo á A. de los Ríos, las cree cristianas.

Catálogo del Museo Arqueológico Nacional. Sección primera, tomo I, páginas 290 á 304. Madrid, 1882.—Aparece mencionado el grupo de esculturas del *Cerro* al final de las series escultóricas de la antigüedad, obedeciendo esto á la instalación que entonces tenían aquéllas en el local del Museo. Las descripciones están fielmente sacadas de las doctrinas del Sr. Rada, que dirigió la publicación de este libro. Acompaña una lámina en la que se reproducen por la fotografía algunas esculturas.

Cerro de los Santos, artículo del *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, tomo IV, pág. 1234. Barcelona, Montaner y Simón, 1888.—Aparece sin firma, como todos los artículos de esa publicación, pero su autor, según queda declarado más arriba, fué el mismo que traza las presentes líneas. Abrazan aquéllas la designación geográfica, noticia sucinta de las excavaciones y parte principal de la bibliografía de las antigüedades; mención de los tres estilos admitidos por Rada en las esculturas: el primero egipcio, «aunque las reminiscencias egipcias están en el simbolismo, bastante desvirtuado por cierto, más que en el arte; el segundo, más dominante arcáico, que «participa de los caracteres del arte chipriota», y el tercero romano. Prestando más atención al segundo estilo que á los demás, indiqué que se ofrecía «como una degeneración de las artes orientales y arcáicas», y á continuación toqué por primera vez la cuestión de autenticidad en las breves líneas que copiadas quedan al comienzo de este trabajo.

Murcia y Albacete, por Don Rodrigo Amador de los Ríos. Volumen de la obra *España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza é historia*. Barcelona, Cortezo, 1889.—Al final del capítulo XVIII y de la obra (págs. 762 á 771) se ocupa del *Cerro de los Santos* y de sus antigüedades, respecto de las cuales afirma «como punto de partida», que no todas las esculturas «corresponden á un mismo arte, y por consiguiente á una misma época»; que «media visiblemente larga distancia entre unas y otras esculturas», y «que no todas ellas son auténticas, sino fruto de falsificación intencional y reciente, guiada por el lucro». Respecto de las esculturas después de hacerse cargo de las opiniones de los Sres. Lasalde y Rada, escribe que «podrán ser referibles» algunas representaciones á los tiempos en que se manifestara «la cultura helénica influída por la egipcia..... pero lo que no es dable negar, lo que no es lícito desconocer es que el hemeroscopio elotano levantado sobre el Arabí, fué durante la dominación visigoda un *Martyrium*, y que todas aquellas estatuas, semejantes á la que repro-

duce el grabado (de la estatua grande) y se conservan en las colecciones del Museo Arqueológico Nacional, pertenecen á la época visigoda».

Trata el autor en suma de armonizar la opinión de su padre, D. José Amador, de quien cita varios trozos, con la emitida posteriormente. Y es de notar que también se ocupa de la esfinge de Balazote, la cual publica por primera vez, porque se hallaba á la sazón en el Palacio de la Diputación provincial de Albacete, señalando desde luego el «parentesco» de este monumento con aquéllos y la sospecha de que pueda datar de los remotos días en que los caldeos señoreaban la comarca.

Artículos por D. Antonio J. González en la *Enseñanza Católica*, periódico de Murcia, 1890.—La circunstancia de haber estado el autor de cura en Montealegre y haber sido por consiguiente testigo presencial de descubrimientos y exploraciones, da á sus artículos importancia, como lo indica M. Engel en el trabajo que á su tiempo citaremos. Rebate la opinión del Sr. Fernández Guerra de que la población de *Ello* existiera en el monte Arabí, puesto que en él no se habían hallado ni restos ni aljibes que hubieran sido indispensables. Añade que en todos los linderos de las heredades del llano de la Consolación se hallaban empleados como materiales fragmentos de estatuas, sobre todo de caballos y de toros, de los cuales halló varios en excavaciones que hizo en un hondo bancal por bajo del santuario hoy existente en el llano. Algunos de esos objetos regaló al Museo provincial de Murcia.

IV

La bibliografía extranjera de las esculturas del *Cerro de los Santos* es también extensa y curiosísima. Su punto de partida fué la Exposición Universal celebrada en Viena en 1873, pues en este certamen se mostraron por primera vez fuera de España dichas esculturas por medio de vaciados. Es singular que los arqueólogos extranjeros, como los españoles, comenzaron por creer tales estatuas obra de los godos, y después las estimaron de origen anteromano. Véanse los sucesivos trabajos que les dedicaron.

L'âge de fer, étude sur l'art gothique, memoria del arqueólogo húngaro M. Henzlmann, publicada en 1876, en las actas del *Congrès international d'anthropologie* de Buda-Pesth, con cinco dibujos de las estatuas del *Cerro*, tomados de los vaciados remitidos por nuestro Museo á la Exposición Universal de Viena en 1873.—Cree que dichas figuras son obra de

los godos, que datan de los siglos v, vi y vii, y que reproducen en España las de los *Kamene babe* ó «abuelos de piedra» que coronan las antiguas colinas tombales ó *Kourgans* de la Rusia meridional. Se funda para esta creencia en la semejanza de actitud de unas y otras estatuas, cuyo rasgo característico es el tener «la copa á la altura del talle». Encuentra superioridad en las estatuas españolas y supone que en nuestra Península antes de los visigodos debieron producirse obras arcaísticas que por lo visto debieran considerarse como antecedente de las del *Cerro*.

Jenaer Literaturzeitung, Jena, 1876, art. 185, pág. 217 y siguientes. Artículo del Dr. E. Hübner sobre el *Discurso* del Sr. Rada, manifestándose desde luego receloso para admitir la autenticidad de las esculturas y declarando inaceptables las inscripciones y su interpretación.

Les Kammenya-baby et les antiquités du Cerro de los Santos, por M. Zaborowski, artículo en la *Revue anthropologique* (Julio, 1880), resumiendo las tareas de la Sociedad antropológica de Viena publicadas en *Mittheilungen der Anthropologischen Gessellschaft in Wien* (tomo VII, 1877, págs. 184 á 214), se ocupa de los trabajos del Dr. Müch, el cual da un resumen comentado de la relación de sus *Excavaciones en el distrito de Jekaterinoslao*, suscrita por Joh. Hawelka de Moscu inserta en una publicación de la *Comisión Imperial arqueológica* de San Petersburgo.—El señor D. Salvador Sampere y Miquel, en su *Revista de Ciencias Históricas de Barcelona*, I (1880), págs. 182 á 189, traduce el extracto del Sr. Zaborowski, que dice haber comprobado, y cuyos extremos son: que las que los rusos llaman *Kamenya baby* ó «bonnes femmes» de piedra, son unas estatuas de pie ó sentadas, de rostro femenino ó masculino con bigotes, de tamaño que varía hasta nueve pies, que se encuentran en la Rusia meridional sobre ó cerca de los túmulos, sosteniendo con sus manos, á la altura de la cintura, un vaso en forma de copa; que respecto de su origen se ha dicho que son debidos á los húngaros, á los hunos, á los scitas, á los slavos, á los chinos, á los mogoles y á los godos, que es la opinión del Dr. Müch; que guardan semejanza con los vaciados de estatuas del *Cerro de los Santos*, que figuraron en el anexo español de la Exposición Universal de Viena en 1873; que estas estatuas, también con la copa, no representan divinidades, sino que son como las rusas estatuas funerarias, «habiéndose encontrado huesos á su lado» (afirmación completamente errónea), debiendo ser consideradas unas y otras como obra de los godos. El Sr. Sampere y Miquel combate con muy acertados juicios tales semejanzas, y en verdad que basta

para comprenderlo ver los grabados de ligeros dibujos de las estatuas del *Cerro* y de los *baba* en cuestión.

Dice el Sr. Sampere y Miquel que cuando por razón de su cargo de representante de España mostró en 1873 en Viena los vaciados de las esculturas del *Cerro* á los arqueólogos rusos y húngaros «que conocían la existencia de las *baby, staruchy, balvany*, que con estos y otros nombres son conocidas las estatuas rusas», se manifestaron aquellos «muy reservados sobre la comunidad de origen, aunque no por esto dejara de impresionarles la conformidad en la postura y modo de llevar el vaso». Fué luego á Rusia, vió aquellas estatuas, y habiendo consultado el caso lo mismo en Moscu que en Berlín, con los más reputados etnólogos rusos y alemanes, no admitieron éstos la dicha comunidad de origen, sino «fortuitas similitudes que extravían fácilmente, como las que sirvieron para comparar las antigüedades americanas con las asirias y egipcias».

Les ages préhistoriques de l'Espagne et du Portugal, por M. Émile Cartailhac, París, 1886, págs. 301 á 303 y fig. 435.—En el último capítulo, destinado á tratar de «los tiempos protohistóricos», y ya en los últimos párrafos dedicados á «los objetos aislados», hace mención de «las *quince* estatuas descubiertas en diversas veces en Yecla». Se refiere á las de personajes con una copa en las manos, y de ellas reproduce la grande, ya conocida. Consigna ante todo que M. de Longperier no admitía la autenticidad de estas estatuas, por lo menos de algunas. Recuerda luego el parecer que no sigue de M. Henzlmann, de que son obra de godos, y acaba por declarar que «si son auténticas permanecen inexplicadas», que pudieran ser protohistóricas y por eso les dedica una palabra. No debió prestarles atención cuando visitó nuestro Museo.

La Arqueología de España, por el Dr. D. Emilio Hübner. Barcelona, 1888.—En esta interesantísima obra cuya publicación en España es debida al premio Martorell, se hace mención especial del *Cerro de los Santos*, cuyo paraje considera desde luego el autor «de un carácter religioso suficientemente pronunciado», fundándose para esta apreciación en el aspecto de las esculturas, de las que dice que es verosímil pertenezcan, «al menos una parte de ellas, á la época de la cultura primitiva y anteromana, y que el templo mismo sea de considerable antigüedad». Pero como descubre también elementos nada dudosos de la civilización romana», se ocupa del *Cerro* al final del grupo de las antigüedades anteromanas. Trae una nota bibliográfica bastante detallada y refiriéndose á los objetos de nuestro Mu-

seo, termina con la frase: «Hay entre ellos también algunas falsificaciones»; frase que comentó luego Mr. Heuzey.

Statues spagnoles de style greco-phénicien (Question d'authenticité), par M. Léon Heuzey. *Comptes-Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, 1890, pág. 125, y *Revue d'Assyriologie et d'Archéologie orientale*, II, págs. 96 á 114, y láminas III y IV. París, 1891. Esta interesantísima memoria, punto de partida de una nueva fase de investigaciones y de crítica en la materia, fué fruto, como queda dicho al comienzo de este trabajo, del viaje efectuado á Madrid por el autor. Este declara que ante la colección del Museo, la cual de antemano le inspiraba desconfianzas, sintió que, aparte de la «unidad de aspecto» de estos monumentos, en los cuales halló visibles «las huellas de la acción del tiempo y las del suelo», le impresionaron y determinaron un brusco cambio en sus convicciones los siguientes hechos:

«1.º La presencia en la colección de Madrid de varias esculturas de ejecución muy superior á la de las estatuas de que había visto vaciados y de un trabajo bastante sostenido para que sea apreciable la autenticidad.

»2.º La vista de gran número de fragmentos, por lo común muy mutilados, que presentan exactamente en algunos rasgos, los mismos caracteres de trabajo y de estilo que se advierten en las esculturas mejor conservadas.

»El examen atento de cada figura, prosigue, y las comparaciones que establecí entre ellas fortificaron la opinión favorable que por sí misma había nacido en mi espíritu. Era evidente que bajo una aparente uniformidad se ofrecían obras de épocas bastante diversas, unidas entre sí, de manera que marcan las etapas sucesivas de un arte local que no siempre careció de mérito. De un carácter por lo general rústico y casi bárbaro, pero con reminiscencias asiáticas persistentes y rasgos manifiestos de la influencia griega, había recibido á su hora el lejano reflejo de los grandes centros del arte antiguo. Era un hecho análogo al que se ha observado en otros puntos del Mediterráneo, y particularmente en la isla de Chipre: quiero hablar de esos depósitos de figuras votivas de piedra caliza, en los que se ve un reducido número de tipos pasando por el estilo de diferentes edades, desde los orígenes orientales y los comienzos del arcaísmo griego hasta la decadencia greco-romana.»

Da brevemente cuenta de los principales trabajos efectuados en España y fuera de ella acerca de estas antigüedades, y después concreta su estudio

á las piezas cuyos vaciados mostró á la Academia al leer su Memoria, piezas por él escogidas de antemano en nuestro Museo, según queda dicho, y que cuidó fuesen de las que no tienen inscripciones, pues desde luego se inhibió de la cuestión epigráfica.

Dejando para más adelante el detalle de este estudio, con el que hizo viva luz para apreciar el valor arqueológico de la estatua grande y de tres cabezas, una femenil, mitrada y dos varoniles, veamos las conclusiones con que prueba la autenticidad de tales piezas y el lugar que les corresponde en la historia del arte antiguo.

«Hallamos en España, dice, un grupo de esculturas de forma arcáica que ofrece, como el arcaísmo etrusco y el arcaísmo chipriota, una fusión, ó por lo menos una yuxtaposición bastante íntima de elementos griegos y de elementos orientales. Guardan, sin embargo, un carácter *sui géneris* que no permite á un ojo ejercitado confundirlas con figuras procedentes sea de Chipre sea de Etruria. Tal diversidad, aparte también ciertos rasgos de una originalidad completamente local, aparece en proporción diferente, y si puedo expresarme así por *dosis* de esos elementos, y asimismo en cuanto á la manera como se han combinado. Es griego en estas estatuas, con un sentimiento más ó menos marcado de arcaísmo, el estilo dominante, el tipo de las figuras y la disposición general de los paños. Lo que es oriental, por el contrario, sin hablar de algunos detalles del adorno, son las tradiciones y las costumbres del taller, es el espíritu que dirige la ejecución, es la educación de la mano. Por último, lo que corresponde al gusto local, lo que procede del medio ibérico en que estas obras han sido producidas es la exageración violenta y bárbara de algunos detalles del traje, es también un exceso de rudeza y de pesadez en ciertas partes del trabajo.»

Para justificar cómo en España ha podido producirse este arte mixto, recuerda las colonizaciones griegas desde Rosas hasta *Hemeroscopion*, fenicias y púnicas, desde el estrecho de Gibraltar hasta Cartagena, hace constar que el *Cerro de los Santos* se halla precisamente en el círculo del antiguo *ager carthaginensis*. Recuerda igualmente el principio, establecido anteriormente por el mismo, de lo que llama «*la acción de retorno del arcaísmo griego sobre el arte asiático y especialmente sobre el arte fenicio*»; razonando sobre este principio afirma que el arte que hallamos en el *Cerro de los Santos* es el «*arcaísmo greco-fenicio* ó, si se quiere, *greco-púnico*». Y continúa: «Seguramente son los cartagineses, sea antes, sea

después de la fundación del gran centro de Cartagena, quienes le han implantado en la región montañosa confinante con el *ager carthaginensis*... En España sobre todo no hay nada de inverosímil para que esas formas tradicionales del arcaísmo greco-púnico se encuentren todavía en una época que puede muy bien descender hasta fines del siglo III antes de nuestra era, en los tiempos de la fundación tardía de Cartagena».

Habla luego de la persistencia del estilo cada vez «más rústico y más reciente, mostrando la misma decadencia del mismo arte.»

«En este punto ciertamente la cuestión se complica y llega á hacerse escabrosa. Esas series correspondientes á bajas épocas, formadas principalmente de grandes estatuas, cierto número de inscripciones y de esculturas de aspecto sospechoso, explican perfectamente la repugnancia de la Comisión del Trocadero en 1878, pues ningún arqueólogo hubiera aceptado de buen grado el salir garante. Yo señalaría particularmente imitaciones egipcias de extremada barbarie y de péximo simbolismo sideral y zodiacal, que parece tomado de la imaginería de los almanaques más bien que de la tradición antigua.»

Y concluye: «A toda costa, tanto por lo que hace á las esculturas como á las inscripciones hay un desembrollo que operar y que no puede llevarse á cabo más que sobre el terreno, frente á los monumentos mismos y á la luz de *une enquête* pacientemente perseguida en el distrito en que han sido recogidas.

A ésta excitación respondieron las investigaciones de que se da cuenta en el siguiente trabajo.

Rapport sur un Mission Archéologique en Espagne (1891) por M. Arthur Engel. Extrait des *Nouvelles Archives des Missions scientifiques et littéraires*, III, 1892. París, 1893.—Después de una información bastante completa de las publicaciones, colecciones públicas y privadas, arqueólogos y personas diversas que se interesan por la Arqueología, todo lo cual viene á ser tanto como señalar el estado de la afición á tales estudios en nuestro país; siguiendo su viaje cuyo diario constituye el hilo y el trazado de la memoria, llega á la religión en que está enclabado el *Cerro* y en el estudio de él se detiene largamente; como que este es el fin y el objeto de la comisión conferida á Mr. Engel por el gobierno francés.

Después de repasar la historia del *Cerro* y detalladamente la bibliografía de sus antigüedades, el investigador da cuenta de sus pesquisas. Primeramente las hace infructuosas buscando en los trabajos escultóricos que

le ofrecen los escudos esculpidos en fachadas de Almansa, en los que se ven algunos signos astronómicos, los modelos que pudo utilizar el falsario. Visita algunos coleccionistas ó personas ilustradas del país, que poseen antigüedades, haciendo amistad con el cura de Montealegre D. Alonso González, que le facilitó la adquisición de algunos fragmentos escultóricos del *Cerro*, hoy existentes en el Museo de Louvre. Por fin va al *Cerro*, y el día 1.º de Marzo emprende allí excavaciones, cuyo fruto fué, el primer día fragmentos de escultura, poco importantes, cubos de mosaico, ladrillos romboidales, restos de cerámica negra hecha á torno, muy dura, y por fin lo que valía más, un mediano bronce de *Celsa* y un pequeño bronce de Constantino, mas un torillo de bronce oxidado. El segundo día descubrió una cabeza con bucles y haciendo demoler el muro de contención levantado al pié del *Cerro* vió confirmado lo indicado por el Sr. Savirón de que dicha obra debía encerrar restos de esculturas; reconoció luego la llanura hasta 2 kil. del indicado muro y halló nuevos restos, bases de estatuas, sobre todo y la mitad inferior de otra, arrastrados por las aguas. «Desde entonces, dice, pude afirmar la autenticidad de las estatuas del *Cerro*».

Va á Yecla, cuya vista le recuerda «vagamente Atenas y su acrópolis», visita el museo de los PP. Escolapios, donde halló interesantes esculturas de la misma procedencia. Hace más en Yecla el investigador: busca al *relojero*, más como éste no se encuentra ya allí, visita su casa en cuyos muros vé pinturas suyas, que revelan «una imaginación delirante», representando una de las composiciones un paisaje con diversos animales y el otro la gloria y el infierno. Adquiere noticias de que dicho sujeto sabía pintar, grabar y moldear. Pero decidido Mr. Engel á conocer tal personaje fué á encontrarlo en la *Casa de Beneficencia* de Alicante, y refiere la entrevista con estas palabras: «El director, D. Gerónimo Ruiz Sequeira, me presentó al antiguo relojero de Yecla, al cual interrogué y respondió á mis preguntas sin dificultad, pero en términos vagos y con marcado deseo de rehuir á su interlocutor. Se concibe sin pena lo dificultoso que es sacar indicaciones precisas de un viejo de cerebro débil. Poseído del recuerdo de sus excavaciones Amat hablaba con fatigosa volubilidad de tesoros escondidos, de antigüedades quiméricas. Llevando la conversación á otro terreno toqué á su vanidad de artista y le pregunté si no había conservado muestras de su habilidad. Al momento me enseñó un bastón en cuyo puño de marfíl había grabado con bastante tosquedad *dos romanos desafiándose*,

que no hubieran hecho mal papel al lado de ciertos «hallazgos» del *Cerro de los Santos*. De éstos Amat no se había reservado más que un recuerdo; corrió á enseñármelo; pero el objeto que trajo y consintió en cedermelo, no ha tenido, á mi juicio, otro autor que él. Es un pedazo de cuarzo duro de 0,^m 08 × 0,^m 04, acabado en punta, sobre la cual hay un grabado, de aspecto reciente, y sin sentido alguno. «Este objeto, me explicó Amat con aire de suficiencia, tenía triple fin: era aldaba, plancha y arma de guerra.» Era á lo sumo un pulidor, pues estaba perfectamente lisa la base de la piedra. Poco convencido, me despedí del pobre Amat, al cual habían aprovechado tan poco sus ingeniosos servicios á la ciencia. Hubiera podido, yendo á Carcagente, donde vivía su familia, obtener otras indicaciones, pero había visto y oído bastante para formarme una opinión decisiva».

Expone ésta sucintamente Mr. Engel al final del capítulo, esperando que otros arqueólogos acabarán su esbozo. He aquí sus conclusiones:

«Son *auténticas*, salvo las reservas acerca de las inscripciones que han podido ser añadidas á las esculturas rehechas ó falsas, la inmensa mayoría de las esculturas, casi toda la cerámica, los objetos pequeños descubiertos por el Sr. Savirón, en una palabra, el grueso de lo descubierto.

»Son *sospechosas*, las inscripciones en general, muchas esculturas y sobre todo las de pequeñas dimensiones.

»Son *falsos*, los dos medallones de metal y los vasos con inscripciones.»

Da cuenta también de otras esculturas análogas y especialmente de la esfinge de Balazote. Al final habla de monedas que son la especialidad del Sr. Engel.

Acompaña su memoria de grabados y láminas sueltas reproduciendo las piezas ya publicadas por M. Heuzey y las adquiridas en esta nueva investigación.

Monumenta Linguae ibericae editi Æmilius Hübner, Berolini... 1893. Pág. 207 á 210, núms. XIX á XL.—Después de una breve noticia incluye las inscripciones publicadas por el Sr. Rada (menos la del cuadrante, defendido de auténtico por el Sr. Saavedra), colocándolas en el grupo que titula *Falsae vel suspectae*.

Sculptures du Cerro de los Santos, Memoria de M. Pierre París, *Bulletin hispanique*, tome III (1901), págs. 113 á 134, con grabados de sencillos dibujos.—Este interesantísimo trabajo, último que se ha publicado sobre la materia, es propiamente un catálogo «de los fragmentos que se

hallan exparcidos fuera del Museo de Madrid».—Comprende ochenta piezas, de las cuales treinta y nueve pertenecen al Museo del Colegio de los RR. PP. Escolapios, de Yecla; las señaladas con los números 40 á 48, al Museo de Albacete; las 49 á 52 al Museo de Murcia; 53 á 55 á la colección Cánovas del Castillo, en Madrid; 56 y 57 de la colección del Sr. Marqués del Bosch, en Alicante; 58 á 64 á la colección de D. Pascual Serrano, en Bonete (Albacete); 65 al Sr. Azorín, de Yecla; y los números 69 á 80 corresponden á las únicas esculturas del *Cerro* que han salido de España y se hallan en el Museo del Louvre, en París. Antes de esta enumeración habla de una estatua falsa que perteneció á los PP. Escolapios, en cuya colección ya no se halla y en el curso del trabajo hace referencia de piezas perdidas.

Entre este trabajo de M. París y el anterior del Dr. Hübner aparecieron varios en España y en el extranjero, relativos al busto descubierto en Elche y en los cuales suele tratarse por concomitancia de las esculturas del *Cerro*, desde el punto de vista de su clasificación. Por lo que ésta se relaciona con la cuestión de autenticidad, hablaremos á su tiempo de dichos trabajos, complemento necesario de esta ya larga bibliografía.

V

El examen bibliográfico que dejamos hecho nos ha permitido trazar la historia de las investigaciones y de los juicios emitidos acerca de los dos puntos esenciales, á saber, la clasificación y la autenticidad de las esculturas. De su autenticidad nadie sospechó hasta que con la publicación del discurso del Sr. Rada fueron conocidas, por litografías que hoy nos parecen deficientes y que entonces no pudieron dar idea bastante fiel. Pero más que las láminas, las inscripciones dieron carácter de sospechosas á tales esculturas, habiendo sido el profesor Hübner quien primeramente las creyó dudosas y falsos sus epígrafes.

En materia de antigüedades, sucede que en cuanto alguna es puesta por alguien en tela de juicio, la opinión inspirada en el excepticismo se abre fácilmente camino; y en el caso presente vino á favorecer las impresiones pesimistas la mala elección de los vaciados con que en Viena y en París se trató de dar muestra de las esculturas del *Cerro*, perjudicando notoriamente á nuestro crédito y al estudio desapasionado y sereno. No es, pues, de extrañar, el anatema arrojado en París en 1878, sobre tan extraños monumentos y que haya sido menester llegar hasta una información casi testifical, para rehabilitar algunas esculturas.

En honor á la verdad, debe decirse que ninguno de los escritores extranjeros que sospechó de las esculturas al juzgar de ellas por sus reproducciones, dejó de convencerse de la autenticidad de algunas cuando las examinó directamente.

A este propósito debemos referir lo sucedido en 1881, cuando vino á Madrid por segunda vez el profesor Hübner, después de haber escrito su artículo pesimista. Era á la sazón Director de Instrucción Pública el señor D. Juan F. Riaño, el cual, invitó al Sr. Hübner á que señalara las esculturas que le parecieren falsas. Fueron en efecto al Museo, y allí, en presencia del Sr. Rada y de algunas otras personas, el sabio alemán hizo la selección que se le demandaba. A instancia del Sr. Riaño fué pegando unos papelitos ó etiquetas, rojos, en las esculturas que consideraba desechables. Las piezas así marcadas, son casi todas pequeñas, y su conjunto acaso no pase de la quinta parte de la colección; de suerte, que al examinar de cerca el grueso de ella, se convenció de la autenticidad de la mayoría de las piezas. En cambio las inscripciones siguieron pareciéndole más que dudosas, formulando entonces su opinión de que algunas habían sido trazadas modernamente en estatuas antiguas, con el fin equivocado de realzar la importancia de éstas; y para estudiar el caso, sacó los calcos á que me referí al principio. El juicio definitivo del Sr. Hübner sobre las esculturas y sus epígrafes apareció después consignado en *La Arqueología* y en los *Monumenta Lingua Ibericae*. Con lo cual resulta que ninguno de los autores citados ha sostenido un criterio absoluto en cuanto á la falsedad, y que en cambio, aun los más desconfiados ó pesimistas, han reconocido la indisputable autenticidad de un grupo más ó menos numeroso de estatuas.

Tampoco ninguno de cuantos plantearon el problema de la autenticidad lo ha resuelto de un modo, á su juicio, definitivo, sino que contentándose con dar por buenas unas cuantas estatuas, dejaron el resto en las penumbras de lo dudoso y pocas desearon como señaladamente falsas.

Para hacer una selección, el punto de partida debe ser lo evidentemente auténtico, y el camino seguro la apreciación de los caracteres de los que debe resultar la clasificación. En este punto, las opiniones han sido hartamente disconformes; pero pueden sumarse en dos grupos: uno el de los que señalan un origen anterromano, por el cual abogan treinta de los trabajos registrados; y el otro grupo lo forman la media docena de escritos, ninguno reciente, en que se indica origen visigodo. Esta fué, por decirlo así, la opinión formada al principio, habiendo prevalecido después la otra.

Se deduce, en suma, como conclusión más importante y casi única de tales trabajos, que las esculturas auténticas del *Cerro de los Santos* son anterromanas, revelando que en su producción entraron tres elementos, uno oriental, otro griego y otro ibérico.

Quien primeramente lo reconoció, justo es decirlo, fué el señor Rada. Antes de él, el P. Lasalde, que creía en un origen egipcio, y los demás escritores que señalaron una filiación oriental, no pudieron distinguir el elemento helénico, porque aquí no se divulgaban las noticias de los descubrimientos y los nuevos datos que permitían conocer la historia del arte arcáico. Pero el Sr. Rada que hubo de apreciarlo en su expedición á Oriente y que por haber llegado á la isla de Chipue cuando el general Cesnola emprendía las escavaciones que habían de darle tanto nombre, pudo examinar la evidente amalgama de elementos orientales y griegos que constituyen el estilo chipriota, del cual trajo á nuestro Museo Arqueológico Nacional algunas muestras, regaladas por aquel explorador, muestras que le sirvieron de término de comparación con las esculturas del *Cerro de los Santos*, que á su regreso encontró en el Museo, vió en este núcleo de esculturas un caso de arcaísmo semejante al que ofrecían las esculturas chipriotas. No escapó á su penetración el fondo ibérico de aquellas producciones artísticas. El P. Lasalde modificó luego ó completó su opinión calificando de bastitanas tales antigüedades. Quince años más tarde que el Sr. Rada, y por lo tanto con mejores elementos, pronunció Mr. Heuzey su dictado de *greco-fenicio*, indicando la posibilidad de que deba decirse *greco-púnico*. Y en tal estado el asunto viene á aclararle ó por lo ménos á prestarle nuevo y vivo interés el hallazgo en 1897, del busto de Elche, obra capital, en la que al momento se reconoció parentesco con las esculturas del *Cerro*, de las cuales ya habían aparecido sus semejantes en el inmediato Llano de la Consolación y en Balazote en la provincia de Albacete.

Nosotros fuimos de los primeros en ocuparnos, en estas páginas, de tan notable monumento ¹, desgraciadamente perdido para nuestros museos, apenas descubierto.

Marcamos desde luego los puntos de semejanza con aquélla: la materia, que es piedra y no mármol, el representar una mujer muy adornada

¹ Véase el tomo I (1897), pág. 440 y lám: XVI. Este artículo fué reproducido en el *Boletín de la Academia de la Historia* XXXI (1897) 427 y en la *Revista de la Asociación Artístico Arqueológica Barcelonesa*, número de Enero-Febrero, 1898.

y velada, el carácter votivo del monumento, y sobre todo el estilo, en el que resaltan también aquellos tres elementos: griego, oriental é indígena. Al reconocerlo señalamos asimismo puntos de semejanza entre los adornos del busto ó de las figuras análogas del *Cerro* y varias antigüedades de Hissarlik (Troya), Nínive, Chipre, Túnez, etc., advirtiéndole asimismo los recuerdos que de tan ricos y profusos aderezos parecen descubrirse en modas locales características de mujeres del día, entre ellas las argelinas. Aun prometimos insistir sobre la relación del busto con las esculturas del *Cerro*, y efectivamente de todas estas cuestiones hemos tratado en la Escuela de Estudios superiores del Ateneo.

Aquí, para hacer más patente aquellas analogías y las indicadas reminiscencias, presentamos reunidos en una lámina (tomo IX, lám. VI) el busto de Elche, una estatuilla del *Cerro* que afecta igual tocado y fué ya publicada por el Sr. Savirón, que supo estimar su importancia ¹, la cual figura pertenece á la colección del Museo ² y varios elementos arqueológicos y etnográficos como puntos de comparación. Véase la cabeza con su tocado de orfebrería, mas un detalle del mismo tomado de un dibujo de D. Francisco Aznar ³, de la estatua grande del *Cerro* ⁴; y compárense tales adornos, más los de la estatua pequeña y los del busto de Elche con la diadema de cadenillas y collares á ella unidas (como en la dicha estatua grande) descubierta en Hissarlik (Troya) que ostenta en el dibujo reproducido la esposa del famoso descubridor de Troya, el alemán Schliemann; véase un tocado parecido al de algunas estatuas del *Cerro*, análogos adornos, actitud y aspecto religioso ó hierático, en una estatuilla de barro «greco-púnica» del Museo de Túnez. En cuanto á los recuerdos etnográficos compárense los elementos arqueológicos aquí reunidos con nuestras valencianas cuyo tocado con los grandes rodetes del pelo, los grandes pendientes, collares, agujas de filigrana, guarda evidente analogía con las ruedas y demás adornos del busto de Elche, contribuyendo á la semejanza de aspecto la peina que corona á la valenciana, pues da un poco las líneas de la especial mitra de aquél; compárense dichos monumentos con algunas mujeres argelinas, alguna de ellas con un tocado semejante á la mitra ilicitana, otra con el peinado formando dos ruedas á los lados del rostro;

1 REVISTA (primera serie), V (1875), lám. IV.

2 Inventariada con el núm. 7.707.

3 *Indumentaria española*.

4 Véase tomo VIII, lám. IV.

otra con tocado ancho como las citadas esculturas del cerro y la figura greco-púnica de Túnez, y todas con cadenillas de filigrana, del mismo género que las usadas hoy en varias regiones españolas y dispuestas á veces en la forma dicha de estar unido el tocado al collar, formando un sólo rico aderezo.

Pocos monumentos antiguos adquirieron en breve tiempo tanta publicidad como el busto de Elche. Adquirido para el Museo del Louvre con harto apresuramiento, sin que lo evitara en España en provecho de nuestros Museos, quien pudo hacerlo; celebrado grandemente por los franceses como rápida conquista hecha á la Arqueología española, por la diligencia de Mr. Pierre París, atrajo bien pronto el interés de los arqueólogos y la curiosidad de los aficionados, divulgándose por medio de reproducciones en revistas y periódicos del mundo entero. Ofrecer aquí la bibliografía del Busto de Elche, sería harto prolijo y nos llevaría fuera de la cuestión; pero no es posible omitir los distintos pareceres formulados en cuanto á su relación con las estatuas del *Cerro* y del estilo común de esa serie de monumentos.

Reclama prioridad, entre los trabajos extranjeros, la nota de Mr. Leon Heuzey que bajo el título de *Le Buste d'Elche et la Mission de M. Pierre Paris en Espagne*, publicó en sus *Comptes rendus* de Septiembre de 1897, (pág. 505), la dicha Academia de París. El sabio conservador de las antigüedades orientales y griegas del Louvre, después de dar cuenta del hallazgo y de describir el busto, transcribe las palabras con que M. Pierre París señalaba en una comunicación rápidamente, los caracteres: «tipo indígena, arte español, profundamente impresionado de influencias orientales y más á la superficie de influencias griegas». «Podrá discutirse, añade Mr. Heuzey sobre la proporción de esos elementos, español, griego y oriental, pero ciertamente los tres se hallan presentes en la figura de Elche.

«El rostro, de una gracia severa, que procede todavía un poco del arcaísmo, con ciertos rasgos particulares de la raza, está encuadrada por dos enormes cubre-orejas en forma de ruedas caladas. La fantasía local ha exagerado todavía las modas del *Cerro* y sobre todo esos anchos colgantes que los griegos, haciendo al lujo oriental una concesión que ellos no hubieran tolerado entre sí, fabricaban en ambos extremos del Mediterráneo, en Crimea como en España, para los escitas como para los iberos. Aparece sobre el pecho un rico collar de tres hileras, con dijes en forma de va-

sitos, las *amphorulæ* de Isidoro de Sevilla (*Etymol.*, XIX). En fin, la cabeza lleva una especie de mitra rebajada, de una disposición muy compleja. Se reconoce en ella el peregrino indumento que describe Estrabón á propósito de las mujeres de Iberia, por ejemplo, esas cófias primeramente cilíndricas que «adaptándose en círculo en torno de la nuca y de las orejas, tendiendo luego á inclinarse y achatarse más y más». (Strab., III, 164). Es esta invención de formas atrevidas y pintorescas que el escritor griego califica de βαρβαρικὴ ἰδέα; pero el gusto moderno menos exclusivo, querría reconocer desde luego algo del carácter de poderosa fantasía que el genio español ha impreso á todas sus creaciones.

»La diferencia con las estatuas precedentemente descubiertas, es que éstas, aunque griegas en parte, parecen ejecutadas todavía bajo la influencia de los talleres orientales, mientras que en la figura de Elche todos los detalles están trabajados con una precisión y una delicadeza, que indican la mano de un artista griego del todo, ó al menos de un artista formado muy cerca de los talleres de la bella época helénica. Gracias al descubrimiento cuya importancia ha sabido reconocer y revelar M. P. París, estamos hoy autorizados para decir que hay un arte español antiguo ó, si se quiere, ibérico, con igual título que se admite un arte chipriota y un arte etrusco, uno y otro procedentes asimismo de una mezcla del arte fenicio y del arte griego con ciertos elementos nacionales.»

La misma Academia publicó al año siguiente, en el repertorio *Monuments Piot* una monografía suscrita por M. Pierre París y titulada *Buste espagnol de Style creco-asiatique trouvé a Elché*, de la que importa transcribir lo que nos interesa. Después de describir el busto y de señalarle como obra única en cuanto á su mérito artístico y su importancia entre las antigüedades ibéricas, pero no aislada puesto que salta á la vista su relación con las esculturas del *Cerro*, M. París se detiene á tratar del hallazgo de éstas, entre las cuales señala y reproduce varias que guardan relación por los adornos de su tocado y por los rasgos del estilo, con el busto de Elche.

Analizando éste, reconoce los dichos tres elementos, señalando el oriental en la mitra y en los adornos de joyería, conviniendo en este punto con nuestra opinión en el citado artículo de que tales adornos recuerdan las diademas de cadenillas halladas en Troya (Hiszarlik), y los de ciertas mujeres argelinas, (punto sobre el cual insistiremos más adelante); halla el elemento griego, no solamente en el traje, sino en el estilo, en la policromía, por el parentesco que dentro de la corriente arcáica guarda con

las estatuas policromadas descubiertas en la Acrópolis de Atenas y de las cuales considera «hermana más joven» á la figura de Elche, añadiendo que al corresponder aquéllas al siglo v antes de J. C., el busto deberá corresponder al iv, teniendo en cuenta el tiempo que hace falta para que llegasen á las costas de Iberia influencias de un país tan lejano como Grecia, lo cual cree demostrar también con la analogía que se advierte entre las joyas del busto y las etruscas (de origen griego según M. Martha), á las que se da por fecha del siglo vi al iii.

Entiende que el busto viene á modificar un poco las primeras conclusiones de M. Huzey, respecto del estilo de las esculturas del *Cerro*, como lo indicó en su informe dicho arqueólogo al reconocer que el busto, por la superioridad de su ejecución «acusaba una acción más directa y más antigua de los talleres griegos»; desecha la primera hipótesis del mismo, de que dichas esculturas sean de un arcaísmo tardío, que pueda llamarse greco-púnico, correspondiente al siglo iii y dice que esto fué como una concesión extrema del autor á quienes tomaran en cuenta el hecho de la ocupación del país por los cartagineses. Habla de los bronce griegos hallados en la región murciana ¹, por donde sus naturales conocieron el arcaísmo; observa que Elche ² debió ser muy frecuentado sino habitado por los griegos, y dice: «hay en la estatua de Elche una belleza superior que la coloca por encima de todas las obras fenicias ó púnicas, aun aquellas en que la acción de retorno del arcaísmo griego se haga sentir más visiblemente; y de otra parte hay un aire de parentesco tan manifiesto con las obras del arcaísmo avanzado que no hace falta buscar los intermediarios.» Puede suponerse, añade, «que un artista de Hélice, atraído hacia Grecia por el renombre de sus grandes escultores ha recibido las lecciones y el impulso fecundo de uno de los maestros del siglo v, y que de vuelta en su patria ha puesto al crear ese tipo idealizado de una belleza indígena, todos los recursos de su genio natural y los del gusto y de la ciencia técnica que había adquirido en el extranjero. Ninguna otra hipótesis, en mi sentir, explica mejor el carácter tan originariamente español del busto de Elche.

»En estas condiciones, por lo tanto, si la influencia de la Grecia se ha hecho sentir directamente, y desde el momento en que se atribuye el mismo

¹ Véase I, (1897), pág. 513 y lám. XVII y XVIII, nuestro artículo sobre una *Figura de Centauro*. Bronce griego arcaico, procedente de Rollos (Campo de Caravaca, Murcia).

² Indica que ésta debió ser la *Ελίχη* que Diodoro (XXV, 10, 3) cree fundada por Hamilcar, llamada *Ilice* por los iberos é *Ilici* por los romanos.

papel á los cartagineses de Cartagena, la cronología de las obras del *Cerro* resulta más lejana. Parece cierto que la estatua grande de Madrid es de un arte más antiguo que la de Elche; el arcaísmo afecta una sequedad y una monotonía, por ejemplo en las telas, y una torpeza, por ejemplo en la forma de los ojos, el modelado de las mejillas, que nos llevan más allá del siglo v.»

Otro arqueólogo francés que se ocupó del busto de Elche, cuando este hermoso monumento atrajo la atención general en el Museo del Louvre, fué M. Théodore Reinach ¹. Se ocupa primero de los orígenes de Elche, y apoyándose en el poema de Avieno, dice fué fundada con el nombre de Herna por los tartesios, á quienes pertenecía aún en el siglo v, época de la redacción del periplo utilizado por dicho escritor, y que arrojados de allí por los contestanos, de origen ibero, éstos levantaron sobre las ruinas de la ciudad primitiva la de *Ilici*, que en 228 opuso resistencia al cartaginés Hamilcar.

Señalados estos datos que estima principales para determinar la época y la nacionalidad del monumento, dice que para la fecha no hay otra guía que el sentimiento del estilo, y no cree pueda ser fijada «más arriba del año 500, ni hacerla descender más abajo del 450 antes de nuestra Era». «Abstracción hecha, añade, de un cierto realismo que puede explicarse por influencias locales, este busto me parece un poco más avanzado de estilo, aunque menos delicado de ejecución, que la encantadora «boudeuse» de la Acrópolis ².» Comprende las protestas que ha de provocar la determinación de fechas, que ha de oponerse á su teoría la del estancamiento de los estilos en los talleres provinciales, y que sólo cree aplicable á casos muy concretos. Reconoce el parentesco del busto con las figuras del *Cerro*, que estima podrían datar de mediados del siglo vi, y el busto, en el que reconoce como nosotros los caracteres del estilo severo, pertenecer al primer tercio del siglo v. Estima griego el busto, y las estatuas del *Cerro* de una inspiración á veces elevada, pero de factura redonda, pesada y plana, que acusa torpezas extraordinarias y procedimientos «caldeos» para la imitación de los cabellos, pudiendo ser en gran parte obra de prácticos indígenas formados en la escuela de maestros griegos.» La factura del busto estímala de mano griega, y especialmente jónica, y como la piedra caliza

¹ *La tête d' Elche au Musée du Louvre—Revue des Études grecques*, 1898.

² Alude á la mejor de las estatuas pintadas de la Acrópolis de Atenas, publicada por Collignon al frente del tomo I de su obra *Hist. de la Sculpture grecque*.

del busto, análoga á la de las estatuas, excluye toda idea de importación, entiende debe admitirse que esa *imago* funeraria, debió ser encargada á algún artista de las ciudades griegas que en el siglo v existían en la costa de España.

El inolvidable arqueólogo hispanófilo, Emilio Hübner, también dedicó una memoria al busto de Elche ¹, reproduciéndole, como asimismo el centauro de Rollos y varias esculturas del *Cerro de los Santos*. Hace una clara exposición del hallazgo y de las opiniones emitidas, indicando por su parte que la influencia fenicia en la costa de Levante de la Península no fué tan grande como se cree, siéndolo, en cambio, mucho la griega. Cree á *Ilici* población ibera, como su nombre, y no fenicia ni griega. Reconoce, al cabo, en los adornos del busto reminiscencias de obras chipriotas, griegas y etruscas, y en el collar y tocado un carácter esencialmente indígena. Cree al busto obra ibérica, que debió ser hecha hacia el siglo iv antes de J. C., más antiguo que la estatua grande del *Cerro*, mostrándose en este punto conforme con nosotros.

Al asignar M. Pierre París, mayor antigüedad que al busto de Elche ² á algunas esculturas del *Cerro*, se muestra disconforme y así lo declara en una nota, con aquella nuestra opinión, manifestada en el dicho artículo, de que creemos el busto «obra más antigua que las esculturas del *Cerro de los Santos*, obra del buen período del estilo y las del *Cerro* obras de imitación y por lo mismo de un arcaísmo más convencional.»

¹ *Die büste von Ilici.*—*Jahrbuch des Kaiserlich deutschen archäologischen Instituts*, XIII (1898) pág. 114.

² La bibliografía del busto de Elche merece ser completada en lo posible. A los citados trabajos hay que añadir:

Jamot, *Buste antique de femme trouve à Elche.* *Gazette de Beaux-Arts*, Marzo, 1898.—(Describe muy bien el tocado.)

P. París, *Buste d'Elche*, *Revue de l'Art ancien et moderne* (número de 10 de Marzo de 1898).

P. París, *La Dame d'Elche*, *Revue Philomatique de Bordeaux et du Sud-Ouest* (número 7, Julio de 1899).

No sólo en Francia y en España, en todo el mundo se publicaron grabados y noticias del busto en periódicos ilustrados de gran circulación y hasta en diarios, como *L'Illustration*, *Le Petit Temps*, y aquí la *Revista crítica de Historia y Literatura*, la *Revista Moderna* y el *Heraldo de Madrid*.

D. Pedro Ibarra, residente en Elche, y puede decirse que testigo de la aparición del busto, dió cuenta de ella en una carta dirigida con fecha 6 de Agosto de 1897 á la *Correspondencia Alicantina*, reproducida con un grabado en *La Ilustración Española y Americana* (número de 30 de Agosto del mismo año), describiendo el monumento como un busto de Apolo, de origen romano. Volvió sobre el asunto en dos artículos que bajo el título de *Arte greco-romano* publicó en la *Correspondencia Alicantina* de 14 y 15 de Diciembre del propio año, tratando de refutar nuestro parecer.

Recientemente, en la revista barcelonesa *Arquitectura y Construcción* (núm. 130, Mayo de 1903), ha publicado una memoria que regaló á la Biblioteca del Instituto de Alicante con el título de *El busto de Elche (piedra calcárea)*, y que viene á ser, por una parte, un resumen de

Esta teoría, expuesta allí someramente, hemos procurado razonarla y presentarla con la debida amplitud en las lecciones explicadas en la Escuela de Estudios Superiores del Ateneo durante el pasado curso y en el presente. Las razones en que nos apoyamos y que piden ser aquí consignadas son éstas:

En primer término, la superioridad artística evidente del busto, aunque trate de razonarse suponiendo al artista indígena eleccionado en Grecia ó lo que nos parece menos verosímil, griego que al venir á trabajar en Iberia hubo de verse precisado á reproducir un tipo y una moda locales, haciéndolo conforme á su arte, pero adaptándose á exigencias religiosas ó hieráticas, denota que nos hallamos ante una obra maestra, que sin violencia puede admitirse como punto de partida de una serie de imitaciones. El busto de Elche, como lo dijimos en el citado artículo responde al estilo severo, siendo patente la tendencia de dulcificar algún tanto la sequedad arcáica. Su fecha nos parece que debe ser el siglo v, siquiera le separen algunos años de las citadas figuras de la Acrópolis.

Las esculturas del *Cerro* son á nuestro juicio obras de otro taller inferior, cuyo origen pudo ser el taller de que salió el busto de Elche. En nuestro país, donde sus incultos naturales no produjeron más que toscos dolos y torpes simulacros, fué forzoso que faltara ambiente para que el arte, y más un arte formado con elementos extraños, hiciera su evolución. Esta no pudo ser otra cosa que la copia de modelos que al cabo eran como flores trasplantadas á otro medio. Esa copia rutinaria y tosca, imbuída de un espíritu de monótona repetición aprendida de la técnica oriental, persiste en los plegados de paños al modo que se ven en las figuras de la Acrópolis y en otras obras arcáicas, de arte más avanzado, y en vez de dar el acento realista que estas suelen tener, se encierra en un estrecho canon hierático y reduce detalles como las manos á simulacros de monótona y absurda regularidad.

las opiniones emitidas, no todas por cierto, pues omite algunas de las que andan impresas, aquí citadas, añadiendo en cambio las que le dieron en cartas particulares algunos arqueólogos. El Sr. Rada y Delgado, por ejemplo, le dijo que creía el busto mujeril, de estilo característico ibérico, con indumentos asiáticos y de arte griego confundidos. Por otra parte, el escrito del señor Ibarra tiene por fin rechazar, que no refutar, nuestra opinión; pero lo hace en una forma tan contraria á las que impone la consideración y á lo que corresponde al sereno ambiente de las discusiones científicas, que no creemos oportuno contestarle. Su fin es demostrar que solamente él está en lo cierto al creer *greco-romana* una escultura que los demás á coro dijimos era *anterromana*. M. Paris, en su estudio del repertorio Piot, al dar cuenta de los trabajos, dice en una nota, después de citar el segundo publicado por el Sr. Ibarra: «Es bastante decir que no ha renunciado á su primera opinión.» Después de la memoria que citamos, basta repetir esta frase.

Nos encontramos ante una escuela hierática, en el estricto sentido que á tal vocablo debe darse, no precisamente como manifestación de un estilo, sino de un caso de influencia teocrática que impone y consagra los modelos artísticos. Esa escuela debió vivir largo tiempo, mantenida por un culto secular, que, como el rendido en la Acrópolis de Atenas antes de la invasión persa, gustaba de colocar en torno de la deidad tutelar figuras femeniles; las de la Acrópolis ateniense eran imágenes de sacerdotisas ó de la misma diosa Atenea, pues ambas hipótesis se han mantenido; las del *Cerro* representaban devotas mujeres haciendo la ofrenda de la copa. No es ciertamente el caso que señalamos único en la historia del arte, la cual ofrece repetidos ejemplos, y el más elocuente de todos el del Egipto tebano, de repetición de motivos por exigencias religiosas que los imponen y mantienen. Prueba esto, en suma, que entre los indígenas de la región española en que se desarrolla ese arte era muy poderosa la influencia oriental, y que acaso en lo religioso fué más fuerte que en otros aspectos de la vida. Ciertos hechos que obedecen á causas, dijérase que á leyes sociológicas, se han dado más de una vez en la historia; y el hecho de la repetición de tipos de la imaginería religiosa lo vemos todavía.

Pero además el hecho que señalamos se nos ofrece repetido en la misma España antigua con todos los caracteres de una ley histórica, en lo estético como en lo sociológico, denotando las pobres actitudes que para el arte demostraban los naturales y su falta de cultura para alimentar una evolución artística. No tienen más aspecto arcáico que las esculturas del *Cerro*, ni menos tosquedad de factura, las figuras de toros y cerdos tan abundantes en el centro, parte del norte y occidente de la Península; figuras que á veces ostentan inscripciones sepulcrales latinas y que según opinión del profesor Hübner ¹ debemos considerar, al igual de las no menos toscas estatuas de guerreros gallegos, como formas indígenas de monumentos sepulcrales, respetadas por los romanos, cultivadas todavía durante su dominación y sin otra variante al cabo que la de añadir el epígrafe. No menos toscos y todavía de aspecto más hierático, artísticamente hablando, que todos los monumentos señalados, son ciertos relieves de lápidas sepulcrales con inscripciones latinas del siglo II, procedentes de Lara de los Infantes, de las cuales conserva tres el Museo de Burgos y cuatro el Arqueológico Nacional. ¿Qué son todas esas esculturas sino imitaciones desgraciadas y hechas á la

¹ *La Arqueología de España*, pag. 255.

manera hierática, de modelos romanos? De igual arte son las toscas imitaciones de relieves romanos recogidas en Cástulo y otros puntos, pudiendo ser citado como mejor ejemplo el relieve de los mineros descubierto cerca de Linares que ha sido objeto de varias monografías. ¹

Si nos fijamos en otras series de antigüedades, en las monedas, es clarísima la evolución desde los tipos de buen arte y á través de sus imitaciones cada vez más toscas y duras hasta llegar á algunas que caen en lo irrisorio; de manera que estas monedas de pésimo arte no son arcáicas, como se pensó en un tiempo, sino ejemplos elocuentes de la degeneración de los tipos clásicos, ocurrida donde quiera que ha faltado preparación, ambiente, medios y aptitudes para asimilárselos de un modo consciente y modificarlos conforme á la marcha general del arte ó á la manera peculiar de las escuelas locales. No insistimos sobre este punto en lo que á las monedas se refiere porque el señor Vives, que ha estudiado muy á fondo la numismática ibera, con ese criterio, habrá de exponerlo en una obra que desde hace tiempo prepara.

Lo mismo ocurrió con todas las manifestaciones artísticas de carácter indígena. Véanse sino los ídolos de bronce del medio día y de la misma región sur-este, los cuales hemos descrito y dado á conocer por medio de hermosas láminas en esta REVISTA ². Hicimos notar entonces como al lado de imágenes de arte fenicio, griego ó romano más ó menos puro, aparecen sus torpes y hasta ridículas imitaciones; certificando á veces de que no pueden ser otra cosa, las monedas romanas encontradas con tales ídolos. Observándolos atentamente suele advertirse en muchos, á través de su rigidez y su tosquedad, que casi les reducía á una forma esquemática, el tipo originario mucho menos arcáico y rara vez hierático.

Entre todos esos grupos de antigüedades destaca por su mejor arte y su importancia aquel á que pertenecen las esculturas del *Cerro*, las cuales son clasificables en dos estilos, marcándose el principal á que nos venimos refiriendo, con caracteres particulares, los cuales permiten designarle con la única denominación que no puede suscitar discusiones: *Arcaísmo de la región Sur-este*.

Veamos ahora cuáles son esos caracteres.

¹ Véase Rodríguez de Berlanga, *Los Bronces de Lascuta, Bonanza y Aljustrel*, 1881, página 686 y lám.; Daubrée, *Revue Archeologique*, 1882, I, pág. 193 y lám. V; Sandars, *Revue Archeologique*, 1903, I, pág. 201 y lám.

² Véase I, pág. 145; III, pág. 98 y 374; IV, *La Col. de bronce de D. A. Vives*; VII, pág. 272.]

Lo primero que salta á la vista, es la amalgama de elementos de procedencias distintas que acusan en sus orígenes fechas distintas también.

Adviértase el marcado sabor oriental de mitras y tocados. Asimismo son de notar los adornos ricos y fastuosos de moda oriental, que no repugnarían un origen troyano ó miceniano; por cierto que son repetidas las muestras de influencias micenianas que se advierten en toda la Península é islas Baleares en monumentos arquitectóricos, en piezas cerámicas, en objetos varios ó en motivos ornamentales de localidades tan apartadas como Tarragona, las citanias de Portugal y el Sur-este de la Península. En la interpretación de tales adornos y de otros detalles indumentarios, se reconoce la factura regular, minuciosa y en general cansada de la técnica oriental, conforme se nos manifiesta en los monumentos asirios. Por otra parte salta á la vista el carácter marcadamente griego del plegado del manto ó velo en que se envuelven todas las oferentes, carácter cuya filiación solamente podemos encontrarla en obras como el relieve ateniense de la mujer subiendo al carro, y otros análogos, y en estatuas como las de Egina y las citadas de la Acrópolis, es decir en esculturas de los siglos vi y v; siendo muy de notar que ese detalle griego está tratado en las esculturas españolas con una simetría y una regularidad no ya oriental sino hierática. El hieratismo, la solemnidad misteriosa, es patente en todas las figuras, que parecen como petrificadas en su devoto recogimiento.

Por contraste, la expresión y los rasgos de la fisonomía denotan los caracteres propios de la transición del arcaísmo á la libertad realista. Como lo reconoció acertadamente M. Heuzey, los ojos no obedecen á la tradición arcáica que les da figura almendrada y los levanta hacia los temporales, sino que tienden más bien á inclinarse hacia abajo; la boca no tiene la sonrisa eginética, sino un acento de severidad triste, y en el modelado un sentimiento de verdad, algo seco y duro; de manera que á la expresión alegre de las figuras del arcaísmo griego, ha sustituido la expresión triste, en la cual cree ver el citado arqueólogo francés «la tendencia á marcar la dignidad y el carácter, tendencia que se desarrolla en el arte helénico á partir de Alejandro, y que el arte latino exageró sin guardar la distinción y el acento severo que constituyen el mérito de la estatua española», que es la grande, tantas veces citada.

Y al lado de todos esos caracteres que revelan las dos corrientes artísticas, oriental y griega, la una venida por el Mediodía de la Península, donde la gente fenicia tenía sus factorías, y la otra por Levante, donde tenían sus colonias los griegos, cuyas dos influencias produjeron en la región intermedia el estado de cultura y el arte á que responden los monumentos de que venimos hablando, resaltan los caracteres del elemento indígena, que son además de esa misma amalgama de tendencias distintas y fusión de todos esos detalles en un tipo especial, la tosquedad de la interpretación, la rudeza del trabajo, lo recargadas de detalles que aparecen en general todas las figuras, y sobre todo los rasgos étnicos, que nos dan invariablemente un tipo rechoncho, macizo, y en las fisonomías, como dijo muy acertadamente el señor Rada, algo del tipo murciano y del valenciano. Sobre esse punto llamamos la atención acerca de cierta semejanza que se advierte entre el busto de Elche y el tipo femenino valenciano que hemos reproducido junto á él.

Esas influencias no determinaron una sola escuela, sino distintas manifestaciones, con diversa preponderancia de tales elementos. Señalaremos como tipo más oriental el esfinge de Balazote, toro con faz humana barbada, cuyo origen caldeo-asirio reconoció el citado M. Heuzey en una interesante monografía ¹. Este monumento hallado en Balazote (provincia de Albacete), hoy conservado en el Museo Arqueológico Nacional, es interesantísimo, porque revela todos los apuntados caracteres de rudeza y sequedad con que en España se interpretaron los modelos orientales. Esculpido en piedra arenisca, la cabeza de bulto redondo, el cuerpo en alto relieve, sirvió sin género de duda para adornar la quicialera de una puerta; como los grandes toros de faz humana las puertas de los palacios ninivitas.

Citaremos también unas esfinges de piedra descubiertas en Sax (Alicante), que posee el Museo del Louvre y que á M. Heuzey le recuerdan las de estilo chipriota. Tampoco debemos pasar en silencio el león hallado en Bocairente y conservado en el Museo de Valencia: es una figura que recuerda por su postura las esfinges egipcias que bordeaban los caminos de los templos, y que como las esfinges de Sax, es de mejor arte que el esfinge de Balazote.

¹ *Le Taureau chaldéen à tête humaine*, par Léon Huzey, tirada aparte del repertorio *Piot Monuments et Memoires*, Paris 1900.

Más cerca que este monumento lo están aquellos del busto de Elche, pieza hasta ahora excepcional por su mérito; y cuyo carácter queda precisado.

De estas ligeras indicaciones parece resultar por lo pronto, que el arte anteromano estaba más adelantado en la Contestania, á la cual corresponden Elche y Sax, y aun en la Edetania, la cual comprende á Bocairante, que en la Bastetania, donde se encuentran el *Cerro de los Santos*, y sus inmediaciones, incluso el Llano de la Consolación, la comarca, en suma, de donde proceden las esculturas del Museo, que con las de igual procedencia conservadas por los PP. Escolapios de Yecla, por el Museo del Louvre y por algunos particulares, componen los restos de la escuela bastetana, única de que hasta ahora es posible un estudio de conjunto.

Entre sus obras se reconocen piezas de bueno, mediano y mal arte, pudiendo establecerse series y grupos que permitan, como nos proponemos intentarlo, ver la marcha que siguió esa especie de pseudo-arcaísmo, desde los tiempos en que conservaba la huella de las influencias orientales y griegas, hasta que, perdiéndose éstas en las rutinas de su imitación local, y acentuándose la tendencia realista, llegan á producirse obras, especialmente cabezas en que, al lado del realismo con que se indican los rasgos fisionómicos, vemos todavía una interpretación hierática y decorativa de la cabellera.

En cuanto á la duración de esta escuela, tomado como punto de partida el buen arte que representa el busto de Elche, cuya fecha, como queda apuntado, es el siglo v, entendemos que debió llegar hasta los comienzos de la dominación romana, como lo demuestran algunas figuras en que se advierte el reflejo del arte latino.

Respecto de la participación que los conquistadores púnicos hayan podido tener en el mantenimiento de tal escuela, como en un principio nos inclinamos á admitir, creemos hoy, después de haber estudiado el asunto, que no es posible buscarla en el terreno del arte, mientras no sea bien conocido el arte cartaginés. Ya hemos visto la patente analogía que ofrecen algunas figurillas de barro genuinamente púnicas y las esculturas españolas, lo cual nada tiene de extraño si se considera que las mismas influencias oriental y griega informaron al arte de Cartago y al de Iberia.

Los caracteres particulares con que el arte ibérico se nos ofrece permite considerarle como producto de la civilización de los indígenas.

VI

Llegamos al examen de las esculturas del *Cerro*, que habremos de hacer concretándonos á la colección del Museo, no solamente por ser ésta la que ha suscitado la *cuestión de autenticidad*, que motiva las presentes líneas, sino porque siendo con mucho la más numerosa ofrece todos los tipos y variedades de lo que en el esbozo de clasificación general de las esculturas ibéricas hemos denominado «grupo bastetano».

Queda dicho que no todas las esculturas llamadas del *Cerro* proceden de él sino de la comarca, en la cual podemos señalar dos centros arqueológicos importantes, el *Cerro* mismo y el *Llano de la Consolación*, que dista de él seis kilómetros ¹ y del cual se ocupó D. Antonio J. González, en la publicación murciana *La Enseñanza católica*, que dejamos registrada, y últimamente D. Pascual Serrano en el *Bulletin hispanique*.

Sabemos que en el *Cerro* existió un templo, cuya sencilla planta rectangular, con indicaciones de *pronaos* y *cella* publicó el Sr. Savirón ². A este edificio debió pertenecer un capitel que solamente conocemos por dibujo del Sr. Aguado y Alarcón, reproducido en *El Arte en España*, por D. José Amador de los Ríos, y en su *Discurso* por D. Juan Rada, el cual declara fueron infructuosas cuantas diligencias hizo para encontrar el original. Dicho dibujo nos da á conocer, acaso con poca fidelidad, una variante del capitel jónico, sin los caracteres de arcaísmo que en él se creyeron descubrir, más bien con los de la decadencia del clasicismo. En la colección del Museo hay un fragmento de voluta y otra aún más característica de capitel jónico arcáico, existe en la colección de los PP. Escolapios de Yecla y ha sido publicada por M. Piém París ³.

Para completar en lo posible el juicio acerca de la arquitectura correspondiente á la escultura que nos ocupa, debemos mencionar el hallazgo

¹ Pascual Serrano Gómez, *La plaine de la Consolation et la Ville iberique d'Ello* en el *Bulletin hispanique*, I, p. 11.

² Primera serie de la REVISTA, tomo V, láminas 1.^a y 2.^a.

³ M. P. París, *Sculptures du Cerró de los Santos*, *Bulletin Hispanique*, III, pág. 122, núm. 39 y lám. VI, núm. 8.

ocurrido en el *Llano de la Consolación* de unos fragmentos arquitectónicos, que adquirió el Sr. Vives y por donación suya figuran hoy en el Gabinete de Antigüedades de la Academia de la Historia, los cuales nos dan como las esculturas clara muestra de la amalgama de elementos orientales y griegos, de que se compone el arte ibérico. Corresponden dichos restos á miembros arquitectónicos pequeños, que pudieron pertenecer á una edícula ú á otra construcción análoga poco importante. Consisten en cuatro trozos de capiteles, dos de arquivoltas y otros dos de cornisa. Los cuatro primeros trozos lo son de volutas, que acusan gran desarrollo, y cuyo trazado es análogo al de capiteles y estelas chipriotas y al de capiteles griegos arcáicos de orden jónico, procedentes de Neandria, Mitilene y Delos ¹. Los trozos de arquivolta ó de friso ofrecen restos de una decoración bien característica: el disco solar de los egipcios, con las alas extendidas, como se ve en tanto y tanto entablamento de las construcciones faraónicas y por imitación en un entablamento fenicio del templo de Biblos, que posee el Louvre y en estelas cartaginesas. En nuestros fragmentos se ven las alas con todos los rasgos que al estilizarlas les dió el arte egipcio. Los trozos de cornisa, por el contrario, ofrecen en las molduras de la misma los ovarios, perlas y fusulinos, propios de las cornisas griegas. La piedra de los fragmentos es la misma de las esculturas; una arenisca con cemento calizo de color algo oscuro, y tan blanda cuando sufre la acción de la tierra que, según nos dijo el Sr. Savirón, al desenterrar algunas piezas observó que eran fácilmente rayables hasta con la uña.

Esta piedra, abundante sin duda en la localidad, fué el material utilizado en los talleres bastetanos, donde le trabajaban practicando la ejecución dura y prolija de la técnica oriental que á veces, como en Egipto, se ejercitaba sobre materiales durísimos. Hay, pues, evidente disconformidad entre la blandura del material y la dureza de la ejecución; lo que prueba que la rutina fué la ley en las prácticas orientales y acaso hieráticas del arte antiguo, cuyas derivaciones ibéricas estudiamos. Los egipcios por temor de que saltara el duro material, los bastetanos, como los chipriotas, que también esculpieron en blanda piedra, por temor de quebrarla, emplearon á veces ciertos subterfugios ó convencionalismos. Vemos, pues, que en las estatuas femeniles la masa del cuello está robustecida con el tocado, que suele formar ancha base sobre los hombros; los

¹ Perrot y Chipiez. *Histoire de l'Art dans l'Antiquité*, III, figs. 48, 51, 52, 71, 152; y VII, figs. 275 y 276, y lám. LIII.

brazos están pegados al cuerpo, de suerte que como los collares y demás adornos destacan en relieve sobre la masa del tronco, el cual, vestido de ropa talar, forma un todo macizo, sin partes salientes de importancia. Manos, plegados del ropaje, detalles de adornos y tocados; cabellera y aun facciones, está todo ello más bien grabado que esculpido, siendo tímido y redondo el modelado.

Los caracteres que vamos apuntando convienen á la generalidad de las esculturas del *Cerro*, resultando de un modo completo en las más arcaicas. Pero se observan también otros caracteres que son comunes á todas, tanto á las arcaicas como á las clásicas y les prestan unidad perfecta en cuanto á su destino y significación. El primero de estos rasgos es de orden técnico y consiste en que estatuas, bustos y cabezas están labrados por frente y costados, no estándolo casi nunca por el dorso, señal evidente de que fueron hechos para ser colocados junto á la pared del santuario, como ya lo indicó el Sr. Rada. Cabezas hay que al examinarlas surge la sospecha de que fueron intencionadamente esculpidas para colocarlas luego de perfil, del lado en que puso su esmero el artista, descuidando el opuesto. La otra característica constante señala esa numerosa serie de figuras como votivas, siendo de notar, en las que consideramos auténticas, que no representan deidades sino seres reales, lo que no quiere decir que deban considerarse como retratos, sino como meros simulacros, representaciones ó símbolos de seres devotos en el momento de presentar su ofrenda ó de dirigir su plegaria al dios titular de ese santuario, cuyo nombre no podemos precisar por falta absoluta de pruebas, siendo verosímil que fuese una divinidad indígena.

Volviendo al arte ya indicamos é importa señalar que en el grupo de esculturas bastetanas son apreciables dos estilos diferentes: uno en que el arcaismo ó mejor pseudo-arcaismo constituye la nota dominante, y otro en que la tendencia clásica y realista se acentúa hasta hacer pensar en el arte clásico y acaso romano. Pero entiéndase, desde luego, que no quiere esto decir resalte en conjunto de esas esculturas un verdadero proceso de arte. Productos de un sistema amanerado, mantenido por una costumbre religiosa, en las figuras arcaicas se advierten rasgos realistas y en las realistas hay todavía detalles de factura arcaica. El aislamiento de esa escuela y el consiguiente apego á sus rutinas constituyen la nota dominante. Todo esto dificulta mucho el estudio y la clasificación que parece debe basarse por el pronto, en la separación de esos dos grupos; pero mal puede seña-

larse la evolución dentro de cada uno ni el paso del primero al segundo cuando se advierte aquella mezcla de caracteres. Toda prudencia parece poca en cuestión tan oscura como lo será siempre la de la marcha del arte en una escuela local y aislada.

En el grupo pseudo arcáico parece oportuno establecer dos grandes series, una de figuras femeniles y otra de figuras varoniles, comprendiendo en cada serie estatuas bustos y cabezas, que iremos agrupando conforme á las afinidades que ofrezcan.

Antes de entrar en el examen individual de las esculturas, debemos decir que no queriendo dar á nuestro estudio el enfadoso rigorismo de un catálogo, y habiendo sin embargo de guardar un orden de clasificación, señalaremos entre corchetes el orden de la misma con números, juntamente con los que correspondan al Inventario del Museo, añadiendo la cifra de la mayor dimensión de la figura, cuando este dato tenga interés.

Examinemos las figuras femeniles. Entre ellas estimamos de importancia, para conocer los orígenes del estilo arcáico bastetano, una estatuilla que guarda inmediata relación con el busto de Elche.

[1.—7707.—0,20. Véase tomo IX, lám. VI.] Es la ya citada y reproducida figura femenil, con tocado idéntico al de aquella notabilísima escultura, formado de mitra y cadenillas, discos á modo de ruedas, de las que tan sólo conserva el del lado izquierdo, cubriéndole la oreja y cadenillas que bajan á unirse con las del collar ó collares de cuyos hilos penden dijes, estando también velada con un manto cuyos bordes se unen sobre el pecho. Fáltanle las manos. El rostro algo frustrado, por tener mutilada la nariz y la boca, parece de vieja. El Sr. Savirón fué el primero que reprodujo esta estatuilla, ¹ que dice fué hallada «bajo la escalinata del templo, á la profundidad de un metro cincuenta centímetros»; la describe y hace notar su mérito, superior al de la generalidad de las esculturas, de donde deduce que debe pertenecer á la época de florecimiento de su estilo, como así es en efecto. Con este parecer se mostró conforme M. Engel ². También la reprodujo M. P. París, utilizándola como documento que demuestra las analogías del tipo y del estilo del busto de Elche entre las esculturas del *Cerro* ³; reconoce las razones con que la estimó Savirón; pero dice que «no debe juzgarse sin prudencia del estilo» de este fragmento; y cree

¹ Véase, primera serie, t. V, pág. 229, lám. IV, núm. 13.

² *Rapport*, pág. 55.

³ P. París. *Buste espagnol*, fig. 6 y págs. 12 y 13.

que «algún vándalo ha pretendido hacer un bien rayando la piedra para precisar el contorno de los ojos borrados.»

[2.—7717.—0,12.] Con esta estatuita deben agruparse dos, una falta de la cabeza y de la mitad inferior de las piernas, pero estimable á pesar de su estado fragmentario por su buen estilo y su analogía con lo anterior, á la que aventaja en que conserva las manos, cuyos dedos doblados están bien hechos, sin el convencionalismo pseudo arcáico del grupo más numeroso de figuras. No sostienen, como en éstas, dichas manos, la copa de ofrenda, estando más separadas y teniendo cogidos los bordes del manto. Adornan su pecho collares y dijes ¹. Fué descubierta por el Sr. Savirón en la vertiente occidental del *Cerro*.

[3.—7718.—0'09.] En el mismo caso se halla la otra, que sólo es un fragmento de estatuita, por hallarse falta del busto y de la mitad inferior de las piernas. La posición que acusa de los brazos, doblados, con las manos hacia adelante recogiendo el manto, es la misma que en la estatuita anterior; pero aquí los pliegues están tratados con blandura y saber, que denotan buen estilo y mano esperta. Este ejemplar no fué hallado por el Sr. Savirón que le menciona en grupo con otros fragmentos ².

Pasando al examen de las piezas grandes parecen reclamar los primeros puestos dos cabezas mitradas, que muy bien pueden considerarse como fragmentos de estatuas ó de bustos, de un tamaño poco menor que el natural.

[4.—7510. Véase lám. III, núm. 2.] Una ciñe diadema de labor de orfebrería, con grandes ínfulas que encuadran el rostro; la mitra ó cogulla cubre hasta los hombros. La ejecución del rostro es de carácter más arcáico que la del tocado. El ojo almendrado, redondo por el lagrimal, y agudo por su vértice exterior, es un rasgo hierático, peregrino y característico. La boca, de modelado seco más parecido al de las cabezas varoniles y no desprovisto de sentimiento realista. La labor de la diadema, que la mitra no permite ver entera, forma adornos en figura de ∞ ∞ , y de rosáceas y por bajo un ziszás; las ínfulas apenas visibles, terminan en discos ó especie de ruedas, mucho más pequeñas y más bajas que las del busto de Elche y de la figura 1. (7707), pero del mismo género. El festón ó borde de la diadema formado de ondas que recuerdan los ovarios de las molduras, figurando de labor calada, se dibuja sobre la cara á modo de toca. Reproducen esta

¹ Savirón, V, pág. 231, lám. 4.^a, fig. 21.—Paris, *Buste*, pág. 16, fig. 7.

² V. pág. 232 y Paris, *Buste*, pág. 16.

cabeza los señores Rada ¹, Heuzey ², Engel ³ y Paris ⁴. Heuzey recuerda que esta especie de cogulla no es rara en el Oriente antiguo, anteriormente á la época en que se dejó sentir la influencia griega que desterró modas tan peregrinas y formas tan hiperbólicas. Señala al propósito figuras de barro sirias y rodias, á lo que añadiremos nosotros la mención de dos figuras femeniles, recostadas, también de barro, procedentes de Beyrut, y existentes en el Museo, donde están catalogadas bajo el núm. 3190. Añade M. Heuzey que esas modas orientales son las que habían adoptado las mujeres iberas, y describe Artemidoro, cien años antes de nuestra era, diciendo que esas mujeres arrollaban sus cabellos en torno de una especie de columnilla de un pie de altura y lo cubrían todo con un velo ó *calyptra* de color negro. Respecto del festón que encuadra los tres lados de la cara, dice: «En fin, la frente y las mejillas están encuadradas por ondulaciones totalmente simétricas, que parecen á los ovarios de Arquitectura, lisas y separadas como en la ornamentación jónica, por puntas ó dardos. No se sabe á primera vista si este festón de un trabajo en el que hay delicadeza y complicación es un complemento del tocado ó simplemente una manera convencional de representar la cabellera. Seguramente hay que buscar el punto de partida en los bordes ondulantes de la cabellera, tal como están representados en las obras griegas arcaicas, por un procedimiento tomado del arte caldeo-asirio. Diríase tan solo que el escultor ha olvidado el origen y verdadera naturaleza de esas ondulaciones; por lo menos las ha tratado de una manera puramente decorativa.»

[5.—7506.—0,33. V. fig. 1.^a] Estas observaciones son todavía más aplicables á la otra cabeza, de la cual existen vaciados en los Museos Arqueológico Nacional, de Reproducciones Artísticas y Antropológico; pero cuyo original no perteneció, como se ha creído, á la colección Cánovas, ni hemos podido hallarle en otras, siendo presumible que lo conserve algún particular, por mera curiosidad. Es una cabeza cuya fisonomía ofrece los mismos rasgos arcaicos que la acabada de describir. Son más finas sus facciones, más delicado el sentimiento artístico que las expresó, y es de notar

¹ *Discursos*, lám. IV, 1.

² *Revue d'Arche*. III, lám. IV, 1 y págs. 105 y 106. *Bulletin de correspondance helenique*, XV, pág. 617, fig. 1.

³ *Rapport*, pág. 72, fig. 4.

⁴ *Buste*, pág. 10; *Revue de l'Art Ancien et Moderne*, 10 Marzo 1898 y *Revue philomatique de Bordeaux et de Sud-Ouest*, 1 Julio 1899; y por error material la ha incluido, bajo el núm. 53 y reproducido en la lám. VIII, 1.^a, 1, entre las piezas no pertenecientes al Museo de Madrid, en el *Bulletin Hispanique*, III, pág. 113.

el acento dulce con que está tratada la boca y la inclinación del plano de los ojos, cual si la dama representada mirase hacia la tierra, al igual que la de Elche, pero no con la grave expresión de ésta, sino como sumida en una contemplación plácida. La diadema, de labor menos arcáica, está adornada con ondas, y por su borde, sobre la frente, con doble hilera de

bolitas. Más lógico, al parecer, que el autor de la cabeza anterior, el de ésta dispuso tan sólo á los costados las ondas, sin las puntas ó dardos intermedios y de un modo, que guarda inmediata relación con el de interpretar los mechones del cabello, que es acaso lo que significan estas ondulaciones, en la cabeza varonil, núm. 7.508.—Ajusta sobre tales adornos una mitra ó caperuza que, por estar roto el original, no puede precisarse su terminación y altura, siendo presumible que ésta fuese grande, á juzgar por la dirección del perfil; en su frente ofrece una arista ó doblez y por detrás llega hasta el arranque del cuello ¹.



FIGURA I.^a

ron de estas antigüedades y cuyos rasgos dieron desde luego razón del arte especial de las gentes, á quienes perteneció aquel santuario. El tamaño de la figura es poco menos que el natural, pues mide, sin el plinto, 1.^m 15. Su rasgo característico es la solemne quietud con que hace la ofrenda de una copa ó vaso del tipo del *olpe*, sin asa, tipo de vaso oriental, que hallamos entre los objetos ante-romanos descubiertos en Costig (isla de Mallorca)

[6.—3.500. — 1.^m 35. — Véase tomo VIII, lám. IV]. Llegamos por fin al examen de la pieza capital entre las esculturas del *Cerro de los Santos*, la estatua grande de mujer oferente, alabada por cuantas personas se ocupa-

¹ Rada, lám. IV, núm. 2; París, *Buste*, pág. 10, fig. 2 y nota 3, *Revue de l'Art ancien et moderne*, 10 Marzo 1898, *Revue Philomatique de Bordeaux*, 1 Julio 1899, y *Bulletin Hispanique* 54, lám. VII, número 2.

con unas cabezas de toro en bronce, todo ello existente en el Museo Arqueológico Nacional. Sostiene dicha copa entre las dos manos, sobre el cuerpo, á la altura del vientre. Viste tres túnicas, cuyos bordes escalonados son visibles por abajo y por el cuello. La primera y más corta ofrece unas rayas, como indicando franjas, en sentido oblícuo hacia el medio, que queda liso; lisa por completo es la segunda; y la tercera, que cae sobre los pies, calzados por cierto con zapatos cerrados, forma menudos y simétricos pliegues, que por comparación bastante exacta con la conocida Hera de Samos, existente en el Louvre, dejó entender á M. Heuzey ¹ que no se trata, cual se pensó, de una interpretación de fleco á la manera asiria, sino interpretación de «la túnica de lino, la *calasiris* egipcio-jónica», siendo admisible, en opinión del eminente arqueólogo, que las modas griegas, más ó menos mitigadas, comenzaran á ganar desde el siglo v muchos puntos del Mediterráneo y se propagaran más y más, á medida que el contagio de la vida helénica fuera haciéndose dominante en el mundo antiguo. El cuello, bastante cerrado, de esta túnica, se abrocha con un pasador en figura de $\left\{ \begin{array}{l} \text{—} \\ \text{—} \end{array} \right.$, que guarda esta misma posición, y de cuya clase de imperdibles de bronce, recogidos en muchos puntos de España, abundan en nuestro Museo los ejemplares, muchos de ellos idénticos al de la estatua. Completa ésta su vestidura con un manto ó gran velo rectangular que desde los hombros viene formando en la caída de sus bordes el plegado simétrico, conforme al sistema griego arcaico, de que nos ocupamos á su tiempo, y lo mismo en los extremos que caen de los antebrazos sobre el vientre. Dichos pliegues están formados por líneas rectas en ziszás, contrastando con los pliegues laterales confluentes hacia el codo, indicados por líneas curvas. A sus cuatro extremos lleva este manto sendas bellotas ó *glandes*. Este detalle y el citado pasador, comparable á los de la Galia y de Etruria, estímalo M. Heuzey de moda oriental ó bárbara. La cabeza se adorna con una complicada y lujosa diadema, obra delicadísima de orfebrería, compuesta de un frontal que se adapta al cráneo y ofrece, en dos series, una labor de líneas ondulantes y un festón de bellotitas sobre una especie de fleco de hilos ondulados; á los extremos sendos rosetones que recuerdan motivos de la ornamentación oriental y de los que parten golpes de cadenillas acabadas en bellotas ó *glandes* que llegan hasta los hombros y casi cubren dos discos como los que lleva la cabeza núm. 4. (7510), pero mayores; y entre estas caidas y el rostro

¹ *Revue*, Lám. III y págs. 101 á 105.

aparecen otras cadenas, más gruesas y dobladas, que bajan hasta el pecho, como las que llevan las mujeres argelinas. Pero lo que es más digno de notar es que este tocado guarda semejanza con los de cadenillas de oro, recogidos por Schliemann en la Troade, según se hizo constar en el *Catálogo del Museo* ¹. Completa el adorno un pectoral, formado por tres gruesas cadenas, separadas por un tejido de labor de canutillos, formando picos contrapuestos, y por terminación una serie de bellotas, como en la *osk* egipcia. En los dedos índice, anular y meñique de la mano izquierda lleva sortijas, la segunda en la primera falange. Tal fué la costumbre, mencionada por Plinio y comprobable observando figuras orientales ó etruscas.

En cuanto al estilo, el hieratismo se manifiesta en la rigidez solemne, en el paralelismo, en la quietud mística con que esta mujer bastetana hace su ofrenda, la ofrenda de la bebida antes de la libación, como dice M. Heuzey, revestida de sus ricas ropas y fastuosos adornos, como una princesa. Su rostro está sereno y grave. La expresión es triste. Á ello contribuyen los ojos por la exagerada elevación de los párpados superiores y por estar sus vértices exteriores inclinados hacia abajo; y la boca que es en un todo semejante á la de las cabezas anteriores, por estar también caídas las comisuras de los labios. Las manos se arquean aunque tímidamente para cojer la copa y los dedos tienen indicadas las uñas. Tanto en las facciones como en los adornos son evidentes las interpretaciones y las minucias sistemáticas arcáicas al lado de los conatos de realismo, adivinándose la fluctuación y la timidez de los artistas bastetanos. En conjunto hay en esta estatua, y en ello está su mérito, una grandiosidad y una cierta elevación religiosa que la señala como obra maestra en la escuela que estudiamos.

Basta el simple examen de la figura para comprender que responde á un tipo consagrado. De sacerdotisa la creyó el Sr. Rada ². De oferente tan sólo se ha considerado después y habremos de considerarla nosotros. Y en verdad, que en este punto son de notar ciertas figurillas de bronce, de las cuales nos ocupamos hace tiempo ³, caracterizadas por análogos tocados y joyas, por ir veladas con el manto y que acaso responden, como ya indicamos, á una costumbre, practicadas en los centros de culto por quienes creyeron recibir de las deidades el gran beneficio de la salud.

¹ Pág. 298.—Véanse los elementos reunidos al propósito en nuestro tomo IX, lám. VI.

² *Discursos*, págs. 48, 49 y lám. III.

³ Véase nuestro tomo IV, *La colección de bronce antiguos de D. Antonio Vives*. Véase acerca de la estatua del *Cerro Engel Rappont*, pág. 72 y lám. IX de la publicación en que insertó su trabajo titulado *Nouvelles Archives des Misions*, tomo III.

Examinemos ahora la serie de estatuas del mismo tipo, esto es, de mujeres veladas y adornadas haciendo la ofrenda de la copa.

[7.—7.632.—0,75.] Muy semejante á la estatua descrita debía ser otra de la cual solo se conserva la mitad inferior ó poco más, bastante mutilada, pues faltan las manos y el vaso de la ofrenda. Viste dos túnicas, lisa la primera y formando menudos pliegues la segunda; pliegues, que por extraño capricho del tallista se repiten entre los zapatos, como si la oferente vistiera otra tercera túnica ¹. El manto forma las caídas regulares, de pliegues geométricos á los lados y sobre el abdomen, llevando á sus extremos *glandes* de figura romboidal guarnecidos de bellotillas. Sobre el pecho conserva una *bulla* ó joyel como terminación del collar. La estructura de la estatua es prismática, como un pilar, siendo menos apreciable que en la anterior, el sentimiento del bulto de las dos piernas.

También hay cierto sentimiento sumario de la posición de los brazos doblados sobre el cuerpo, en la curva que afecta la caída del manto, formando los consabidos pliegues geométricos, en tres notables ejemplares.

[8.—7.633.—0,80.] Uno de ellos, á no hallarse frustrado y falto de la mitad inferior de las piernas, sería muy estimable, tanto ó más que la estatua grande. La oferente de que hablamos ahora lleva el manto por la cabeza y los pliegues, sin abandonar el ziszás que los dibuja, tienen más movimiento ²; el tocado forma á manera de ínfulas de cadenillas, de las que pende el pectoral también de cadenillas con un dije.

[9.—7.611.—0,27.] Otro ejemplar es un fragmento ó torso de estatua, de buena ejecución, también con más movimiento en el plegado, y su collar es una triple y gruesa cadena ³.

[10.—7.604.—0,31.] El tercer ejemplar es un fragmento idéntico al anterior, con la copa mejor hecha que en la mayoría de las figuras.

Una variante de la peregrina indumentaria femenil bastetana se nos ofrece en otras tres estatuas, de las que solamente una está completa.

[11, 12 y 13.—7.625, 7.597 y 7.631.—0,61, 0,43 y 0,72.] En ella, y en la que más se le asemeja, falta de la cabeza, se observa que, además de las túnicas, dos en la primera y tres en la segunda, llevan el manto en la dis-

¹ Otro fragmento análogo perteneciente al Museo de los PP. Escolapios de Yecla, ha catalogado con el núm. 21 y reproducido (lám. II, núm. 3). M. P. Paris en su citado trabajo del *Bulletin Hispanique*. III, pág. 118.

² En el Museo de Albacete hay un torso parecido de 0,75, que registra Paris en el *Bulletin* con el núm. 51 y reproduce en la lám. III, 2.

³ Paris, *Bulletin*, registra con el núm. 40 y reproduce lám. III, núm. 1, un busto parecido del Museo de Albacete, con inscripción que cree auténticamente ibérica.

posición ya conocida, y encima, á modo de un velo, el cual, desde la cabeza (según permite observar el ejemplar completo) cubre hasta por bajo de los hombros y cae sobre los brazos, formando pliegues radiados, como las modernas mantillas de nuestras mujeres.

La dicha estatua completa es curiosa (véase tomo VIII, lám. V, fig. 1) por su rostro de facciones redondas y juveniles, que recuerda modelos clásicos, apartándose de la extraña acentuación arcáica de la figura grande. Se adorna con una diadema formada por gruesa trenza y su festón de bellotillas, más las indispensables caídas ó ínfulas de cadenas ó canutillos; é independientemente, por bajo del borde de la túnica, lleva un grueso collar del género *torquis*, igual al que lleva al segundo ejemplar. El tercero es un fragmento, pero de estatua grande, falta de la cabeza, de un buen trozo del costado izquierdo y de la mitad inferior de las piernas. Difiere de los anteriores en que el dicho velo baja algo más por el costado, estando sus pliegues indicados por medio de líneas curvas, confluentes hacia el brazo que le recoge, y en que el collar ó pectoral, formado por cuatro gruesas cadenas, pareadas, pende de las cadenas de la diadema, según la moda troyana ¹.

[14.—7.634.—0,78.] Se diferencia de las anteriores estatuas otra que también está velada con el manto, y sobre su túnica resaltan tres gruesos collares *torquies*; el que va en medio con un nudo idéntico al que se ve en un *torqui* de plata que conserva el Museo con el núm. 16.886. Pero lo más singular de esta estatua, que por desgracia tiene frustrado el lado izquierdo, es el tener el rostro vuelto hacia la derecha y los ojos cortados á bisel, lo cual le da una expresión como de dolorosa.

[15.—3.513.—0,94. Véase tomo VIII, lám. VI, fig. 1.] Hay una estatua de mujer oferente que se diferencia de las anteriores en que lleva una mitra ó cogulla cónica que forma parte de una especie de capuchón, el cual, á modo de toca, circuye el rostro, no dejando visible diadema ni collar, y baja sobre el pecho perfilándose en una especie de picos escalonados, que más parecen de telas superpuestas que indicación de pliegues: por bajo sale el manto plegado á los costados en la forma conocida y por el frente es visible una sola túnica, formando menudos pliegues. Los calzados son á modo de borceguíes, cuyas palas se juntan sobre el empeine. El rostro, de ojos ovales y rectos, guarda relación con el de la estatua citada 7.625. Como ésta lleva la copa sobre el abdomen y las manos

¹ Rada, *Discursos*, lám. VI, 5.

están interpretadas de un modo geométrico exagerado que convierte las cuatro falanges en elementos de un ornato de monótona regularidad ¹.

[16.—7.504.—1,60.] Del mismo tipo, pero mucho mayor, es otra estatua que se halla frustra, permitiendo juzgar de un estilo más libre que el de la anterior la caída del manto y del velo por el lado derecho ².

[17, 18 y 19.—7.614, 7.515 y 7.636.—0,59, 0,43 y 0,46.] Deben agruparse con estas estatuas tres bustos mitrados. Los dos primeros, que son los menos mal conservados ³, permiten apreciar que como en las cabezas primeramente citadas la cogulla, unida al manto, deja visible la rica diadema de cuyas ínfulas de cadenillas penden gruesos collares. En el primer ejemplar los ojos están indicados á bisel y la boca con una aguda incisión ⁴. En el segundo ejemplar los ojos son abultados, globulosos, como se ve en varias cabezas de hombre, y la boca es fina y modelada como la del vaciado.



FIGURA 2.^a

[20.—7.519.—0,23.] Guarda relación con esos bustos una cabeza, cuya mitra, en vez de estar derecha como en ellos, está inclinada hacia atrás, como en el busto de Elche, y el rostro, testoneado de ricos pendientes redondos, es oval, de facciones prominentes y ojos almendrados y globulosos. Al cuello lleva un *torquis*.

[21.—7.510.—0,39. Véase fig. 2.] Forma contraste con tan acentuado arcaísmo el muy dulcificado de una cabeza representada en el Museo Ar-

1 Savirón, V, 232, núm. 21, y Rada, *Discursos*, lám. II, 2.

2 Rada, *Discursos*, lám. IV, 3.

3 Rada, *Discursos*, lám. V, 6 y 7.

4 Paris, *Buste*, pág. 12, fig. 5.

queológico y en el de Reproducciones artísticas por sendos vaciados y cuyo original no perteneció nunca, como se había creído, á la colección Cánovas del Castillo, sino á las del Museo Antropológico, formado por el Dr. Velasco, que hoy constituye una sección del de Ciencias naturales, donde hemos tenido la suerte de hallarlo. Lleva mitra ó cogulla recta, medio cubierta por el velo ó manto; ciñe diadema, cuya placa, de labor geométrica y festón de bellotillas, se distinguen claramente, al contrario de las cadenillas de los lados, que están mutiladas. El rostro denota en el artista un cierto sentimiento realista. Los ojos están perfilados sin exageración y la boca y barba modelados con cierta blandura, y acentuadas del modo característico ¹.

[**22.**—7.506.—0,27.] Muy curiosa variante entre las cabezas mitradas ofrece una cuya cogulla, de figura un poco triangular, recuerda la mitra, al parecer de cuero, que pusieron al busto de Elche. También, bajo la cogulla, que le llega hasta el cuello, se adorna la dama con la consabida diadema. El rostro, de modelado algo seco, guarda relación con el de la cabeza anterior ².

[**22** y **23.**—7.527 y 7.545.] Hay otro tipo de cabezas femeniles, sin mitra, pero veladas por el manto, que deja visible la diadema, la cual, en dos ejemplares, ambos de rostro largo, con ojos convergentes, tallados á bisel, tienen un aspecto de tocado egipcio, con las ínfulas de cadenillas. De este genero posee una cabeza femenil del *Cerro* el Museo de Ciencias naturales en la serie que fué del Dr. Velasco.

[**24** á **28.**—7.524, 7.532, 7.533, 7.539 y 7.543.] Cinco ejemplares de cabezas mitradas con algún que otro rasgo curioso, completan esta serie.

[**29** y **30.**—7.648 y 7.640.] También hay dos grandes bustos femeniles que, á no hallarse muy mutilados y frustrados, serían importantes; uno con su diadema de colgantes unidos al grueso collar lleva el manto cubriendo una mitra redonda, como se ve en un curioso bronce procedente de La Luz (Murcia), que conserva el Museo ³; el otro tiene entre los colgantes del collar placas redondas, que han perdido todo detalle y acaso llevó mitra.

[**31.**—7.524.—0,28.] Completan la colección de figuras femeniles otra cabeza, de buen estilo, pero muy mutilada, con ínfulas y mitra.

¹ Rada *Discursos*, lám. IV, 5; Paris, *Buste*, pág. 11, fig. 3, y *Bulletin*, núm. 55.

² Rada, *Discursos*, lám. IV, 4, y Paris, *Buste*, pág. 11, fig. 4.

³ Véase el tomo VII, pág. 272 y lám. VI.

[32.—7.579.—0,24.] Un busto á modo de hermes, velado, frustro.

[33.—7.639.—0,31.] Torso de una oferente con manto.

[34.—7.653.—0,20.] Trozo inferior de una figura con dos túnicas y manto con *glans* al extremo.

[35.—7.619.—0,26.] Torso de una oferente, curiosa porque el vaso es ancho y mayor proporcionalmente que en las figuras anteriores, diferenciándose también de éstas en que las manos están interpretadas de un modo menos arcáico. Fué hallada por el Sr. Savirón ¹ en la vertiente occidental del *Cerro*.

[36.—7.521.] Cabeza con mitra puesta hacia atrás á modo de toca, y con dos adornos circulares ó flores, en el tocado, á los lados del rostro, por lo cual recuerda al busto de Elche.—El rostro está frustro y en él una mano impía perfiló unos ojos en la raíz de la frente.

[37.—7.554.—0,18.] Cabeza con tocado semejante al de la anterior, pero sin mitra. Los ojos tallados á bisel.—El escultor trató esta cabeza como si fuera de relieve, para ser vista de perfil ó á tres cuartos, pues aparece como aplastada.

[38.—7.571.—0,15.] Cabeza velada con el manto. El rostro algo frustro, con ojos globulares.

[39.—7.674.—0,13.] Rostro encuadrado por la diadema, con ínfulas á la egipcia, parecido al de la estatua 7.625.

[40.—17.348.—0,12.] Estatuilla sin cabeza ni pies, envuelta en su manto, parecida á las primeras de la serie.—Pertenebió á la colección del Dr. Velasco.

[41 á 43.—7.647, 7.655 y 7.729.—0,43, 0,46 y 0,39.] Tres trozos de cabezas con mitra, la primera redonda y las otras dos de figura tropeoidal, estando arriba la parte ancha y adaptada de modo que descubre cabello y tocado. La última de estas mitras lleva grabada una inscripción que estimamos obra del falsario ².

[44.—7.716.—0,14.] Curioso fragmento de la parte superior superficial de una cabeza, adornada con diadema de prolija labor, como la estatua grande.

[45.—7.683.—0,15.] Fragmentos del tocado y collar de una estatua.

¹ Savirón, V, pág. 230 y lám. VI, fig. 20.

² Adquirido este fragmento con posterioridad al estudio del Sr. Rada; no se halla en su *Discurso* y sí los dos primeros, lám. VII, 1 y 2. Tampoco le pudo registrar el Sr. Hübner.

[46 y 47.—7.694 y 7.695.—0,08 y 0,10.] Dos torsos de figuras pequeñas, de oferentes.

[48.—7.657.—0,14.] Fragmento de una cabeza velada por el manto.

[49.—7.620.—0,34.] Estatua de factura bárbara, falta de las piernas, el rostro oblongo y dispuesto en dos planos, haciendo de vértice la nariz; el cuerpo como un pilar cuadrado, viste una camisa cuyo borde forma pico sobre el pecho y cuyas mangas de finos pliegues descubren los brazos caídos sobre el cuerpo, con las manos abiertas, todo esto grabado sobre el frente de la figura, que revela la corrupción de un arte de buen origen. En la cabeza lleva un capuchón del que baja por la espalda un largo pico.

[50.—3.515.—0,15.] A las figuras femeniles de piedra, será bien añadir una de bronce, que es enteramente una reducción de las descritas adorantes. Como ellas aparece en pie, con mitra, tocado, pendientes y collar con dije, velada y envuelta en un manto que no acusa pliegues y sujeto sobre el pecho con las manos, de las cuales es visible la derecha en piadosa actitud. Los pies asoman juntos. Los ojos ovoides y todos los rasgos de la fisonomía acusan los caracteres del mejor estilo arcáico. Otro ejemplar idéntico posee la Academia de la Historia y otro el Sr. Vives. El que nos ocupa, fué donado al Museo por el Sr. Marqués de Monistrol.

Tales son, á nuestro juicio, las figuras femeniles arcáicas de autenticidad manifiesta.

Pasemos ahora al examen de las estatuas varoniles pertenecientes al mismo estilo pseudo-arcáico.

[51 y 52.—7.713 y 7.714.—0,049 y 0,051.] Por sus caracteres particulares señalaremos en primer término dos cabezas ¹, pequeñas, una de ellas mutilada desde la boca. Tienen los ojos oblicuos convergentes hacia la nariz y de forma ovoide. Llevan gorro con su ancho borde vuelto hacia arriba y rayado. Adornan sus orejas unos aretes. La piedra es muy compacta, la ejecución fina y el estilo marcadamente oriental, muy parecido al chipriota. Á nuestro modo de ver estas dos cabezas deben considerarse como muestras de las primeras y mejores obras ejecutadas en la Bastetania, bajo la influencia directa del arte del Oriente.

Por desgracia no se conserva ninguna estatua grande varonil completa, sino todas mutiladas y sin cabeza. Entre grandes y pequeñas com-

¹ Por error creyó M. P. Paris que éstas y otras piezas no estaban inventariadas ni catalogadas.

prende la serie poco más de una docena de piezas, contando algunos fragmentos. Como en las estatuas femeniles, y en mayor medida, se unen en ellas, á los rasgos del arcaismo griego, detalles realistas y otras veces barbarismos del taller. Y en fin, es de notar en estas estatuas varoniles que suelen estar labradas por la espalda como por el frente, al contrario de las femeninas.

[53.—7.645.—0,60.] Una de las mejores es un torso, de tamaño natural, vestido de una ropa ceñida como una almilla, que forma finas arrugas en la axila y su abertura se perfila en pico sobre el cuello. Encima lleva manto que cubre el hombro izquierdo, baja sobre el pecho, formando un anguloso pliegue á la manera griega, que ya hemos visto en las figuras femeniles, vuelve el otro extremo sobre la cadera derecha y cruza sobre el abdomen formando pliegues menudos y estando sujeto por la mano izquierda. El personaje ciñe sus antebrazos con gruesos brazaletes ¹.

[54.—7.654.—0,32.] De otra estatua idéntica es un medio torso, con igual indumentaria y el manto formando sobre el pecho el pliegue arcáico característico ².

[55.—7.635.—0,39.] Mejor arte se advierte en un fragmento que viene á ser el trozo medio de una estatua con un hermoso partido de pliegues del manto, permitiendo ver el borde derecho del mismo sujeto por una mano izquierda muy bien modelada y formando después la obligada caída angulosa arcáica ³.

[56, 57 y 58.—7.650, 7.693 y 7.607.—0,44, 0,07 y 0,37.] Todavía hay otro trozo de estatua en igual actitud, pero frustrado; mas otro lo mismo, de una estatuilla, bastante fina de ejecución; y puede agruparse con ellos un fragmento del hombro izquierdo de una figura cubierta con el manto, que forma pliegues regulares oblicuos sobre los cuales se cruzan en ángulo recto unos á modo de cables ó cadenas que parecen sujetar la mano.

[59.—7.606.—0,47.] Las figuras restantes son menores que el natural. Una de las pocas completas, cuya piedra aparece rojiza por efecto de la calcinación, se envuelve en un manto cuyo borde, sujeto por la mano, forma el plegado arcáico, sin que falte desde la mano al suelo el cable ó

¹ Rada, *Discursos*, lám. XI, 8.

² Rada, *Discursos*, lám. XI, 3. Muy parecido á este torso son dos publicados por M. P. Paris en el *Bulletin Hispanique*, el núm. 31, lám. II, 5, de la Col. de los PP. Escolapios, y el núm. 59, lám. III, 4, de la Col. de D. Pascual Serrano, en Bonete (Albacete). M. Paris los considera de estilo hispano-greco-romano.

³ Rada, *Discursos*, lám. XI, 7.

cadena que acabamos de describir. Calza zapatos. La cabeza, que está pegada y falta de trozos á los costados y por arriba, tiene los ojos almendrados, desmesuradamente grandes, boca fina, nariz recta y el cabello dispuesto en mechones, interpretados de un modo decorativo á modo de picos ¹. Este ejemplar fué adquirido por compra en la primera expedición á Yecla ².

[60.—7.618.—0,20.] Por donación del Dr. Velasco posee el Museo un vaciado de estatuilla varonil, envuelta en su manto, cuyo borde sujeta



Figuras 3.^a á 7.^a.

con la mano izquierda, faltando la derecha con que hacía la ofrenda el personaje, y con gorro en la cabeza como las mencionadas al comienzo de las esculturas varoniles.

[61.—7.659.—0,24.] Algo rechoncha pero curiosa es una estatuilla que nos muestra completo el tipo del hombre con su cabellera dispuesta en rizos uniformes, envuelto hasta la cabeza en un manto cuyo borde derecho retiene con la mano izquierda ¹.

Hasta ahora todos los ejemplares denotan figuras construídas del modo pesado y un tanto rígido que es característico en las femeniles, pero regu-

¹ Rada, *Discursos*, lám. X, 3.

² Savirón V, 231, núm. 3.

lares, como éstas lo son también. Veamos ahora tres figuras cuyo barbarismo, semejante al de los ídolos de bronce, revela la degeneración de los buenos tipos arcáicos.

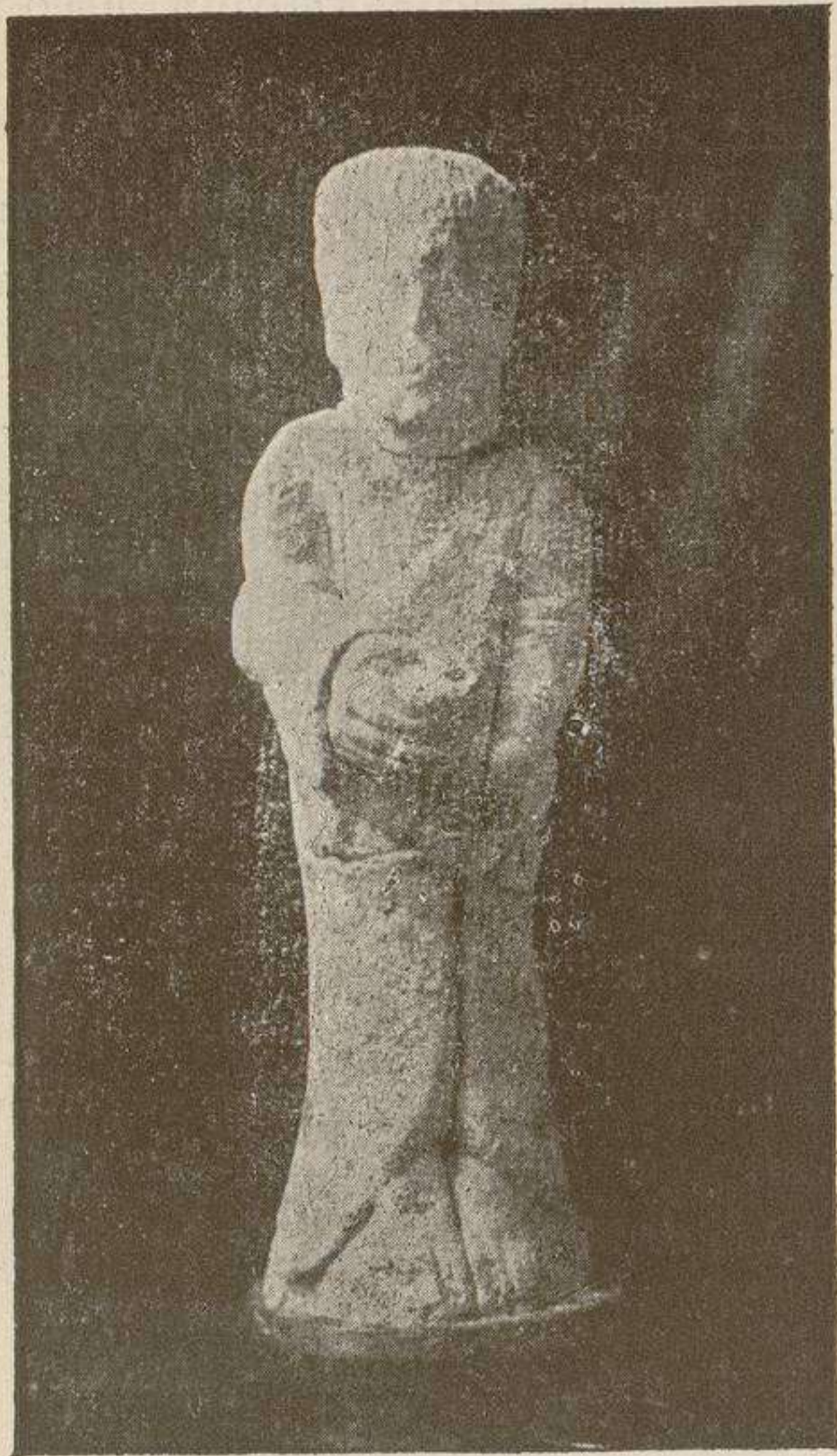


Figura 8.^a.

[62.—7.626.—0,62. Véase fig. 8.^a] La menor está completa, pero partida en tres trozos, correspondientes dos al cuerpo y otro á la cabeza ². Es un hombre en pie, vestido de una ropa con mangas cortas y ceñidas, abierta, siendo visible la línea vertical de sus bordes, que por abajo se perfilan curvos, descubriendo los desnudos pies, los cuales aparecen como en un plano inclinado. Sobre esta ropa estrecha, que no forma un pliegue, se ciñe el personaje un pequeño manto cuyos bordes cruzan por su pecho y espaldar, llevando el extremo del lado derecho recogido sobre el brazo, en cuya mano tiene la copa de la ofrenda. Esta copa no es alta como la de las figuras femeniles, sino que tiende á la

forma hemisférica. También difiere la mano de las femeniles, pues no está rígida, y el modo de coger la copa es asimismo diferente, pues lo hace con el pulgar sobre el borde de ella, mientras que las mujeres cogen el vaso por la panza y con ambas manos. El brazo izquierdo, adornado con un brazalete, pende pegado al cuerpo, pero es demasiado corto, y la mano, extendida, está en cambio bien modelada. La figura mal pro-

¹ Rada, *Discursos*, lám. X, 4.

² Es la cabeza inventariada con el núm, 2.546, por haberla considerado como pieza suelta hasta ahora en que hemos hecho su identificación con el cuerpo correspondiente.

porcionada, rechoncha, débil de extremidades, ofrece en su cabeza peregrinos rasgos. Su forma, abultada de arriba y el perfil occipital son rasgos que recuerdan modelos egipcios. El rostro es alargado, de boca fina, ojos convergentes cortados á bisel, la oreja se perfila como un signo de interrogación y lleva pendientes; la cabellera está formada por largos mechones ondulantes. Por último, esta interesante figura aparece casi toda teñida en general de un color pardo y de rojo en las puntas de los pies, que pudiera ser restos de policromía, no observada hasta ahora en las figuras del *Cerro de los Santos*, pero patente en el busto de Elche, como detalle del arte arcáico importado á la Península Ibérica. Esta figura fué descubierta por el Sr. Savirón, que lo precisa en estos términos: «En línea perpendicular bajo la escalinata de ingreso al templo, á cuatro metros ochenta y cuatro centímetros de profundidad, desde aquella, y entre varios objetos fracturados...»¹.

[63.—7.643—0,67.] La estatua mayor, del mismo tipo que la descrita, está en dos trozos, partida por las piernas, sin cabeza y algo frustra. Está labrada en piedra de color amarillento claro. Los dichos defectos de proporción se repiten aquí de un modo más visible, sobre todo en los brazos que son harto débiles y deformes, siendo su postura la misma, con la copa en la diestra y llevando también brazaletes². La vestidura se aprecia mal, pero parece también idéntica, apareciendo visible sobre el hombro derecho un detalle precioso que ya creímos advertir en el modo de sujetarse el manto en el torso 7.645, el cual detalle consiste en una fíbula, adornada con dos perillas ó bolas, como algunos ejemplares que posee el Museo (número 8.824 á 8.830). Los pies van calzados y descansan sobre un plinto redondo. Esta figura también tiene restos de color rojo.

[64.—7.679.—0,18.] El tercer ejemplar es poco más que un torso, con ambos brazos tan desproporcionados como en los anteriores, pegados al cuerpo, las manos extendidas, manto terciado. Falta la cabeza.

[65.—7.680.—0,21.] De una estatuilla también tosca y deforme existe un trozo correspondiente á la mitad inferior, estrecha y envuelta en la vestidura, con la mano derecha grande y desproporcionada cogiendo la copa.

¹ Véase pág. 230 y lám. IV, fig. 14. La reproduce sin cabeza, que debió confundirse con los demás objetos en el momento del hallazgo.

² Semejante á esta figura aparece una de la colección de los PP. Escolapios, que registra M. Paris con el núm. 27 y reproduce en la lám. VI, 6. La cree de estilo hispano-greco-romano.

Forman contraste con estas muestras de degeneración arcáica algunas piezas que parecen ya sentir la influencia del arte clásico, aún más que los torsos y figuras anteriormente mencionados.

Dichas piezas son las siguientes:

[66.—7.610.—0,23.] Torso vestido de túnica y manto, entre cuyos pliegues asoma la empuñadura de una espada del género *falcata*. En la mano derecha tiene el personaje un objeto no fácil de precisar ¹.

[67.—7.672.—0,18.] Otro torso parecido, con el brazo y mano derecha bien modelada, y sin espada.

[68 y 69.—7.608 y 7.612.—0,32 y 8,24.] Y dos torsos con túnica abierta en pico y manto, el primer ejemplar con brazalete *torquis* en el brazo izquierdo ².

[70.—3.511.—0,66. Véase lám. VI, 2.] Aún con más razón merece ser mencionada aparte una estatua, también vestida de túnica y manto, cuya caída de pliegues conserva algún recuerdo del sistema arcáico, y adornada con brazaletes del género *torquis*. En la mano diestra, sujeta sobre el pecho un vaso de la familia del *ryton*, á juzgar por su terminación en forma de cuerno, y tiene la mano izquierda en una actitud particular, y probablemente de ritual, como protegiendo la bebida. Pero lo extraño de esta estatua es la cabeza, que difiere completamente de todas las demás. Ofrece como rasgo más peregrino, sus grandes orejas puntiagudas. Pero no es menos particular la fisonomía, por lo expresiva, cuya boca rasgada sonríe burlescamente. Los ojos, mal trazados constituyen el único detalle que asemeja esta cabeza á las restantes. La construcción de toda la figura, rechoncha y desproporcionada, es idéntica á las descritas más arriba. El examen detenido de estos caracteres y el acento del trabajo, nos ha movido á incluir esta figura entre las auténticas, á pesar de aquellos otros rasgos extraños que dificultan precisar cuál pudo ser la significación de este ser híbrido, acaso la única imagen sagrada que se registra en la colección ³.

Volviendo á las figuras que representan hombres, pero no divinidades, es muy posible que aquéllas primeramente mencionadas, de las cuales no

¹ Rada, *Discursos*, pág. 25 y lám. XI, 4.

² Rada, *Discursos*, lám. X, 5.

³ Rada, *Discursos*, pág. 24 y lám. IX, 2.

se conservan más que fragmentos, estuvieran como las dos últimas, haciendo la ofrenda de la copa, si bien en otra forma que las mujeres. Serían pues unas y otras estatuas á modo de ex-votos ofrecidos en el santuario del *Cerro* por la gente bastetana.

Nos ocurre pensar que estas ofrendas debieron consistir unas veces en estatuas completas ó en medias estatuas, con la copa, otras veces en bustos y cabezas, sin que por la ausencia de la copa en tales simulacros variase la naturaleza de la ofrenda. De esas cuatro formas de esculturas votivas hemos mostrado ejemplos al lector. El torso núm. 7.645, acaso nunca tuvo el complemento de las piernas. Las cabezas sueltas de mujer, por ser muy pocas, pudieran considerarse como fragmentos de estatuas, pero la abundancia de cabezas varoniles, cuyo número pasa de sesenta, siendo bastante menor el de torsos hallados, nos induce á pensar que no deben ser consideradas tales cabezas como restos de estatuas, sino que debieron ellas constituir por sí obras completas. En el mismo caso parecen estar otras muchas cabezas halladas en Chipre, de las que posee algunas nuestro Museo.

Forman en nuestra colección dichas cabezas un gran grupo, que demanda estudio especial.

Excusado parece repetir que no por ser votivas deben ser consideradas como retratos, pues responden tan sólo á tipos artísticos, tipos ideales, repetidos por convencionalismo de escuela y acaso por exigencia hierática de la práctica piadosa á que responden. Sabido es por otra parte, cuanto tardó el arte en efectuar su evolución, en pasar de los rasgos generales de un tipo á los particulares del individuo, lo que no hallamos hasta bien avanzado el clasicismo. Las tradiciones arcáicas en que se formó el arte bastetano excluían todo intento icónico.

Examinemos, pues, las cabezas en cuestión. Son de tamaño natural ó mediano. Su diversidad de caracteres hace pensar á veces hasta en variedades étnicas, pero en general solamente lo son artísticas, siendo el caso explicable, por los modelos de muy distintos orígenes que debieron entrar en la formación de ese arte. Podemos señalar hasta cinco ó seis tipos, cuyas diferencias esenciales consisten en la interpretación de la cabellera ó la presencia de un tocado, y en la forma de la cabeza, rasgos de su perfil y manera de tratar ciertas facciones. Son rasgos casi constantes y de interés indumentario, la cabellera corta, por lo general repartida en mechones con regularidad ornamental, y el uso de pendien-

tes ¹, como ya hemos señalado, unas veces en figura de aretes y otras de perillas ó clavillos que cortan el lóbulo de la oreja. Esta es la facción que se les resistió interpretar á los escultores bastetanos, no consiguiéndolo más que de un modo las más veces bárbaro y siempre caprichoso, siendo de notar en esto la costumbre de estilizarla, reduciéndola á un ornato que se parece al signo de interrogación: ?

Entre dichos tipos acaso el mejor se distingue por su marcado carácter griego arcaico, no muy puro en todos los ejemplares, siendo éstos en número de diez y siete, y su rasgo particular la disposición de la cabellera en tres órdenes (por excepción cuatro) de rizos, acusados de un modo ornamental y formando una especie de imbricación que recuerda mo-



Figuras 9.^a á 11.

delos orientales ². El ojo, algo rasgado, está abierto un poco á flor de cara.

[71.—7.509.] Señalaremos como ejemplar típico de la serie el reproducido en nuestra lám. III, núm. 1, publicado también por M. Heuzey ³, que hace notar su relación con las cabezas de adletas de cabellera abundante y mechones cortos, debidas al arte griego desde los tiempos de Mirón ó sea fines del siglo v antes de J. C. El perfil es bastante griego; el óvalo del

¹ M. Heuzey, pág. 107. Valiéndose sin duda de informes de escritores franceses que han hablado de España sin conocerla bastante, supone que esto de los pendientes «es moda muy extendida aun entre los campesinos españoles.»

² Paris, *Bulletin III*, lám. I, núms. 2 y 5 reproduce dos cabezas de la colección de los Padres Escolapios de Yecla, que corresponden á este tipo.

³ Pág. 107, lám. IV, fig. 2. Engel, pág. 73, fig. 6.

rostro algo apuntado hacia la barba; la boca fina, es la parte mejor modelada, y la oreja, en cambio, es de ejecución torpe y pesada. Lleva un gorro que deja al descubierto por delante los dichos rizos. Su tamaño es el natural y el de las demás cabezas de la serie varía desde el mismo á una dimensión de 0,15.

[72 á 77.—7.518 (fig. 10), 7.536, 7.572, 7.582, 7.586 y 7588.] Entre estas cabezas responden mejor al caracter griego, y al mismo corte de rostro, seis, entre las cuales se distingue la 7.586, por su buena ejecución y por ser de las pocas en que la oreja está bien hecha; y el 7.588, también por la finura del trabajo; siendo de notar en todos, la expresión un poco triste de la boca, por la inclinación caída de las comisuras de los labios. La última de las citadas cabezas no lleva gorro y ofrece en su peinado una variante, la cual consiste en que no bordea su frente más que un orden de rizos, estando interpretado el resto de la cabellera por series de líneas oblicuas que se cortan en ángulo.

[78.—7.567.] Lo mismo se observa en otra que ha sufrido varias mutilaciones superficiales.

[79.—7.507, fig. 4.^a.] Hay un hermoso ejemplar de tamaño natural algo grande de facciones, en lo que se conserva, acusadas vigorosamente y con el corte de cara más redondo que en los anteriores.

[80 y 81.—7.523 y 7.540.] Otra variante, caracterizada por la figura oval del rostro hallamos en dos; en el primero de los cuales está la boca muy bien acentuada.

82 y 83.—7.581 y 7.584.] Además se cuentan dos cabezas que parecen de niño, por lo redondas y expresivas.

[84.—7.551.] Una semejante, pero tosca y mutilada.

[85.—7.587, fig. 9.^a.] Otra, que difiere de las anteriores en que los mechones de la cabellera están tratados con alguna más libertad y sus facciones están muy acentuadas.

86[.—7.573.] Por último, otra que se diferencia de todas en que su piedra es más amarilla y compacta, distinguiéndose también por su buena ejecución y siendo de lamentar que se halle harto incompleta.

Con la serie descrita se relaciona la segunda, cual si fuera una variante suya, pues está caracterizada por los mechones de la cabellera, los cuales, si bien están dispuestos de análogo modo, son más puntiagudos, las rayas que los señalan menos regulares y no guardan siempre esos elementos entre sí aquella ordenación ornamental que hemos observado en la

primera serie, revelando, por lo tanto, aunque de un modo muy débil, la impresión del natural en el artista ¹.

[87.—7.505.] (Véase lám. III, núm. 3.) Se señala como prototipo de esta serie una cabeza con gorro que deja al descubierto por delante tres órdenes de mechones del cabello, formando picos, como queda dicho, y con cierta inclinación hacia los lados. Los ojos, algo acentuada su convexidad, demasiado grandes y abiertos, casi á flor de cara, recuerda los de antiguos modelos arcáicos. En cambio la boca, fina, es más realista, y la oreja, enorme, adornada con un arete, es de torpe ejecución. Su tamaño es el natural.

[88 á 95.—7.435, 7.534, 7.525, 7.529, 7.563, 7.559, 7.569 y 7.517.] Con esta cabeza pueden agruparse primeramente ocho, las cuales participan de análogos caracteres generales. La primera no lleva gorro, sino la cabellera descubierta y peinada del modo antedicho; la oreja perfilada como un signo de interrogación y la convexidad de los ojos muy acentuada, sobresaliendo bastante el párpado superior. Las mismas observaciones son aplicables á la 7.534, que sin embargo se diferencia en su forma algo oblongada, en tener los ojos globulares y oblicuos y estar tratada la oreja cual verdadero ornato. Estas cabezas, mas las señaladas con los números 7.525 y 7.529, que se hallan bastante mutiladas, son de tamaño natural, siendo muy curiosa la última por la precisión con que están grabados los rizos del peinado por la parte posterior izquierda (figura 12). Las 2.563, 2.559 y 2.569 son pequeñas, sin gorro, con los ojos globulares y convergentes, la boca expresiva, el último ejemplar con el peinado en la forma característica, pero con raya al medio de la cabeza, y el primero notable por la forma de la misma, abultada por arriba y perfilada por detrás de un modo que recuerda cabezas egipcias. El ejemplar núm. 7.517 se halla mal conservado y la piedra con señales de calzinación.

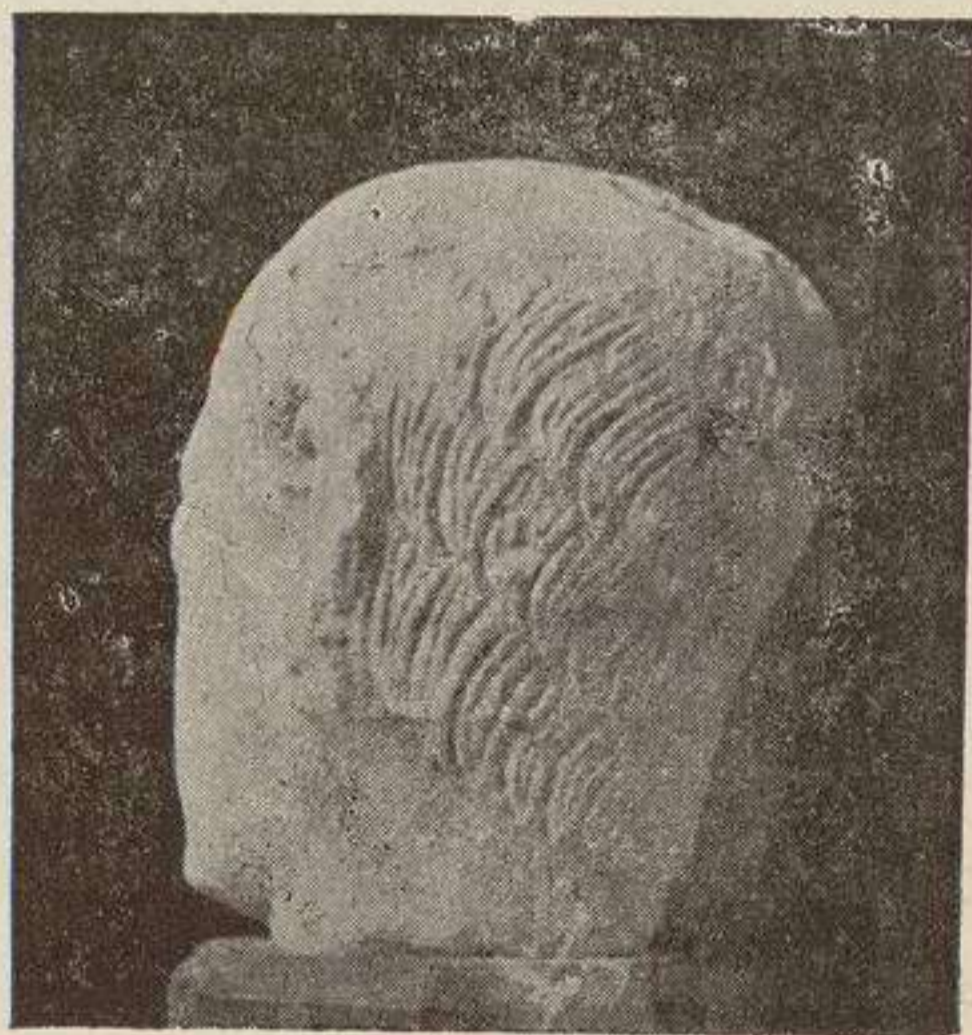


Figura 12.

¹ A esta serie corresponden algunos ejemplares catalogados y reproducidos por M. Paris en el *Bulletin*, lám. I, 3 y VIII, núms. 3 y 4, aquella de la colección de los PP. Escolapios y las otras dos del Museo del Louvre.

[96.—7.550.] Otra se distingue porque la oreja, con su pendiente redondo, está interpretada de un modo que la da semejanza con un signo de interrogación y porque aparece velada con un manto.

[97.—7.678.] Y cerramos esta segunda serie con un ejemplar pequeño, maltratado pero de buen estilo.

Existe en el Museo otra cabeza (inventariada con el núm. 16.823), también de piedra, arenisca, que perteneció á la colección Góngora y fué hallada en Torre don Jimeno (provincia de Jaén). Sus caracteres son exactamente los de las cabezas de esta serie, especialmente el peinado, denotando su estilo evidente parentesco anterromano con las esculturas del *Cerro de los Santos*, que vamos examinando.

La tercera serie de cabezas tiene por rasgo distintivo la estilización de los mechones de la cabellera en figura de agudos picos, dispuestos en series alternadas, como ciertos ornatos egipcios. También se observa que estas cabezas, á diferencia de las anteriores, son algo redondas y no hay en ellas oblicuidad de ojos. Componen esta serie siete ejemplares.

[98 á 104.—7.513 (v. lám. III, núm. 4), 7.520, 7.530, 7.528, 7.538, 7.553 y 7.531.] En el mejor los ojos están tratados sin exageración ¹. Entre los demás se observa que el 7.520 tiene el ojo globular y la boca muy acentuada por sus extremos, estando someramente indicados los picos de la cabellera, como se ve también en el 7.530. Al 7.528 le falta un gran trozo, siendo muy finos el modelado de la boca y del ojo izquierdo, que se conserva. Aun más mutilados están el 7.538 y el 7.553, que á estar completo sería excelente ejemplar, y por último el 7.531, con el rostro casi frustrado, ofrece en su cabellera una variante por estar dispuesta en largos mechones y con cierta inclinación que recuerda el natural en los que caen sobre la frente.

[105 á 112.—7.580, 7.544, 7.526, 7.583, 7.585, 7.592, 7.558, 7.570, y 3.508.] Forman la cuarta serie nueve cabezas cuyas cabelleras repiten el sistema arcáico de las series de rizos escalonadas y regulares, siendo la interpretación más sencilla y en algunos ejemplares más real. En el ejemplar 7.580, que recuerda el tipo griego de la primera serie, aparece todavía estilizada, estando marcados los mechones por rayas oblicuas. Al mismo

¹ Rada, *Discursos*, lám. XII, núm. 4; Henrey, *Revue* págs. 107 y 108, y lám. IV, núm. 3; Engel, *Rapport*, pág. 74, fig. 5.

tipo con ojos oblicuos corresponde el 7.544, cuyos rizos tienen la figura curva que pide la realidad; y el 7.526, que con el anterior son los dos ejemplares de tamaño natural, tiene en su regularidad de proporciones, en su buen modelado y en el acento de su fina boca, marcado carácter realista, al que acompaña la impresión que produce la profusión de curvos mechoncillos dispuesto en series escalonadas. De un modo semejante, pero tosco, está interpretado el pelo de la cabeza 7.583, (fig. 11) que se distingue por lo acentuado de su trabajo y lo expresivo del rostro, estando su barba afilada, como se observa en otros ejemplares ya descritos. La 7.585 y la 7.592 responden bastante al tipo regular originario. La 7.558 y la 7.570 son de estilo algo bárbaro, de ojos globulares y su cabellera aparece desordenada, sobre todo en el segundo ejemplar. Hay todavía uno muy parecido al 7.580, con gorro. Está pegado á la figura del grupo que estimamos falso, núm. 3.508.

[114 y 115.—7.548 y 7.562.] La quinta serie, si así puede llamarse, compónenla tan solo dos cabezas de forma oblonga, abultada de arriba; con los ojos oblicuos, rasgados y como abiertos á bisel, la oreja estilizada, con arete, la cabellera larga, de mechones ondulantes ó angulosos en ziszás y en el primer ejemplar con raya al medio de la cabeza. El recuerdo de un modelo egipcio hasta en el perfil occipital, parece evidente. Del mismo tipo que esas dos cabezas es la perteneciente á la estatua número 7.626.

Las cabezas restantes difícilmente podrán reducirse á series, porque ó son únicas ó bárbaras imitaciones de tipos extraños. Son las siguientes:

[116.—6.516.] Rostro frusto, ojos globulares; cabelleras formando menudos picos ¹.

[117.—7.537.] Lleva un gorro ceñido, cuya hechura se acusa por fajas. La forma oblonga, los ojos globulosos, los labios acentuados y la estilización de la oreja con su pendiente le da un carácter particular ².

[118 y 119.—7.557 y 7.708.] Dos cabezas que se distinguen por su gorro, á modo de toca. El estilo de ambas piezas es bárbaro.

¹ Rada, *Discursos*, lám. XII, 9.

² Rada, *Discursos*, lám. XII, 6.

[120.—7.575.] Distingue á esta cabeza lo grande y oblicuo de los ojos, lo largo de la oreja estilizada y el tocado á modo de caperuza ceñida, egipcia, que revela se trata de una torpe imitación.

[121 y 122.—7.564 y 5566.] Dos ejemplares análogos de peor arte.

[123 á 141.—7.547, 7.549, 7.552, 7.555, 7.561, 7.568, 7.574, 7.576, 7.577, 7.578, 7.589, 7.590, 7.593, 7.598, 7.691, 7.710, 7.711, 7.712 y 7.715.] Diez y nueve cabezas varoniles toscas ó más bien de una factura completamente primitiva. La última es caricaturesca.

[142.—7.614.] Mencionaremos aparte una media cabeza varonil, labrada así de intento, como de relieve, ofreciendo á la vista su perfil y lado derecho; con gorro parecido al egipcio, de fino reborde, del cual sale una larga guedeja rizada, tras de la oreja, está adornada con un pendiente redondo del que queda un resto. El ojo tallado á bisel, la boca pequeña y fina, la nariz está mutilada.

[143.—7.565.—0,18.] Debe considerarse como resto de un grupo, posiblemente de carácter votivo, una cabeza del tipo oblongo, de ojos oblicuos y globulares, pelo cuyos mechones están indicados con líneas curvas, sobre la cual apoyan los dedos de una mano izquierda.

[144.—7.556.—0,19. Fig. 13.] Hay una cabeza que difiere de todas porque los rizos de su cabellera están interpretados con espirales de verdadero relieve, no en grabados estilizados como en las anteriores, lo cual le da un carácter más real.

Este ejemplar tan interesante, á pesar de hallarse frustrado el rostro ², es único en la colección. Recuerda las cabezas del Hércules ibérico, con el pelo rizado, que se ve en las monedas.

[145 á 159.—7.665, 7.666, 7.673, 7.682, 7.684, 7.685, 7.687, 7.688, 7.699, 7.701, 7.703, 7.704, 7.705, 17,349 y 17.550.] Existen, además en la colección quince fragmentos de estatuas muy significativos, pues consisten en manos derechas sosteniendo la copa de la ofrenda. Todas

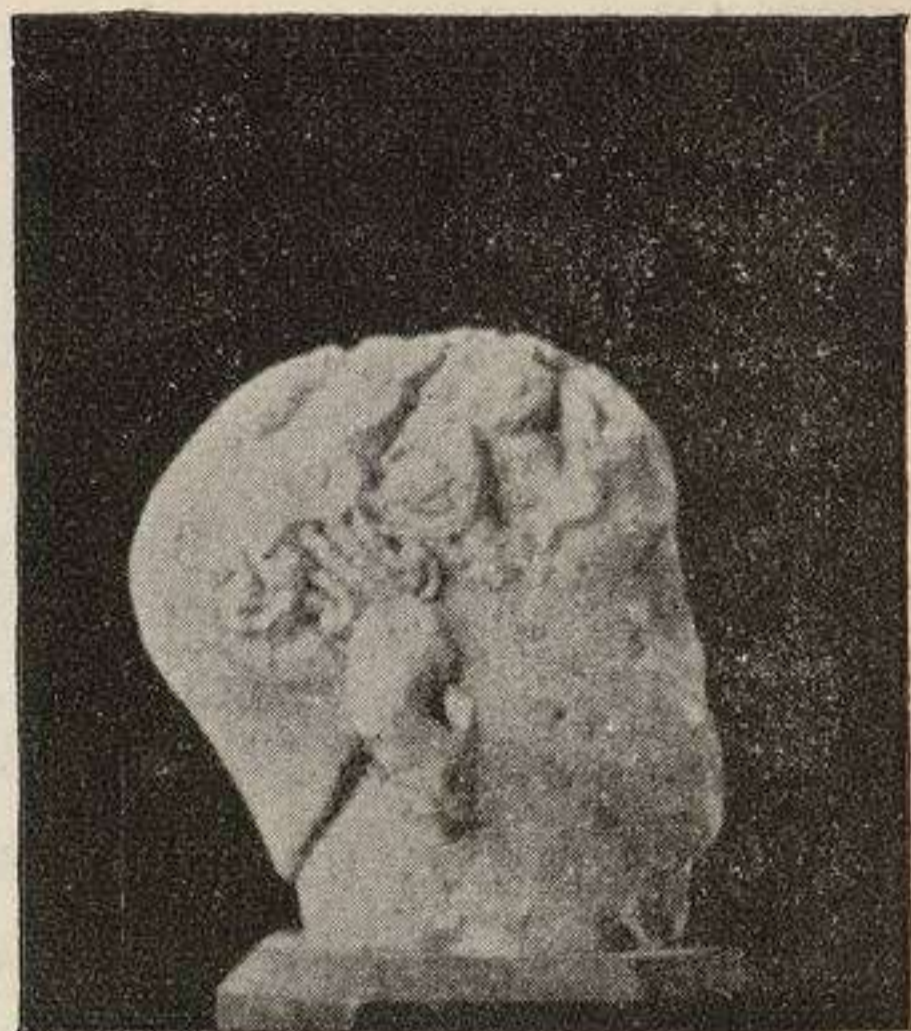


Fig. 13.

¹ Véase tomo VII, págs. 84 y 470; tomo IX, págs. 140, 247 y 365; tomo X, págs. 43 y tomo XI, págs. 144 y 276.

² Rada, *Discursos*, lám. XII, 2.

estas manos aparecen tan rígidas como las femeniles, siendo comparables entre las varoniles á la de la estatua 7.626. Cogen la copa sujetándola con el pulgar por el borde, y aplicando los otros cuatro dedos al cuerpo del vaso. Cuando éste termina en pico dejan á éste paso por entre los dedos. La 7.666 apoya en un objeto que parece un cáliz de loto. La 7.701 coge un objeto largo en vez de la copa.

[**160.**—7.638.—0,34.] Para terminar lo referente á las figuras varoniles de carácter arcáico mencionaremos: un trozo de la base de una estatua de tamaño natural, consistente en un plinto cuadrado sobre el que descansan los pies calzados, mas un resto de la caída del manto ¹.

[**161 y 162.**—7.696 y 7.716.—0,06 y 0,07.] Dos trozos, de la parte inferior de sendas figurillas cuyo plegado de paños es bastante fino, sobre todo en el segundo.

[**163.**—7.560.—0,13.] Busto varonil con su vestidura perfilada en pico sobre el pecho.

[**164 y 165.**—7.591 y 7.656.—0,22 y 0,34.] Permítasenos incluir aquí dos fragmentos de estatuas, al parecer femeniles, de estilo bárbaro, la primera falta del busto, con las manos juntas y el cuerpo como un pilar; la segunda con tocado, collares dicos á los lados de la cara y manto.

[**166 y 167.**—8.609 y 7.642.—0,33 y 0,66.] Dos curiosos trozos, mitades inferiores de sendas figuras, que de primera impresión recuerdan las momias egipcias, pues aparecen fajadas, pero de modo que las fajas ó vendas de cada pierna al encontrarse por el frente forman picos, dejando descubiertos los pies, que van envueltos también.

También hay figurillas varoniles de bronce, modestos ex-votos conservados en el santuario.

[**168, 169 y 170.**—7.736, 7.737 y 7.738.—De 0,06 á 0,08.] Son tres ejemplares cuyo tipo es el hombre envuelto en el manto que deja visible la mano derecha en la posición de hacer la ofrenda. Su factura es muy sumaria y en las cabezas el perfil de frente deprimido es el característico de los ídolos ibéricos de bronce. La figura núm. 7.736 fué adquirida con la anterior en Yecla por el Sr. Savirón; las otras dos fueron halladas por

¹ Rada, *Discursos*, lám. XI, 5.

él en el *Cerro*¹ en las construcciones que llama «apéndices al *adoratorio*», á unos 60 centímetros de profundidad.

Los votos de los bastetanos de dicho centro no debieron consistir solamente en figuras humanas sino también en figurillas de animales en piedra.

[171 á 174.—7.671, 7.675, 7.692 y 7.586.] Las de carácter más arcaico son de cerdo, cuyas formas cuadradas ofrecen carácter semiarquitectónico.

[175.—7.664.—0,22.] El estilo greco-oriental se deja sentir en un león echado, como el de Bocairente, y en el resto de las figuras pequeñas, que son las siguientes:

[176.—17.353.] Torso muy fino que, á tener alas, diríamos era de esfinge. Col. Velasco.

[177.—7.689.] Grupo de dos caballos.

[178.—7.721.] Cabezas de dos caballos juntos, restos de una *biga*.

[179.—17.354.] Caballo. Col. Velasco.

[180.—17.355.] Caballo ensillado. Col. Velasco.

[181.—17.357.] Relieve de un caballo. Col. Velasco.

[182.—7.722.] Toro algo mutilado, pero de buen arte. Fué hallado por Savirón² con los objetos de metal, entre cenizas, á un metro de profundidad, á la mitad de la altura del *Cerro*.

[183 y 184.—17.351 y 17.352.] Dos toros. Col. Velasco.

[185.—7.720.] Cabeza de vaca, con cabezada.

[186.—7.697.] Pedestal con las patas de una figura de vaca.

[187 á 192.—3.517 y 7.739 á 7.744.—0,04 á 0,06.] También de bronce hay hasta siete torillos votivos, en pie, la mayor parte con los cuernos hacia delante y las orejas estendidas. Tan sólo se separan de este tipo el primero y el 7.743, en el que Savirón³ creyó ver un corderillo. Esta figura, la 39 y la 40 fueron halladas con las figuras varoniles de bronce, más arriba señaladas, en el *Cerro*, y las otras cuatro, cuya patina y estilo iguales denotan idéntica procedencia, fueron adquiridas en Yecla.

Adviértese ya en el estilo de algunas de las últimas figuras de piedra rasgos ó reflejos de un arte más avanzado, al que anima aquella tendencia clásica y aun realista que hemos señalado como característica del segundo

1 V. pág. 196 y lám. III, 5 y 6.

2 Savirón, tomo V, pág. 197, lám. III, núm. 12.

3 V. págs. 96 y 197, lám. III, 7, 8 y 9.

estilo de la Escuela escultórica bastetana que se nos revela en el *Cerro de los Santos*. Veamos ahora el reducido número de obras de este nuevo estilo.

[193.—7.629, 0,61.] Como pieza de transición, que podríamos decir, señalaremos una estatua sin cabeza, y que, á juzgar por su ropaje, parece femenil. Está en pie sobre un plinto redondo. Encima de la túnica lleva gruesos collares, y dos trenzas del cabello, las cuales caen sobre el manto que lleva recogido sobre las manos, cuyos dedos extendidos, pero sin la rigidez arcáica, asoman sobre el pecho; y el dicho manto envuelve el cuerpo, formando pliegues ondulantes y por el frente un ligero pliegue rectilíneo, que recuerda el sistema arcáico muy dulcificado. No lleva copa de ofrenda, si bien la actitud es la de ritual de las mujeres oferentes ¹.

[194.—7616.—0,28.] Del mismo tipo, pero de factura tosca es una estatuilla femenil, sin cabeza pero con restos de las trenzas ó cadenas del tocado que caen sobre el pecho, con collares, túnica y manto, y medio cubiertas por éste las manos extendidas sobre el abdomen.

[195.—7.637.—0,34.] A este grupo parece pertenecer también otra tosca figura femenil, sin cabeza, con túnica cuyos pliegues están indicados por rayas.

[196.—7.603.—0,39. Véase fig. 3.^a] Pero la más curiosa de las estatuas de transición es una pequeña, femenil, arrebujaada en un manto con el que cubre la cabeza y en cuyos pliegues, indicados por rayas, oculta las manos. Es singular que la quietud y especie de encogimiento religioso son los mismos de las figuras arcáicas.

[197 á 199.—3.512, 7.641, 7.652.—0,55, 0,59, 0,46. Véase tomo XI, lám. VI.] Pasando ya á las figuras en que es patente la influencia del arte clásico, hay que mencionar tres torsos varoniles con manto, en el que se envuelven, con la mano, todavía de rigidez arcáica, entre el embozo, sobre el pecho ². Evidentemente repiten un modelo clásico que, como observó oportunamente M. Pierre París, recuerda la estatua de Sófocles, del Museo de Letran ³. El primero conserva la mano izquierda, que aparece por debajo del manto, cogiendo un objeto que falta. En el segundo,

¹ Rada, *Discursos*, lám. X, núm. 1.

² Rada, *Discursos*, lám. XI, 2 y 1.

³ París, *Buste*, pág. 31.

la caída del manto, oculta el brazo. El plegado, duro y tímido, señala mal las ondulaciones de la tela en los tres ejemplares.

[200.—7.651.] Algo mejor ejecutado está un fragmento de estatua ó busto, sin cabeza, de tamaño natural, con manto sobre el hombro izquierdo ¹.

Este trozo y los dos primeros torsos del grupo anterior llevan en el pecho inscripciones tímidamente grabadas por el falsario, para añadirles valor científico ².

Por último, hay dos cabezas, de un tipo parecido al del primer grupo citado y con el pelo dispuesto en menudos rizos, de más relieve y con menos aspecto ornamental que en aquellas cabezas arcaicas.

[201.—7.509, 0,23. Véase fig. 6.^a] De estas dos, la menor, en que el modelado, especialmente el de las mejillas y de la boca, es bastante realista, lleva un gorro ó manto que le cubre la mitad posterior de la cabeza.

[202.—7.514, 0,27. Véase fig. 5.^a] La otra cabeza, mayor que el natural y bastante maltratada, no lleva tocado y ofrece la misma regularidad de facciones especialmente de la oreja ³ que avalora al ejemplar anterior.

Tal es la colección de esculturas que estimamos auténticas ⁴.

Con ellas se encontraron objetos varios de distinta naturaleza en cuyo examen no creemos necesario detenernos, aunque también se hayan mezclado con ellos algunas imitaciones fraudulentas. Nos limitaremos á mencionar aquí las piezas auténticas.

Entre los objetos de piedra reclama lugar preferente el cuadrante solar ⁵, cuya forma y exacta disposición para su objeto, sabiamente comprobado por D. Eduardo Saavedra ⁶, no deja lugar á duda en cuanto á su autenticidad; debiendo ser consideradas sus inscripciones ⁷ como obra con que el falsario quiso prestar al objeto valor arqueológico singular, acaso por ignorancia del que realmente tiene. Por las inscripciones condenó Hübner el objeto entero según queda dicho ⁸. Otros objetos de piedra,

¹ Rada, *Discursos*, lám. XI, 6.

² Hubner, *Corpus Inscriptionum Supplementum*, Inscip. falsae vel alienae, pág. 58, números 514, 515 y 519.

³ Rada, *Discursos*, lám. XII, 8.

⁴ Con ellas fueron adquiridas dos, sin duda de otro origen, una es la figura varonil de bronce, de patina oscura y de tipo diferente, núm. 3516 y la otra una figura de carnero, romana en piedra, núm. 7723.

⁵ Fué adquirido en la primera expedición á Yecla: V, 232, núm. 38.

⁶ *Museo Esp. de Ant.*, X, pág. 209 á 254, con dos láminas.

⁷ Rada, *Discursos*, pag. 80 á 83 y lámina XV.

⁸ *Corpus Inscip. Supplem.*, inscrip. falsa, núm. 518.

también curiosos, son dos vasos, el mayor de idéntica forma al que se ve en manos de las figuras de mujer.

Las piezas de bronce son unas cincuenta, entre fíbulas (cuatro de aro y arco perpendicular), anillos (veinte ejemplares) y fragmentos, entre los cuales debemos mencionar un objeto en forma semejante á la hoja de una lanza, pero gruesa, roma y labrada, que el Sr. Savirón pensó pudiera ser de remate un tirso ¹. De hierro hay fragmentos de espadas, lanzas ² y cadenas; y de plomo grapas para enlazar sillares y trozos fundidos en el incendio del que no fueron los únicos restos encontrados en el *Cerro* y que acaso fué motivado por la devastación con que gentes invasoras pusieron término al culto secular mantenido en aquel paraje. Á la serie de piezas de metal hay que añadir una planchuela circular de plata ³, probablemente tapadera de una *pyxis* ó *capsa*.

La serie de piezas cerámicas es más abundante: la camponen baldosines pequeños, de forma romboidal ⁴; moldes de barro negro, de figura cuadrada, rectangular, triangular ó circular ⁵, como para hacer bollos destinados á las ofrendas; vasitos ó copas, del género de los que se ven en las estatuas, hechos á torno, del mismo barro negro y de forma parecida al *ulceollo* ⁶; más copas de barro rojizo, algunos platos de lo mismo; orzas y numerosos fragmentos. Entre éstos hay varios muy curiosos como de bocas de grandes vasos de labor calada, geométrica, cual no hemos visto otros, y pintados de rojo, á fajas, según el sistema ibérico cuyos ejemplares se hallan en toda la España citerior. También hay un fragmento de vaso itálico barnizado de negro y otro de barro saguntino.

Estos objetos unos fueron hallados con las estatuas en el *Cerro* mismo por el Sr. Savirón y otros fueron adquiridos.

En cuanto á lo hallado en el *Cerro* se trata, como fácilmente puede comprenderse de los restos del menaje y de los depósitos sagrados de un templo, al que durante largo tiempo debió acudir toda clase de gentes con sus ofrendas y á rendir en el santo recinto sus plegarias y libaciones.

¹ V. pág. 230 y lámina 4.^a, núm. 19.

² V. pág. 197 y lámina 3.^a, núm. 10.

³ Savirón, V. pág. 233.

⁴ Idem, V. pág. 195 y lámina 3.^a, fig. 1.

⁵ Idem, V. pág. 230 y lámina 4.^a, figs. 15, 16, 17 y 18.

⁶ Idem, V. pág. 195 y 196, lámina III, figs. 2 y 3.

VII

El anterior examen de las obras auténticas nos ha permitido precisar los caracteres genuinos del arte bastetano, sus rasgos, sus tipos, sus variantes, sus modificaciones y su decadencia; caracteres que denotan el aislamiento de los talleres regionales, el cambio de gusto estético que en ellos se dejó sentir y el valor de sus producciones, tanto en lo que se refiere al estilo como en lo tocante á la técnica. Estas enseñanzas son las que deben servirnos ahora de punto de partida para precisar asimismo los caracteres bastardos que hayan de delatar la mano del falsificador.

Menester es advertir que éste, pecando de avisado ó de cándido, no siguió siempre una misma senda al perseguir su fin, sino que unas veces se acomodó á continuar, por decirlo así, la obra rutinaria de los antiguos, y otras veces, impresionado, sin duda, en estampas modernas de motivos de arte oriental, especialmente egipcio, y otras veces de modelos clásicos, casi siempre modernos, dejó volar su fantasía y trabajar tímidamente sus manos en la piedra misma de que se valieron los bastetanos.

En suma, el análisis de las obras genuinas, el estudio de la técnica, la comparación constante de las piezas y el detenido examen de todas las que de tiempo atrás creíamos dudosas, como de las que siempre estimamos falsas, nos han llevado á la formación del criterio que nos permite señalar aquí las piezas que á nuestro juicio son obra del falsario.

¿Por qué hasta ahora han permanecido cientos de figuras de esta colección envueltas como en las nebulosidades de lo dudoso, aun á ojos tan expertos como los de Mr. Heuzey, que solamente se fijó con notable acierto en unas cuantas piezas típicas? Para contestar esta pregunta fuerza es reconocer que siendo en general malo el arte que dió vida á esas esculturas, su imitación tenía que ser fácil y máxime, tratándose de obras arcaicas, de trabajo rutinario, pesado, y, por decirlo así, superficial, como de grabador, hecho con muy poco cuidado del sentimiento de la forma.

Si no detenernos ahora en ésta y otras cuestiones referentes al asunto, insistiremos en que, á nuestro juicio, las falsificaciones forman dos categorías: una de imitaciones de las esculturas descubiertas en el *Cerro*, y otra de invenciones con que tal vez el falsario trató de suplir lo que echaba de menos entre lo descubierto: las imágenes.

Las figuras de la primera categoría constituyen el punto más delicado de la cuestión. Mas para que se aprecie en algún modo la diferencia esencial entre las figuras auténticas y sus imitaciones, vea el lector cómo hemos reunido de intento unas y otras en las láminas V y VI (tomo VIII). Nunca puede esto suplir al examen directo; pero compárese en la lámina V la figura de mujer 7.625 (11 de nuestra numeración), su trabajo firme y sencillo, sus caracteres bien acusados y definidos, con las figuras números 3.501 y 7.625, en las que domina como característica la flojedad del trabajo, la minucia; y aparte de que el rostro de la 3.501 está copiado del de la primera, hay en las dos figuras falsas caracteres algo peregrinos y aun caprichosos en que insistiremos á su tiempo. Lo mismo sucede con las dos estatuas de la lámina VI. La 3.513 (15 de nuestra numeración), contrasta por su sequedad y sencillez arcáicas con la blandura y minuciosidad excesiva de la figura 3.502.

Las esculturas debidas al falsario, salvo una, rota al trasportarla, están enteras, lo que ya es causa de que formen contraste con las auténticas, que casi todas están despedazadas y muchas reducidas á meros fragmentos. Señalaremos como característica de las figuras de imitación además de estar enteras, la estructura del rostro, de frente prominente (sin duda por el modo de labrarla), ojos rectos, como la boca, falseamiento del estilo, por no dar al plegado anguloso ni á otros detalles arcáicos su verdadera fisonomía, abuso de picos superpuestos en los trajes, que no responden á expresión arcáica ni hierática de las modas antiguas, y debilidad en el trabajo, que peca de prolijo y en los acanalados que señalan los pliegues descubre la huella de un instrumento metálico demasiado fino.

Las imitaciones lo son siempre de las figuras arcáicas, y no de las clásicas, por ser más fáciles en todos los casos las repeticiones de convencionalismos que las de modelos inspirados en el libre sentimiento de la forma. Dichas imitaciones son del tipo femenino, que, como se ha visto, es el más abundante.

Entre estas estatuas hay algunas, seis sobre todo, que á los ojos de ciertas personas han parecido auténticas.

Son éstas:

[1.—7.623—0,48¹]. Mujer en pie, envuelta en sus ropas, consistentes en túnica que por lo lisa parece hábito, bajo cuya tela, sobre el abdomen parece ocultar las manos, y manto ó capuchón que cubre una especie de mitra redonda facetada de un modo extraño por su frente, y cae por los lados formando el plegado arcáico. Lleva collares y dijes. Los pies calzados asoman por el borde de la ropa. La piedra ofrece color rojizo, lo que podría tomarse por señal de autenticidad, puesto que en otras esculturas del Cerro y en las ruinas del mismo son evidentes las señales de la destrucción del santuario por un incendio; pero en esta figura, nada significa tal alteración fortuita del material, y mucho en cambio la de aquellos caracteres que dejamos señalados. Sin embargo, convendríamos con las personas que más optimistas puedan mostrarse, en la árdua cuestión de que tratamos, que entre las seis figuras indicadas, ésta es la más dudosa en el favorable sentido de la palabra; y hasta pudiera señalársele cierta analogía en la mitra redonda y en el gran velo á modo de capuchón con un bronce bastetano², legado con otros objetos por D. Eulogio Saavedra al Museo Arqueológico Nacional. No figura en las listas de Savirón.

[2.—3.501.—0,72 (Véase tomo VIII, lám. V, 1)]. Mujer en pie, velada y con el consabido tocado compuesto de diadema con cadenillas y collar, pero con la novedad de que de las cadenillas penden dos dijes que figuran el sol y la luna, y del collar pende una estrella. De la copa que sostiene entrambas manos salen llamas. Viste túnica doble una talar formando pliegues, y otra estrecha, labrada con extrañas figuras de serpiente, estrella, flor trifolia, grabadas y adornada con fleco que recuerda el de algunos trajes asirios. El rostro como es visible en la lámina, y dejamos indicado, es copia del de la figura 7.625, cuyo buen estilo y sobrio trabajo son patentes. Por contraste lo son en la figura de que tratamos la nimiedad con que está trazada la cara del sol, sin carácter, y cuyos rayos se prolongan ilógicamente sobre la túnica, las llamas, las figuras semi-jeroglíficas de la túnica exterior y su fleco. Al verlo, ocurre preguntar si no serán todo esto adiciones y retoques del falsario para prestar mayor interés arqueológico á una estatua de oferente descubierta con las indubitables. Por nuestra parte hallamos tan flojo y tan uniforme el trabajo en lo copiado y en lo

1 Rada: *Discursos*, lám. VIII, núm. 1.

2 Véase nuestro artículo *Idolos bastitanos* en la REVISTA, tomo VII, pág. 273 y lámina VI, número 1.

inventado, que no vacilamos en considerarlo todo como obra del falsificador. La presente estatua es la que el Sr. Savirón menciona al final de su trabajo, y dice que fué «cedida generosamente, á una sola indicación de los comisionados, al Museo Arqueológico por D. Vicente Juan y Amat, dando una prueba de su patriotismo»¹.

El Sr. Rada no dejó de hacer notar los símbolos y detalles orientales y de fijarse en una inscripción que se ve trazada en el borde de la copa² y que el Sr. Hübner estimó falsa³.

[3.—3.502.—0,73 (Véase tomo VIII, lám. VI, núm. 2)]. Mujer en pie con idénticos traje y tocado que la anterior, signos también sobre la túnica corta, los dijes en figura de sol y luna, el vaso con fuego y sobre este un carnero⁴. También en esta escultura pudo la mano del falsario retocar algo y añadir detalles caprichosos. Pero todo el trabajo, peor que el de la estatua anterior, es á nuestro juicio moderno. La presente estatua no aparece entre las mencionadas por el Sr. Savirón, á causa de haber sido adquirida con posterioridad á la publicación de su trabajo⁵.

[4.—7.504.—0,60 (Véase tomo VIII, lám. V.)⁶]. Mujer ofreciendo la copa, vestida con túnica formando pliegues regulares y otra lisa encima; diadema y tres gruesos collares; velada con el manto cuyos pliegues, débilmente indicados á la manera arcáica, descubren otros de distinto sistema junto á las manos. Pudiera decirse que en esto y en el rostro está solamente la mano moderna, pero creemos reconocerla en la totalidad del trabajo. Esta estatua figura en la lista de las adquiridas en Yecla⁷.

[5.—3.503.—0,53 (Véase lám. I, 3)]. Mujer con la copa, diadema, collar con medallón pendiente, manto excesivamente ceñido á los codos, túnica talar y encima cuatro series de picos escalonados, con lo que al parecer se quisieron indicar telas superpuestas á manera de volantes. El rostro, de idéntico carácter á los cuatro anteriores, aparece empequeñecido por una enorme mitra de perfil trapezoidal, como las que hemos señalado con los

1 Tomo V, pág. 233. Engel, *Rapport*, pág. 54, la señala como una de las más sospechosas.

2 *Discursos*, págs. 33, 34, 73 y 74, lámina V, 1. Véase también el *Catálogo*, pág. 298 y lámina.

3 Hübner, *Monumenta, falsae*, XXV.

4 Por error al reproducir, utilizando una fotografía hecha para fototipia, ha resultado esta estatua en nuestro grabado trocada, de modo que la figura del carnero, que mira hacia la izquierda, mira en el original á la derecha.

5 Véase Rada, *Discursos*, lámina VI., núm.; *Catálogo*, pág. 299 y lám.

6 Por errata lleva el núm. 7.625 en vez del que le corresponde.

7 Savirón, V, 233.

números 42 y 43; y como ésta, con una inscripción ¹. El trabajo bastante acentuado; pero de reconocerse en parte de él una mano antigua, habría que admitir que la moderna lo modificó muchísimo.

[6.—3.507.—0,52 (Véase lám. I, 1)]. Estatua de medio cuerpo, de una oferente, con su vaso entre las manos, su tocado como el del fragmento que dejamos señalado con el núm. 44; collar que por su forma parece una guirnalda y mitra como la anterior, pero más baja, también con inscripción ².

Estas son las seis estatuas que, como queda dicho, un criterio optimista daría por auténticas; pero teniendo que admitir en la primera un tipo del cual no hay otro ejemplar, y respecto de las otras cinco que la mano del falsificador se entretuvo en rehacerlas y en añadir inscripciones, signos y detalles absurdos. Por nuestra parte las creemos falsas.

[7.—3.508.—0,63. (Véase lám. I, 2)]. Grupo de dos figuras, hombre y mujer, haciendo juntos la ofrenda de la copa. Ella lleva collar, tocado de ínfulas, á la egipcia, como las de mujer con sol y luna; velo, túnica con los consabidos festones de picos. Él ciñe al cuello un *torquis*, brazaletes lo mismo por cima de la sangría y se envuelve en un manto cuyos pliegues marcados por planos ó fajas parecen también volantes. Estos aparentes excesos de arcaísmo, que tan mal juegan con los pliegues curvos de la manga de la mujer, serían señal evidente de autenticidad si pudiera concederse tal condición á las figuras anteriores que participan de idénticos caracteres. El rostro de la mujer se asemeja al de la núm. 4. La cabeza del hombre, como dijimos al señalarla aparte entre las del primer grupo, correspondiente, es auténtica y su trabajo resalta y se separa bastante del trabajo moderno del grupo. Savirón no lo menciona ³.

[8.—3.504.—0,38.] Mujer con la copa; con túnica de picos y rebozada en una especie de manteo como las modernas aldeanas; con collar é inscripción sobre el pecho ⁴.

[9.—7.628.—0,65.] Mujer con la copa, tocado á la egipcia, collar con un borreguito pendiente, manto y túnica de picos. Los ojos cortados á bisel.

[10.—7.630.—0,57.] Mujer con la copa y otro vaso ó cista esculpido en el pecho; viste túnica y se envuelve en un manto ⁵.

¹ Rada, *Discursos*, pág. 79, lámina VII, 5.—*Catálogo*, pág. 299.—Hübner, *Monumenta, falsae*, XXXI.

² Rada, *Discursos*, págs. 70 á 73, lámina VII, 3.—*Catálogo*, pág. 301.—Hübner, *Monumenta, falsae*, XXVI.

³ Rada, *Discursos*, lámina V, 2.

⁴ Rada, *Discursos*, lámina IX, 1.—Hübner, *Monumenta, falsae*, XXVII.

⁵ Rada, *Discursos*, lámina VI, 4.

[11.—7.595.—0,39.] Mujer con la copa, tocado á la egipcia coronado con un sol de cuyo rostro salen rayos formando estrella ¹.

[12 á 19.—7.627.—7.600 á 7.602.—7.605, 7.613, 7.615 y 7.617.—0,66, 0,45 y 0,39 ² á 0,27.] Ocho estatuillas femeniles sentadas y con las manos sobre las rodillas. La primera lleva una toca redonda y un corpiño que recuerda una moda alemana del siglo xv; las demás llevan los consabidos tocados de ínfulas y el manto por la cabeza. En todas forman las ropas los extraños picos ya señalados, que además de ser ilógicos, no podrían nunca admitirse como mala interpretación asiática al lado de las manos que, por el contrario, son de un tímido y pobre realismo. Los asientos recuerdan sillones del siglo xviii (7.627, 7.601, y 7.602), ó sillas toscas modernas (7.615 y 7.617). A la 7.617 le falta el busto. Debió partirse en algún traslado.

[20.—7.657.—0,26.] Mujer arrodillada, con las manos sobre el vientre y cubierta con el manto.

[21.—7.542.—0,25.] Busto de mujer con tocado redondo, cubierto con el manto, diadema de ínfulas y collar.

[22.—7.541.—0,27.] Cabeza femenil, con toca.

[23.—7.599.—0,35.] Mujer con la copa ³.

[24.—7.596.—0,41.] Mujer con la copa. Lleva un capuchón.

[25.—7.620.—0,36.] Mujer con la copa. Lleva collar del que pende un carnero ⁴.

[26.—7.621.—0,36.] Mujer con la copa. Menos en la túnica, lo demás del traje está copiado de los buenos modelos; pero es una figura desproporcionada y nimia.

[27.—7.598.—0,27.] Hombre envuelto en un manto y con la copa en la mano derecha. Es también una figura nimia y desproporcionada ⁵.

[28 á 30.—7.595, 7.622 y 7.660.—0,63, 0,53 y 0,33 ⁶.] Tres mujeres encapuchadas: la primera con cogulla visible sobre el tocado de ínfulas, y las otras dos cubiertas con capuchones. Las tres mujeres tienen la copa.

[31.—7.649.—0,25.] Mujer con capuchón.

¹ Rada, *Discursos*, lámina VI 3.

² Savirón, V, pág. 231, números 1 y 2 de los objetos adquiridos.—Rada, *Discursos*, figuras 2 á 4.

³ Savirón, V, pág. 231, núm. 4 de las adquiridas.

⁴ Rada, *Discursos*, lámina VII, 4.

⁵ Rada, *Discursos*, lámina X, 2.

⁶ Savirón, V, pág. 231, núm. 5, y Rada, *Discursos*, lámina II, 1, 3 y 4.

[32.—7.729.—0,23.] Mujer. Sobre su túnica se ve una inscripción. Lo tosco de su labrado no permite precisar si quisieron representarla en pie ó sentada, con las manos sobre las rodillas ¹.

[33 y 34.—7.669 y 7.670.—0,18 y 0,20.] Figuras muy toscas, la primera falta de la cabeza.

[35.—3.505.—0,72. (Véase lám. II, 2)] Figura en pie, con túnica talar de pliegues ondulantes sobre otra que forma los consabidos picos, algunos de ellos con flecos. Lleva manto sobre la cogulla, que ajusta sobre una diadema de ínfulas, del tipo tan repetido, como los collares, de los que forma parte un medallón con la figura de un carnero. En la mano izquierda tiene un copón, y la derecha está en actitud de bendecir á la griega, con solo el dedo índice levantado. Tan extraña mezcla de caracteres, unida á defectos de ejecución, forman un conjunto desgraciado ².

[36.—3.506.—0,56.] Figura en pie, con túnica de pliegues ondulantes y manto, bajo el cual se ve lleva un tocado á la manera egipcia. En sus manos, sobre el pecho, lleva en la izquierda una copa y en la derecha un objeto en que se ha creído ver un pan sagrado ³.

Hasta aquí el grupo de las imitaciones más ó menos adulteradas y fantaseadas. Ahora vamos á enumerar las esculturas de pura invención, con las que el falsificador quiso suplir, por lo visto, la ausencia de imágenes sagradas, y al efecto acudió al recuerdo, más bien que á la imitación de modelos egipcios y clásicos, sin duda por suponer idéntica filiación en las piezas auténticas descubiertas en el *Cerro*.

[37.—3.486.—0,62.] Relieve con el busto del Sol, cuyos rayos terminan en volutas y en cuyo pecho se ve una inscripción jeroglífica ⁴.

[38.—3.490.—1,56. (Véase lám. II, 3)]. Isis sentada con su hijo Horus en el regazo. Lleva, en vez de la diadema egipcia *teshr*, la mitra trapezóide ⁵.

[39.—3.509.—1,80. (Véase lám. II, 1)]. Figura osiriana, en la que tal vez se quiso representar un sacerdote. Las plumas de avestruz del característico tocado de Osiris aquí se prolongan como si fueran aletas de tela ri-

¹ Savirón, V, pág. 231, núm. 7 de las adquiridas en la primera expedición. Rada, *Discursos* lámina IX 3, y pág. 167 de la contestación de Fernández Guerra. *Catálogo*, pág. 300 y lámina.

² Rada, *Discursos*, V. 3.

³ Savirón, V, pág. 231, núm. 6 de las adquiridas. Rada, *Discursos*, lámina VI, 2.

⁴ Savirón, V, pág. 247, núm. 10 de las adquiridas en 1875, lámina 5, 3. Rada, *Mus. Esp. de Antig.*, VII.

⁵ Savirón, V, 246, núm. 2 de las adquiridas en 1875. Rada, *Discursos*, lámina I, 1.

zada, y la perilla parte de la toca que encierra su rostro, y no de la barba. Además, ciñe su cuerpo una vestidura con mangas largas. En la mano derecha tiene un pájaro ¹.

Estas dos estatuas son de un barbarismo grotesco que señala lo más grosero de la obra del falsificador.

[40.—3.487.—0,45.] Osiris ². Casi podría asegurarse que el modelo de esta figura es una publicada hacia la época de los hallazgos de Yecla ³. El vestido, en vez de mortaja osiriana, con mangas, y la especie de culebra que empuña en vez del cetro son iguales en la estatuilla de referencia.

[41.—3.493.—0,32.] Cinocéfaló, con inscripciones en la sección ó corte de los brazos ⁴.

[42.—7.503.—0,19.] Esfinge con inscripción en el plinto.

[43.—3.497.—0,35.] Esfinge en pie, de cuerpo lanudo ⁵.

[44.—7.658.—0,27.] Mujer sentada, con tocado egipcio ⁶.

[45.—3.494.—0,13.] Sello que lleva grabado un escarabajo, y á su redor leyenda jeroglífica ⁷.

[46.—3.514.—0,35.] Pequeño obelisco con jeroglíficos de *relieve* ⁸.

[47.—7.733.—0,18.] Cilindro con inscripción grabada ⁹.

[48.—3.510.—0,17.] Vaso con figuras de relieve é inscripción ¹⁰.

[49.—14.879.—0,17.] Vaso con adornos de relieve ¹¹.

[50.—7.730.—0,20.] Torso de estatua, con inscripción ¹².

[51.—3.496.—0,25.] «Hecate: piedra tribetilo» ¹³, con inscripciones en el plinto ¹⁴.

El falsificador entrevé que las estatuas del *Cerro* participan del gusto oriental y del clásico, y tomando éste también por norma continúa fantaseando.

¹ Savirón, V, 246, núm. 1 de las adquiridas en 1875. Rada, *Discursos*, lámina I, 5.

² Savirón, V, 246, núm. 3 de las adquiridas en 1875. Rada, *Discursos*, lámina I, 2.

³ Yan-Halen, *Panorama Artístico Universal*. Madrid, 1861, estampa, 6, fig. 1.

⁴ Rada, *Discursos*, págs. 65 á 69, lámina XVII, 5.

⁵ Rada, *Discursos*, pág. 13, lámina XVII, 1.

⁶ Savirón, V, 247, núm. 4 de las adquiridas en 1875. Rada, *Discursos*, lámina I, 4.

⁷ Savirón, V, 247, núm. 30 de las adquiridas en 1875. Rada, *Discursos*, lámina XIII, 1. Hübner, *Monumenta, falsae*, XXXV.

⁸ Rada, *Discursos*, lámina XVIII, 2, y pág. 78. P. Lasalde, *Monografía, Semanario Murciano*, III.

⁹ Rada, *Discursos*, lámina XVIII, 1, págs. 40 á 46.

¹⁰ Rada, *Discursos*, lámina XIX, 4. Hübner, *Corpus Inscrip. Supplementum, falsae* 522.

¹¹ Rada, *Discursos*, lámina XIX, 2.

¹² Savirón, V, 247, núm. 8 de las adquiridas en 1875, lámina V, 5.

¹³ Así aparece denominado este monumento en el *Catálogo*, pág. 297. Rada, *Discursos*, páginas 46 y 47, lám. XVI, 1.

¹⁴ Hübner, *Monumenta, falsae*, XXII.

[52.—3.499.—0,31.] Hermes sobre un altar á cuyo pie hay un brasero de fuego ¹.

[53.—7.504.—0,32.] Cabeza, cuyo color gris y tersitud superficial de la piedra es producto de una composición con la cual fué bañada.

[54.—3.488.—0,44.] Ave fénix sobre un altar, en cuyos lados aparecen grabados un sol é inscripciones ².

[55.—3.489.—0,39.] Nave Argos, con inscripción en el plinto ³.

[56.—3.492.—0,33.] Relieve del bellocino de oro, colgado del árbol y un niño al pie, con inscripción ⁴.

[57.—3.495.—0,40.] Caballo marino, con inscripción en el plinto ⁵.

[58.—7.672.—0,42.] Caballo, figura desproporcionada.

[59.—7.663.—0,43.] Rinoceronte ⁶.

[60.—3.491.—0,24.] «Vaca Nemanos» ⁷.

[61.—3.948.—0,44.] Hércules sujetado al Cancerbero ⁸; grupo mutilado.

[62.—7.661.—0,42.] Hombre á caballo ⁹.

[63, 64 y 65.—7.676, 7.677 y 1.7354.—0,15, 0,12 y 0,09.] Relieves representando cuadrúpedos.

En Marzo de 1885, en un lote de antigüedades adquirido al Sr. Amat, ingresaron en el Museo las siguientes esculturas, labradas en piedra más oscura que las otras, de trabajo grosero, peor que el de las primeramente mencionadas, de igual origen, algunas de ellas con epígrafes y todas de estilo arcáico.

[66.—7.724.—0,73.] Mujer con la copa en las manos, adornada con mitra, en cuyo frente de figura trapezoidal está grabada una inscripción.

[67.—7.725.—0,53.] Mujer teniendo la copa, encima de la cual se ve un ave. Sobre el borde de la copa está grabada una inscripción.

¹ Rada, *Discursos*, lámina XVI, 3.

² Savirón, V, pág. 232, núm. 41 de lo adquirido en la primera expedición. Rada, *Discursos*, págs. 49 á 60 y lámina XIV. Hübner, *Corpus Inscip. Supple. Inscip., falsæ*, núm. 517.

³ Savirón, V, pág. 232, núm. 37 de lo adquirido en la primera expedición. Rada, *Discursos*, págs. 61 á 63, lámina XVIII, 3. Hübner, *Corpus Inscip. Supple. Inscip. falsæ*, núm. 516.

⁴ Rada, *Discursos*, págs. 87 á 96 y lámina XVII, 2. Hübner, *Monumenta, falsæ*, XXIII.

⁵ Savirón, V, pág. 232, núm. 36 de lo adquirido en la primera expedición. Rada, *Discursos*, lámina XVII. Hübner, *Corpus Inscip. Supple, falsæ*, núm. 520.

⁶ Savirón, V, pag. 232, núm. 35 de lo adquirido en la primera expedición. Rada, *Discursos*, lámina XVII, 4.

⁷ Rada, *Discursos*, lámina XVI, 2, págs. 69 y 70; *Catálogo*, pág. 294. Hübner, *Monumenta, falsæ*, XXIV.

⁸ Savirón, V, pág. 232, núm. 34 de lo adquirido en la primera expedición. Rada, *Discursos*, lámina XVI, 4.

⁹ Rada, *Discursos*, lámina XVII, 3.

[68.—7.726.—0,72.] Mujer con toca y sobre el pecho un sol entre dos lunas.

[69.—7.727.—0,95.] Hombre con mitra cónica, ropa talar y una especie de escapulario en el que se ve un escarabajo.

[70.—7.728.—0,92.] Hombre con mitra cónica, llevando una paloma en la mano. En el plinto lleva inscripción.

[71.—7.730.—0,53.] Relieve que representa una escena de sacrificio, en la que no faltan el toro y el ara. Las figuras corren sobre un resalto, en el que se ve grabada una inscripción.

Entre las piezas cerámicas de las colecciones traídas por el Sr. Savirón también hay cinco falsas, de barro rojo claro, que son éstas:

[72.—1.4742.—0,11.] Vaso esférico, labrado á torno. Sin la inscripción pudiera ser tenido por auténtico ¹.

[73.—1.4743.—0,09.] Vaso ovoide, con figuras de relieve é inscripciones ².

[74.—1.4744.—0,13.] Vaso en cuya panza está modelado un rostro y grabada una inscripción ³.

[75.—1.4745.—0,18.] Lucerna con asa y adorno de relieve; en la forma recuerda las de bronce romanas ⁴.

[76.—1.4746.—0,15.] Lucerna para colgar con dos mecheros harto pequeños. Su forma recuerda ejemplares romanos de bronce ⁵.

[77 y 78.]—Dos medallones de bronce, existentes en el *Monetario* del Museo.

Su detalle es como sigue:

--Mediano bronce. A. Cabeza varonil, laureada, á la derecha.—R. Figura egipcia arrodillada, sosteniendo un adoratorio. Leyenda griega.

—Gran bronce. A. Hércules dominando al toro de Creta.—R. Ninfas y amorcillos á orilla de un río. En ambas caras leyenda griega.

La mano del falsario parece otra y mejor que la de la estatuaria ⁶.

La cifra que sacamos de piezas falsas, en relación con la de auténticas, sin incluir los objetos varios á su tiempo mencionados, deja aquélla en una tercera parte de las esculturas, siendo el total de ellas de 218.

¹ Rada, *Discursos*, lámina XIX, 1.

² Savirón, V, 233, adquisiciones. Rada, *Discursos*, lámina XX, 1.

³ Rada, *Discursos*, lámina 3.

⁴ Rada, *Discursos*, pág. XX, 2.

⁵ Savirón, V, 233, adquisiciones. Rada, *Discursos*, lámina XIX, 3.

⁶ El medallón primero es del que se ocupó el Sr. Biosca en el *Memorial Numismático*. Ambos medallones están publicados por Rada, *Discursos*, págs. 72 y 97, lám. XIII, 1 y 3.

VIII

El largo examen que hemos hecho de los descubrimientos y adquisiciones, así como de los trabajos publicados; nuestro ensayo de clasificación de las piezas auténticas y separación de las falsas (separación que de acuerdo con el actual jefe de la sección 1.^a del Museo, nuestro querido compañero D. Francisco de P. Alvarez Ossorio, hemos hecho en la instalación de las piezas mismas, agrupando de una parte las que creemos auténticas y á otra parte las que creemos falsas), reclaman un resumen de lo expuesto, que permita precisar la debatida cuestión de autenticidad.

Recapitulemos los hechos.

La corta de árboles efectuada en 1830 pone al descubierto el *Cerro de los Santos* y sus ruinas, que atraen á los rebuscadores.

En 1860 visita estas ruinas el artista Sr. Aguado, el cual, comprendiendo la importancia de las mismas, hace á la Academia un llamamiento, añadiendo para darle más eficacia dibujos de las esculturas descubiertas. Hubiera sido muy conveniente y oportuno que entonces se hubiesen practicado las excavaciones. Pero no se hicieron. Unicamente se ocupó de tales esculturas la crítica; y como entonces la corriente romántica sólo prestaba interés al estudio de la Edad Media, bajo este prisma las estudia D. José Amador de los Ríos, creyéndolas visigodas.

Pero fuera de Madrid, y á la vista de las esculturas que se siguen sacando de aquel rico filón, se piensa de otro modo, y los PP. Escolapios, mejor dicho, el P. Carlos Lasalde y el P. Tomás Saez del Caño, lo expresan en la *Memoria* que aparece en 1871; apreciando someramente el carácter oriental de aquéllas, creen en un origen egipcio y las inscripciones, que ya ofrecen algunas, de «letra turdetana».

Aquí está el primer nudo de la cuestión. Es evidente que *el relojero de Yecla* ya entonces había entretenido sus ocios grabando epígrafes en alguna estatua auténtica. ¿Las habría también imitado? Fuera como fuese su fin no parece pudiera ser otro que el de dar que hacer á los arqueólogos locales. Nos informa dicha *Memoria*, como la que el P. Lasalde publicó nueve años después, de que en los últimos días de Noviembre de 1870 el

relojero, sabedor de que en el *Cerro* se hallaban antigüedades, hace allí, convenientemente autorizado, las primeras excavaciones exhumando varias esculturas, que trae á Yecla, donde enseña al sabio escolapio algunas cabezas y «entusiasmado» (es la frase del verídico narrador) al oírle decir que «parecían egipcias» ponderó de tal modo el hallazgo que el administrador del dueño del *Cerro*, sin duda por haber caído en la cuenta de lo que tales restos pudieran valer y de á quien debiera en justicia corresponder ese valor, le retiró aquella autorización que graciosa y desinteresadamente le había dado. Sin duda, también para orientarse en esta cuestión el citado administrador Sr. Soriano invita al P. Lasalde á visitar el *Cerro* y aquel mismo día, bajo la dirección de los hijos del propio señor, comienzan nuevas excavaciones que producen «preciosas estatuas, figuritas de toros, de bronce, caballos y hombres, y algunos vasos de barro enteros». Entonces (principios de 1871) es cuando aparece la primera *Memoria* «publicada por los PP. Escolapios de Yecla», escrita por los citados Padres Lasalde y Sáez. Por el primero sabemos (seguimos refiriéndonos á las dos *Memorias*); que «el relojero apenas había arañado la tierra en un pequeño espacio y, sin embargo, había sacados dos ó tres carros de estatuas y pedazos», de donde deducimos que él debía tener la mayor parte de lo descubierto; que las estatuas que el P. Lasalde vió, la mayoría según deja entenderse en poder del relojero, eran en número «muy próximo á doscientas», no habiendo de «muchísimas» más que restos, porque desde muy antiguo las venían aprovechando los labradores como materiales para sus construcciones. En dicha primera *Memoria* se señala la importancia de los descubrimientos que representaban un hecho aislado y al propio tiempo un centro de culto, violentamente destruído, de una época anterior á la dominación romana. Así lo deduce el narrador de los caracteres artísticos de las esculturas y de sus epígrafes. Tenemos, pues, en tales afirmaciones la primera apreciación cierta, aunque no precisa, de la edad de las esculturas y el primer error (la apreciación de las inscripciones) á que había inducido el falsario.

No están descritas las estatuas en esa *Memoria* de modo que puedan ser identificadas. Las que al autor parecen más arcáicas miden 3 ó 4 decímetros de altura. Entre las que considera de una época de perfeccionamiento están las oferentes con la copa entre las manos, el manto plegado, los collares, diademas y mitras; están así mismo los hombres con brazaletes, el de la falcata inclusive. No hay indicaciones precisas por donde

pueda reconocerse entre tantas piezas ninguna de las falsas. Sólo sabemos que había inscripciones.

Pero efecto de la publicidad que la *Memoria* da á los descubrimientos es el nombramiento en Marzo del mismo año 1871 de la Comisión del Museo. La inauguración de este Centro y acaso otras causas dilatan el viaje de la Comisión á Yecla hasta Septiembre. Se hizo esperar cinco meses. Hubo tiempo de preparar *nuevas* y *extrañas* figuras.

*Sería pueril, en un caso como éste, no aclarado del todo al cabo de más de treinta años de conocimientos, investigaciones é informaciones, pararse á justificar el error en que hicieron caer al P. Lasalde y al Sr. Savirón, mezclando con esculturas auténticas que no se parecían á nada de cuanto entonces era conocido en España, ejemplares contrahechos. Cuanto más peregrinas pareciesen las esculturas descubiertas y más solicitaran detenido estudio para descifrar su fecha, su carácter y significación, más urgente era adquirir el mayor número de ellas y traerlas al naciente Museo que importaba enriquecer.

El Sr. Savirón, lleno de buena fe y entusiasmo como sus compañeros, practica las excavaciones y recoge por fruto de ellas los ladrillos del piso, los vasos de barro, las fíbulas y algunas de las figurillas de bronce y varias estatuas de piedra, entre las que señala en su Memoria como más importantes cinco ¹, de las cuales la varonil arcáica (núm. 62) se cuenta entre las halladas á mayor profundidad. Si no halló más fué porque las tierras del *Cerro* habían sido ya removidas; y al ver la numerosa colección, anteriormente examinada por el P. Lasalde, adquiere de ella lo que puede, y aún vuelve á Yecla en Octubre y adquiere más objetos. En la lista de lo comprado en el primer viaje vemos ya piezas de las conocidamente falsas: el *Argos*, el *Fénix*, el *hipocampo*, el *rinoceronte*, el *Cervero*, uno de los vasos de piedra con relieve, la *estatua con la flor del loto*, la *del personaje bendiciendo* y una de las sentadas. La lista siguiente es de «adquisiciones por compra en las comarcas de Yecla y donación debida á la generosidad del ilustrado catedrático P. Carlos Lasalde.» En ella figuran cuatro estatuas auténticas de mujer ² y una falsa ³, los demás bronce auténticos y varias piezas cerámicas, entre ellas dos conocidamente falsas: la lucerna de dos mecheros y el vaso con figuras é *inscripción griega*.

¹ Nuestros ejemplares auténticos, números 1, 2, 35, 62 y uno de los toros

² Son las estatuas auténticas que hemos señalado con los números 8, 11, 12 y 15.

³ Creemos sea la que figura con el núm. 4 en nuestra lista de falsas.

A continuación de esta lista se hace mención de la estatua falsa, con la copa de fuego y los dijes de sol y luna, «cedida generosamente, á una sola indicación de los comisionados, al Museo Arqueológico, por D. Vicente Juan y Amat»¹. Esta enajenación no daba dinero que indemnizase del trabajo, pero daba fuerza moral á quien había hecho ya venta al Museo de dos colecciones, correspondientes á los dos citados viajes del Sr. Savirón, la primera por valor de *seiscientas treinta pesetas*, la segunda de *mil cien*, pero no solamente por objetos del Cerro².

No se hizo entonces, cuando únicamente pudo hacerse, por la Secretaría ó por la Sección 1.^a del Museo, en la que ingresaron los objetos de Yecla, una lista bastante detallada de ellos y en relación con los recibos de Amat, para que pudiéramos hoy señalar con entera certidumbre á cuáles se refieren estos documentos, entre los enumerados por Savirón. El primer recibo solamente se refiere á *restos*, que acaso quieren serlo (en la dicción del firmante) de la estación *Cerro de los Santos* y no fragmentos. En el segundo recibo se habla de unas cabezas que aparecen mencionadas en la lista de lo adquirido en el primer viaje. Pero considerando que esos recibos son no más que justificantes de unos pagos y dichas listas no tuvieron nunca pretensiones de catálogo, de cuanto llevamos dicho se infiere que solamente al relojero pudieron ser comprados los objetos falsos. En las cuentas de los viajes aparecen junto á esos recibos otros, no firmados por Amat, uno de ellos de «objetos antiguos» que no se dice procedieran del *Cerro*, ni verosímilmente podían venir de él, puesto que el relojero fué el único extraño á esa propiedad que había excavado en ella³.

1 Es la núm. 4 de nuestra lista de falsas.

2 En la Secretaría del Museo se guardan los recibos correspondientes á estas compras y en los libros de registro las listas idénticas á las publicadas por el Sr. Savirón.

He aquí los recibos en cuestión: 1.^o «Recibí de la Comisión del Museo Arqueológico Nacional la cantidad de *seiscientas treinta pesetas*, importe de varios restos de estatuas y objetos de cerámica procedentes del *Cerro de los Santos*, jurisdicción de Almansa, provincia de Albacete.—Yecla 24 de Septiembre de 1871.—Vicente Juan y Amat.»—2.^o «He recibido de D. Paulino Savirón y Esteban, comisionado del Museo Arqueológico Nacional, la cantidad de *mil cien pesetas*, importe de cuatro estatuas de piedra, varios fragmentos de otras, catorce cabezas, un toro de piedra, un vaso de piedra, diferentes vasitos de cerámica estropeados y pedazos de vasijas antiguas, una lápida de barro cocido con inscripción, cuatro platos de reflejos metálicos y otros objetos adquiridos todos en las provincias de Albacete y Murcia.—Yecla 28 Octubre 1871.—Vicente Juan y Amat.» La lápida de barro, que quería ser romana, es falsa. Los platos son mudéjares.

3 Hay en efecto un recibo, suscripto por José Cruz, por «la cantidad de cuatrocientos veinte y nueve reales cuarenta céntimos, importe de varios objetos antiguos», fechado en Yecla á 25 de Septiembre de 1871, y otro de Andrés Salamanca por «quinientos reales, valor de una mesa con incrustaciones, del siglo XVIII», fechado en Yecla á 26 de Septiembre de 1871.

Hay que convenir, por lo tanto, en que el falsario tasaba en muy poco su trabajo, pues *mil quinientas* pesetas en junto (hecha la deducción verosímil del precio de las piezas por él vendidas, que nada tenían que ver con las del *Cerro*) es exigua cantidad como precio de ese medio centenar de esculturas, de las que, sin el menor distingo, hacían los eruditos mucha estimación, á pesar de que una mitad de ellas estaba hecha entonces.

El P. Lasalde, que en la segunda Memoria equivoca un poco las fechas de las excavaciones y de la publicación de la primera Memoria, da alguna luz en cambio sobre las ventas de Amat, en un párrafo que dejamos copiado y cuyos extremos son éstos: 1.º que los objetos de piedra vendidos al Museo por Amat no fueron *todos* sacados por él en sus excavaciones; 2.º que «el menor número, pero los más preciosos», los adquirió después en Montealegre de mano desconocida y que habían salido del *Cerro* hacía muchos siglos; 3.º que Amat, engolosinado con lo que le habían producido sus ventas al Museo, hizo excavaciones en muchos puntos de la comarca y de ellas y de compras adquirió varios objetos; y 4.º que de la cerámica solamente cuatro ó seis piezas procedían del *Cerro*, siendo presumible que las demás fuesen *falsas* y procedentes de Barcelona.

A este propósito debemos citar también, con tanta más razón cuanto que lo omitimos en el examen bibliográfico, un artículo que apareció en esta REVISTA ¹, titulado *Las Antigüedades del Cerro de los Santos*, suscripto por el citado P. Tomás Sáez del Caño, uno de los Directores del Colegio de Escolapios de Yecla, el cual se congratula en él de que acaben de adquirirse tales restos para el Museo, donde esperó ver confirmado por los eruditos cuanto él había afirmado en la *Memoria*; encuentra gran relación entre la escultura del *Cerro* y la de los etruscos y aun egipcios, á la vez que «cierto aire oriental, que marca la procedencia del pueblo ibero español»; y refiriéndose á las «inscripciones griegas y greco-latinas», de las cuales poco antes había hecho mención la REVISTA ², da cuenta de la primera compra hecha para el Museo, con estas palabras que responden á la misma creencia del P. Lasalde, de que ciertos objetos no los había sacado Amat del *Cerro*: «Es verdad que entre lo adquirido en Yecla por las Comisiones del Gobierno se encuentran un ave fénix, un cuadrante y algunos vasos, en los que se leen, y nosotros hemos traducido, caracteres griegos y mixtos de griegos y latinos; mas no por eso vaya á suponerse que

¹ Primera época. Tomo 7, 317.

² Primera época. Tomo 1, 135 y 249.

indistintamente ha sido extraído todo esto de las excavaciones de que nos ocupamos. La circunstancia de haberse remitido á Madrid por los señores comisionados del Museo la diversidad de objetos comprados y sin clasificar por la premura del tiempo, ha dado margen, al verlos reunidos, á atribuir á nuestro monumento (el *Cerro*) restos que no le corresponden y que pertenecen á otro territorio, según el mismo vendedor...» En una palabra, los PP. Escolapios, testigos hasta donde era posible de lo que pasaba en la localidad, extrañaban como del *Cerro* algunas de las piezas de Amat, aunque sin caer en la superchería fraguada, y creían en otros orígenes. El Sr. Savirón, igualmente crédulo, supone que la procedencia es el *Cerro* y sus contornos, y así no encuentra dificultad para incluir tales objetos en su lista.

Por nuestra parte, creemos que no debieron ser traídos de Barcelona ni acaso de Montealegre, sino que es verosímil nacieran en aquella casa de Yecla que M. Engel halló todavía decorada por una «imaginación delirante» con extrañas pinturas y que al grabar y esculpir se inspiraba en la simbología de los almanaques, como observa oportunamente M. Heuzey. Pero es evidente que faltan pruebas materiales para escribir con certidumbre el nombre del falsario y sobran para probar, como se ha visto, la falsificación.

Al siguiente año 1872, Amat hace varias ventas de antigüedades al Museo, que aparecen registradas en el libro de *Compras* ¹, pero solamente una es de objetos del *Cerro*. Entre los de esta procedencia hallamos primeramente dos estatuas de piedra, «una con caperuza rizada y la otra con toca, ambas cubiertas con ropa talar», que no son, como luego se verá, las de carácter egipcio, falsas; el vaso con dos caras humanas en relieve é inscripción, la lucerna con adornos de relieve (ambos objetos falsos), otras piezas cerámicas y dos cabezas de piedra. Esta colección fué adquirida en 500 pesetas, el 3 de Enero. En el verano de 1875, en vista de que Amat había enviado fotografías de nuevas estatuas al Museo, fué comisionado para adquirirlas (por R. O. de 17 de Junio) el Sr. Savirón. Este dió cuenta de la compra en una *Memoria* que quedó inédita en la Secretaría del Museo y en

¹ Libro de *Compras*, fol. 18, 3 de Enero de 1872, colec. de esculturas, vasos y otros objetos en 500 pesetas.—Fol. 19; 15 de Marzo de 1872: cuatro esculturas de madera del siglo xv, procedentes de Barcelona, en 40 pesetas.—20 de Marzo, una moneda de Fernando VII, en 10 pesetas.—Folio 20, 27 de Junio: 27 platos mudéjares, en 82 pesetas.—Fol. 23, 19 de Marzo de 1873; casulla y dos fragmentos de otra y un estandarte bordado en sedas, en 750 pesetas.—Fol. 27, colección de piezas cerámicas, entre ellas una italo-griega, dos romanas, varias de barro vidriado (mudéjares) y otras de loza y vidrios, en 597,50 pesetas.

la cual, después de enumerar los objetos, el jarrón árabe, que era la pieza más importante, y treinta piezas del *Cerro*, veintisiete de ellas escultóricas, manifiesta que el Sr. Amat pidió primeramente por la colección 22.000 pesetas, las cuales el Sr. Savirón consiguió, después de mucho porfiar, reducir las á 15.000. Dichas estatuas son las que el mismo Savirón enumeró en la *Revista* ¹. La lista empieza por las estatuas falsas que llamaremos egipcias, y siguen algunos fragmentos con inscripciones.—Nuevamente la inventiva del relojero, obsesionada con la idea de lo egipcio, había dado fruto.

Debemos advertir, y este punto es interesante, que antes de esa compra el Museo había hecho otra, también de objetos del *Cerro de los Santos* ó de su vecindad, pero de la misma familia, y no se los había comprado á Amat sino á D. José Ignacio Miró, en la suma de *seis mil quinientas pesetas*. La lista de estos objetos aparece en el correspondiente libro de Secretaría ² y comprende treinta esculturas de piedra, dos bronce y varias piezas cerámicas. Encabeza esta lista la estatua buena grande, de 1^m 35, de mujer con la copa, que es la perla de la colección (núm. 6); siguen cuatro cabezas mitradas y la media cabeza varonil (núm. 142) y varios fragmentos. Todo son piezas auténticas y buenas.

De la suma pagada á Amat, y dados sus precios en lo referente á las esculturas, debía corresponder la mitad, por lo menos, al jarrón árabe; con lo cual resulta, hecha la deducción conveniente y sumadas las cantidades pagadas al mismo sujeto y al Sr. Miró por las esculturas en cuestión, que éstas han costado unos *tres mil duros* ³.

En esta cantidad incluimos la pequeña parte correspondiente á las esculturas que formaban parte de la última colección comprada á Amat, en Marzo de 1885; colección que por lo tocante á esas esculturas no se hubiese adquirido á no figurar en ella objetos de mucho más valor, como eran seis lápidas árabes y diez y ocho vidrios catalanes ⁴.

¹ V. 246.

² Libro de *Adquisiciones del Museo*, fol. 28.

³ La cifra de 3.000 pesetas que indicamos en el cap. II se refiere al total de las adquisiciones de antigüedades hechas en los viajes á Yecla. El total de lo cobrado por Amat en sus ventas al Museo, tanto de los objetos llamados del *Cerro* como de los de otras procedencias, es de 20,717 pesetas. Sirva esto de aclaración á lo que sobre el particular indica M. Engel en su *Rapport*, página 53, nota 2.

⁴ La inscripción correspondiente en el libro de Secretaría, dice así: «Por una colección de objetos arqueológicos, compuesta de seis estatuas de piedra, seis lápidas árabes, diez y seis hachas de piedra, diez y ocho vidrios y varios fragmentos de vasijas y cabezas de piedra, 2.000 pesetas». Dichas cuatro estatuas son las falsas, núms. 63 á 66, y á ellas hay que añadir la 67 y el relieve núm. 68. En cambio las cabezas son buenas.

Poco antes debieron de ser adquiridos para el Monetario los dos medallones de bronce.

El último ingreso registrado en el Museo de objetos del *Cerro de los Santos* data del 7 de Abril de 1892 y lo constituyó una colección formada por el Dr. D. Pedro González de Velasco, en su Museo Antropológico, que por esa fecha pasó á ser de propiedad del Estado. Son diez y nueve piezas de piedra, barro y plomo, las que componen esta colección.

Esto es lo que hay en lo tocante á las adquisiciones y al vendedor Amat, al que M. Engel halló enfermo y desmemoriado, en 1891, en la Casa de beneficencia de Alicante, donde según nuestras noticias ha muerto.

La existencia de piezas falsas en la colección del Museo no dió que sospechar hasta que el Sr. Rada publicó su *Discurso*. Aunque este encierra una afirmación completa, puesto que apareció como revelador del arte y de la lengua de un pueblo ante-romano, su resultado, pasada la primera impresión favorable al ciego entusiasmo y á los aciertos del clasificador, fué contraproducente. Ante esculturas tales como el *Argos*, el *Fénix*, el signo de *Aries*, etc, nacieron dudas del engaño. Puede decirse que, á pesar del optimismo de Rada, las piezas de falsedad menos disimulada no resistieron al examen. Llegó á formarse dentro y fuera del Museo un estado de opinión, al que responde aquella frase escrita por el P. Lasalde en 1880, refiriéndose á ciertas traducciones: «...es necesario ó no creer al escritor ó al objeto». Alguien pasó del dicho optimismo á un pesimismo absoluto; ¿pero cómo no admitir por buenas y excelentes la estatua grande, las cabezas mitradas y las varoniles de pronunciado arcaísmo? Por buenas hubo de admitirlas Hübner cuando las vió, rechazando en absoluto las inscripciones, aunque estuvieran en figuras auténticas, con lo que dió un rayo de luz para la clasificación definitiva.

A este propósito vamos aquí á subsanar una omisión que cometimos en la bibliografía del *Cerro*, cual fué el no incluir en ella la mención que de este litigio de la autenticidad hizo el docto epigrafista español D. Manuel Rodríguez de Berlanga en la extensa y erudita *Introducción* (también publicada como trabajo aparte bajo el título *Hispaniæ anteromanæ syntagma*, Málaga, 1884) á su estudio sobre *Los bronce de Lascuta*, *Bonanza* y *Aljustrel* (Málaga, 1881), al registrar los epígrafes falsos ibéricos señalando con los números LXXXIII á XCVI los de las esculturas del *Cerro*, las cuales dice haber visto en el Museo de Madrid. Transcribe la opinión primeramente emitida por el doctor Hübner en la citada *Gaceta*

literaria de Jena de que las *estatuas grandes parecían verdaderas* y las pequeñas, como *el buque, el cuadrante solar, las medallas y las figuras de animales son, sin duda alguna, modernas*, y las inscripciones falsas. A continuación cita asimismo las indicaciones dadas por el P. Lasalde en 1880, que dejamos consignadas, dando la voz de alerta sobre la falsedad de algunas piezas y señalando como extrañas al *Cerro el Argos* y el *Fénix* en los que «una mano profana grabó las letras que tanto han torturado el ingenio de algunos anticuarios». Añade el Sr. Berlanga que los caracteres de los catorce epígrafes que registra son muy análogos á los ideados por el falsario Trigueros en sus papeles *Viaje de Valera en 1589* y *Cartas de Franco* del 1544.

En lo tocante á los epígrafes será bueno añadir también, para completar nuestra bibliografía del *Cerro*, aunque al repasar las esculturas dejamos hechas las citas convenientes, el volumen *Corpus Inscriptionum Latinarum, Inscriptiones Hispaniæ Latinæ Supplementum ed... Æmilii Hübner, Berolini... 1892*. En las páginas 58 y 59, bajo el epígrafe *Inscriptiones falsae vel alienae* y el de procedencia *Cerro de los Santos*, reproduce, con los números 514 á 522, las inscripciones de carácter latino ó griego que se hallan en los torsos varoniles togados, en el *Argos*, el *Fénix*, el reloj, el hipocampo y los vasos de arcilla. Al año siguiente, con la obra ya registrada en nuestra bibliografía *Monumenta Linguae ibericae*, completó el cuadro de las inscripciones falsas de objetos del *Cerro*, añadiendo las de carácter ibérico y egipcio que señala con los núms. XIX á XL. Treinta y una son, en total, las inscripciones, todas rechazadas por Hübner.

Entre tanto se repetía de esta suerte el anatema sobre el aspecto epigráfico, algunos vaciados de estatuas, enviados á la Exposición Universal celebrada en Viena en 1876, renovaban por un momento la extraviada hipótesis de que tales obras fuesen visigodas; otros vaciados enviados á París en 1878 provocaban el anatema de M. Longperier.

Hasta que M. Heuzey vino á dar la razón á Rada en cuanto al aspecto artístico de las piezas mejores, formulando con elementos más seguros una clasificación acertada; y el hallazgo del busto de Elche vino después á robustecer ese criterio prestando viva luz sobre el arte ante-romano del *Cerro de los Santos*. El sabio francés no había presentado su Memoria más que como un avance á la clasificación y al problema de la cuestión de autenticidad, pidiendo una información que hizo seguidamente monsieur Engel.

Pero desde entonces era más ineludible que nunca depurar esta cuestión en el Museo y era yo quien debía hacerlo. Lo he procurado al fin, trazando la historia de las investigaciones, que no habrá dejado de ser instructiva para muchos lectores; examinando detalladamente la colección y dando puntual noticia de cómo se ha formado. Los doctos juzgarán si con tan prolija labor hemos conseguido hacer alguna luz en la debatida cuestión de autenticidad; y de todos modos esperamos que el público en general sabrá apreciar nuestros intentos, dictados por el cumplimiento del deber ¹.

¹ Escritas las anteriores líneas ha aparecido la obra de M. Pierre Paris *Essai sur l'art et industrie de l'Espagne Primitive* (Paris, 1903), en cuyo tomo I dedica aquél muchas páginas (162 á 279) á las esculturas del *Cerro de los Santos*. M. Paris, el sabio extranjero que mejor conoce el *Cerro* mismo y sus antigüedades, comienza por enumerar las figuras que le parecen falsas y que son las egipcias el Fénix, el Argos, los vasos, los medallones, etc., hasta treinta y siete piezas, las cuales se hallan también en nuestra lista de falsas, todas excepto el cuadrante solar, del que solamente hemos condenado nosotros las inscripciones, la estatua varonil con orejas puntiagudas, la envuelta en su manto (núm. 63). Encuentra sospechosa la estatua en actitud de bendecir (70), y admite las demás como buenas, no sin pararse á señalar detalles extraños ó buscar justificaciones para admitirlas, como le sucede con las dos estatuas adornadas con símbolos siderales. De las inscripciones admite por buena la del torso togado (198) y un busto del Museo de Albacete. El criterio con que juzga lo que cree auténtico es el ya conocido y no muy distante del nuestro, salvo en cuestiones de detalle. Es en suma este trozo de la importante obra de M. Paris de mucho interés por la doctrina y por el crecido número de piezas que reproduce.

APÉNDICE

EL TESORO IBÉRICO DE JÁVEA

I

LA Arqueología hispana registra un nuevo hallazgo, digno de ser consignado en la misma honrosa página que las esculturas del Cerro de los Santos, el sarcófago de Cádiz, los bronce de Costig y el busto de Elche. Se trata, pues, de una pieza única y preciosa que, con algunas accesorias, fué descubierta á últimos de Noviembre ó principios de Diciembre del pasado año de 1904, en la finca llamada Lluca, perteneciente al partido judicial del mismo nombre, sita en término y á distancia de unos cuatro kilómetros de Jávea, pueblecillo de la costa de Alicante, la costa griega, cuyos rojos peñascos y mar azul ha inmortalizado Sorolla en lienzos admirables. El hallazgo fué casual. Cavando Francisco García y García en un campo que tenía arrendado á Carlos Torres, tropezó, «á unos tres palmos de profundidad», dice, al estilo levantino, la nota que tenemos ante los ojos, con un objeto: era una vasija de barro, que el azadón había roto, y cuyo contenido era una serie de alhajas de oro y plata.

Estas alhajas, merced al celo y diligencia del Sr. D. Elías Tormo, Comisario regio de Bellas Artes, que comprendió desde luego el aprecio que debía hacerse de tal hallazgo, y á la inteligencia y noble patriotismo del Sr. D. Roque Chabás, que sirvió de mediador con el poseedor, han sido adquiridas por el Gobierno, con destino al Museo Arqueológico Nacional.

Hagamos aquí ligero inventario de las piezas halladas, con indicación de su peso y dimensiones:

OBJETOS DE ORO

Diadema	133	gramos	6	decigramos;	$0,372 \times 0,082$.
Fíbula y cadena . . .	16	—	6	—	$0,040 \times 0,030$ y $0,150$.
Cadena suelta	15	—	5	—	$0,12$.
Collar	31	—	1	—	$0,39$.
Collar (incompleto).	30	—	4	—	$0,37$.

OBJETOS DE PLATA

Brazalete, tres cintas espirales y siete fragmentos de otras; su peso total de 240,7 gramos.

Tales son los datos escrupulosamente registrados por nuestro querido compañero D. Francisco de P. Alvarez-Ossorio, Jefe de la Sección primera del Museo, en cuya Sala Ibérica se halla expuesto al público tan precioso tesoro.

II

Sin referencia alguna de los antiguos geógrafos é historiadores, sin datos ni otros vestigios de remota población, solamente por la proximidad de Denia y la excelente posición de la ensenada, á que debe Jávea su importancia moderna, como estación marítima situada junto al cabo de San Antonio, es fácil suponer la que el punto en cuestión tuviera en los días de la colonización griega de nuestras costas, y que, como alguien ha dicho, pudiera ser dependencia de la colonia que los focenzes de Masalia (Marsella) fundaron en aquel punto, durante la primera mitad del siglo VI antes de J. C. Esta colonia, denominada *Dianium*, y su dependencia *Hemerescopium*, en el mencionado cabo ó promontorio *Artemisium*, donde los colonizadores, fieles á su origen, levantaron un templo á su deidad tutelar, que era la Diana de Éfeso, y establecieron un observatorio diurno que protegiese su navegación por aquella costa, debió ser para los naturales faro civilizador cuya influencia se dejara sentir en todas las comarcas levantinas, donde tantos y tantos testimonios de ella, algunos ya mencionados al comienzo de este artículo, fueron desenterrados en los últimos años.

El nuevo testimonio de que hoy damos cuenta ofrece desde luego todos los caracteres de ser un tesoro, como tantos, enterrado por alguien que

no pudo recogerlo. Repetidísimo es en nuestro suelo el caso. Servía de hucha ó de arquilla un vaso de barro ó de metal, y el contenido consistía en joyas ó numerario, cuando no ambas cosas juntas. Fiábase tal propiedad particular á la tierra, sin saber los guardadores ó codiciosos que enterrarlo era legárselo á la posteridad, dejarlo á merced de otros codiciosos y acaso interesar á los arqueólogos, que darían hoy algo bueno por interrogarles. Pero fuerza es interrogar á los objetos mismos.

Componen éstos evidentemente un juego de alhajas, un aderezo, como diríamos hoy, de mujer; las joyas con que se engalanaba una alicantina, una contestana de los tiempos anteriores á J. C. que indicados quedan. Nuestros lectores conocen el citado busto de Elche ¹; conocen las estatuas femeniles del Cerro de los Santos ², que ostentan análogos adornos y pueden ver los elementos que para esclarecer la cuestión de los orígenes de *tal moda* oriental y la supervivencia de la misma presentamos en una lámina ³, con el estudio que de dichas estatuas hicimos. No necesitamos repetir aquí las observaciones que la comparación de dichos elementos nos sugirieron. Por ellos puede apreciarse que fué moda ibera, como lo fué troyana, como lo fué cartaginesa, y como en la tierra donde fué Cartago lo sigue siendo argelina, un aderezo consistente en una diadema ó frontal de cadenillas ó de labor calada, sendas caídas á manera de ínfulas, pero de cadenillas también, á los lados del rostro, con rosetones á los extremos, y pendientes de ellas, cayendo en onda sobre el pecho, para acabar de hacerle gracioso cerco al rostro, dos ó tres gruesas cadenas, por lo general del género *torquis*. Esta unión del collar á las caídas de la diadema es detalle muy característico y constante en todas las variantes citadas. La singular disposición de tales elementos, los caracteres de los mismos, lo prolijo de su labor, deja comprender un origen oriental, trayendo á la memoria los tocados y pectorales egipcios, la joyería asiática y chipriota que nos permiten apreciar curiosas esculturas.

Fuera de los aderezos recogidos en Troya, las pretendidas joyas de Helena, que son por cierto de las más sencillas en su género, pues se componen de finas cadenillas con pequeños colgantes, no se conocía otro ejemplar real hasta el descubierto en Jávea. Los demás, que citados quedan, sólo es dable estudiarlos en esculturas iberas: el busto de Elche y algunas

¹ Véase tomo I (1897), pág. 440 y lám. XVI.

² Véase tomos VIII, págs. 8 y 470; IX, 140, 247 y 365; X, 43; XI, 144 y 276; XII, 37 y XIII, 19.

³ Tomo X, lám. VI.

de las estatuas y cabezas del Cerro de los Santos. En el caso presente podemos concretar los puntos de comparación, pues para que ésta sea eficaz precisa hacerla con la estatua grande femenil y dos cabezas mitradas del Cerro ¹. Las tres mujeres bastetanas representadas se adornan con frontales de labor menuda, dispuesta por fajas horizontales y festón de ondas sobre la frente; y la estatua grande lleva desde los remates del frontal las caídas de cadenillas con los rosetones y por fin los collares: todos los elementos que se hallan en el grupo de piezas de oro del tesoro de Jávea.

III

Examinemos estas piezas de oro.

La más importante es el frontal ó diadema, el cual se compone de tres partes, una faja ó rectángulo y dos extremos triangulares. El fondo en las tres son otras tantas placas de oro, sobre las cuales, con hilillo y granitos pegados, se han hecho los adornos. Examinando atentamente la alhaja se aprecia su técnica. Los adornos fueron primeramente dibujados, mejor dicho, grabados con un punzón en las delgadas placas de oro, que conservan por su cara de reverso la huella al realce de todo el trazado. El punzón debió abrir en unos sitios surco al cordoncillo que debía luego ser aplicado, y en otros sitios caja á los granillos de oro con que habían de ser llenados ciertos espacios. Fué tan profunda la acción del punzón en la delgada placa, que la cortó, y por esto se han caído muchos trozos de ella, dejando en la diadema el aspecto de una labor calada que no pensó hacer su ignorado constructor. Pequeños trozos de fondo y pequeñísimas adherencias en los filetes del adorno convencen suficientemente de la existencia de ese fondo, que hoy falta en muchas partes.

Esta labor y sus tres elementos: la placa de fondo, el cordoncillo y los granillos adheridos á ella es la labor y son los elementos de la técnica etrusca y de todos los pueblos del Mediterráneo ². El cordoncillo sirvió

¹ Números 4, 5 y 6 de nuestro Catálogo, lám. III (tomo VIII) y fig. 1.^a

² Fontenay: *Les Bijoux anciens et modernes*. Este autor, cuyas observaciones tienen mucha importancia, por ser él platero, dice que los de entonces empleaban para esas soldaduras materias derivadas del cobre, por desconocimiento del bórax, y que así se practicaba todavía en la Edad Media, por el siglo XI, según se aprecia en el libro del monje Teófilo *De diversis artibus schedula*. Acaso las manchas violáceas que por algunos sitios se ven en la diadema de que nos ocupamos provengan de la oxidación de dichas materias.

para seguir y realzar todas las líneas del dibujo, empleándolo sencillo ó bien uniendo dos, tres y aun cuatro, según se quisieron formar filetes más gruesos.

El trazado ornamental de la diadema corresponde en un todo al sistema greco-oriental. Es el sistema de la decoración de los vasos corintios y de la conocida *cista Castellani*, existente en el Museo Británico, que consiste en disponer los motivos por fajas horizontales. Nuestra diadema perfila su faja inferior ó borde en una serie de ondas, motivo que vemos igualmente en la diadema de la cabeza mitrada del Cerro de los Santos que registramos con el número 4¹. Contando de abajo á arriba la segunda faja de la diadema es de ondas formada por un tallo serpeante del que salen otros á modo de caulículos que se enrollan en direcciones contrapuestas alternadamente. Este motivo aparece asimismo, y ocupando idéntico lugar, en las diademas de la cabeza citada y de la número 5, ofreciendo una variante la diadema de la figura grande (núm. 6) del Cerro de los Santos. La faja tercera contiene un motivo gracioso de tallos serpeantes que recuerdan los del árbol místico de los relieves asirios de Nimrud, y aunque se reconoce en tal motivo un origen oriental, la ordenada ponderación de sus elementos y el exquisito gusto con que están trazados y combinados, revela la sabia enseñanza griega. La faja cuarta repite el sistema de la segunda, pero en labor distinta y más fina, puesto que el cordoncillo dibuja, pero no realza tallo y caulículos. La faja más estrecha que corre por encima está decorada con rombos repujados, motivo idéntico al de un pendiente que forma parte del conocido tesoro de Micenas, y, por fin, el festón superior de la diadema es de menudas hojitas de vid, motivo que suele verse en los vasos pintados griegos de estilo arcaico, entre otros el ánfora de Andocides existente en nuestro Museo Arqueológico Nacional.

Los extremos de la diadema, ó sea las placas triangulares, están decoradas por análogo modo con sendas fajas de tallos formando roleos, en disposición muy parecida á los de las figuras del Cerro, hojitas de vid y un precioso motivo de palmetas, cuyo carácter griego salta á la vista.....

Estas placas triangulares unen á la grande por medio de charnelas que permitían, sin duda, adaptarla más cómodamente sobre la frente, puesto que corresponderían con las ligeras depresiones craneanas que in-

¹ 7510 del Inventario del Museo; véase tomo XI, lám. III, fig. 2.

dican los temporales. Dos anillitas que se ven sobre los vértices de los triángulos debían facilitar la sujeción de la diadema.

De sus costados debían partir las cadenillas propias de tal género de adorno ibero, cuya acabada representación nos ofrecen las esculturas del Cerro de los Santos y el busto de Elche. De estas cadenillas sólo una encontramos en el tesoro de Jávea, y como debieron ser numerosas, es evidente que las demás faltan. Otra se conserva, pero la circunstancia de ser un poco más gruesa y bastante más corta que la primera, indica que no debía corresponder á las indicadas caídas, sino á otro accesorio. Acaso servía para sujetar la diadema á la cabeza, enlazando con otra cadena por cima del occipucio, para cuyo efecto pudieron servir los extraños remates que ofrece. La primera cadena, de la cual pende una especie de joyel, en el que ha creído reconocer el Sr. Alvarez Ossorio una fíbula, que por mera sujeción, para que no estorbase al rostro en los movimientos de la engalanada cabeza, debía ser prendida á la ropa por sobre el hombro, da la longitud cumplida para tal efecto, pendiendo de sobre el temporal. El joyel ó fíbula en cuestión afecta figura oval y está compuesto de un grueso aro formado por varias vueltas de cadenilla sobre sí misma y dos fajas dispuestas en cruz, formadas por placas cuyos extremos se revuelven formando volutas, estando adornadas con labores de cadenilla. La forma y la labor de este joyel es la misma de los análogos que vemos en la cabeza núm. 4 y en la estatua núm. 6 del Cerro de los Santos, en los que su masa redonda sobresale de entre las cadenillas de las especies de ínfulas, sobre los hombros, á la altura del cuello. No conocíamos más que por estas esculturas esas joyas: ahora lo vemos en el natural.

Igual acontece con los collares formados por unos alambres en espiral. Son propiamente hilos de collar, más gruesos del medio que de los extremos.

Las piezas de plata, todas oxidadas, son á modo de cintas, fragmentos en su mayoría, de brazaletes en espiral. Uno hay completo, más lujoso é importante que los otros, figurando una serpiente, cuya cabeza está muy bien cincelada. Otro brazalete de serpiente, en plata, muy semejante, descubierto años hace con otras alhajas y monedas cartaginesas en la huerta de la Safa, término de Cheste (Valencia), es decir, al Noroeste de Denia, y propiedad de D. José de Llano, dimos á conocer en esta REVISTA ¹. El la-

¹ Tomo VII (1902), pág. 164 y lám. V.

brado con que en uno y otro brazalete fué interpretada ornamentalmente la piel de la serpiente son muy parecidos.

Brazaletes de este género, ó sea de espiral, son los de algunas estatuas varoniles del Cerro de los Santos ¹.

IV

Después de cuanto llevamos expuesto no parece necesario insistir mucho en cuanto al origen indígena y al gusto grecó-oriental de las alhajas de Jávea, puesto que responden á una moda ibera que el busto de Elche y las esculturas del Cerro de los Santos patentizan cumplidamente. Sin embargo, como se ha hablado de un origen puramente griego, y acaso no andan conformes todas las opiniones acerca de la clasificación de tales piezas, conviene puntualizar aquí la cuestión.

No es posible plantear ésta sólidamente sin términos de comparación. ¿Dónde están éstos, fuera de la Península ibérica, que ofrezcan analogías con el aderezo contestano? En cuanto á la disposición general del mismo inútil es buscar otro ejemplo antiguo que el del aderezo recogido en Hisarlick (Troya) por el Dr. Schliemann, publicado por nosotros en otra ocasión ya citada ². Pero ya hemos visto que fuera de la disposición general no hay reminiscencias en la ornamentación de las piezas de Jávea con las micenianas, cuya técnica es por lo común el repujado, y cuya ornamentación es de otro carácter y más primitivo. Una diadema que hay de Micenas afecta otra forma y está decorada con motivos circulares, que son los predominantes en la orfebrería miceniana. Lo único que hay de común entre ésta y la ibérica es la fastuosidad, lo recargado de las joyas; caracteres comunes á la joyería oriental, asiria, persa, bizantina, árabe, y á la de los pueblos bárbaros. Por el contrario, la joyería helénica fué muy sencilla. Los helenos, como permiten apreciarlo sus monumentos figurativos, no sólo la escultura y las pinturas de vasos en que representaron á los dioses, sino las figurillas de barro en que representaron á los simples mortales, fueron sobrios en galas que realzasen la belleza natural de que ellos se mostraron orgullosos. Pocas, muy pocas joyas griegas se conservan: sortijas, brazaletes, alguna diadema; pero todo ello responde á

¹ Véanse las estatuas que señalamos con los números 53, 62 y 63.

² Tomo X, lám. VI.

esa sobriedad que fué condición precisa del buen gusto griego. No hay una sola pieza parecida á las de oro de Jávea.

En nuestro Museo Arqueológico Nacional hay justamente una diadema griega de oro, á modo de cinta no muy ancha, repujada, cuya decoración consiste en una serie de cuadrúpedos, que recuerdan los de los citados vasos corintios. Estos vasos y la diadema citada son de estilo arcaico, y ambos recuerdan un sistema decorativo oriental. En la diadema de Jávea no hay figuras de seres animados, su decoración es puramente ornamental. La división por fajas recuerda las composiciones decorativas orientales, las tiaras de los toros y reyes asirios, de los reyes partos, etc.

Oriental y bárbara, como adopción de una moda importada de Oriente entre la gente ibera, es la disposición decorativa de la diadema de Jávea y el gusto recargado de la misma. Entre sus motivos los hay griegos, más ó menos puros, los hay evidentemente greco-orientales.

De manera que, concretando el caso, el aderezo de Jávea ofrece todos los caracteres de ser producto de una moda y de manufacturas íberas, puesto que sus términos de comparación no están en Oriente más que como tipos originarios (diademas troyanas, tiaras asirias), y sí lo están en la Península, en las esculturas levantinas y en otra diadema de oro de igual forma, á modo de ancha cinta, decorada con figuras de hombres y caballos, existente en el Museo del Louvre como procedente de la provincia de Cáceres; pero que, según nuestras noticias, procede de Asturias. En suma, el aderezo de Jávea es del propio estilo ibero greco-oriental á que corresponden aquellas esculturas.

Queda la cuestión de fecha. Nuestros lectores saben que hemos señalado el siglo v antes de J. C. como fecha del busto de Elche, y que suponemos posteriores, como derivación amanerada del perfeccionamiento que el busto representa, las citadas esculturas del Cerro de los Santos. El arte de la diadema es todavía semi-arcaico; pero de un arcaísmo que, sin que podamos señalar en él un motivo evidentemente clásico, parece sentir la libertad del clasicismo. Por consiguiente, nosotros creemos que esa diadema, dadas sus analogías con las que ostentan las citadas cabezas del Cerro de los Santos, debe corresponder á ese mismo período del arte ibero, que se nutría de tradiciones arcáicas y vagos é imperfectos reflejos del clasicismo, período cuyos comienzos es lógico colocar en el siglo v pero que debió de prolongarse durante todo el siglo iv.

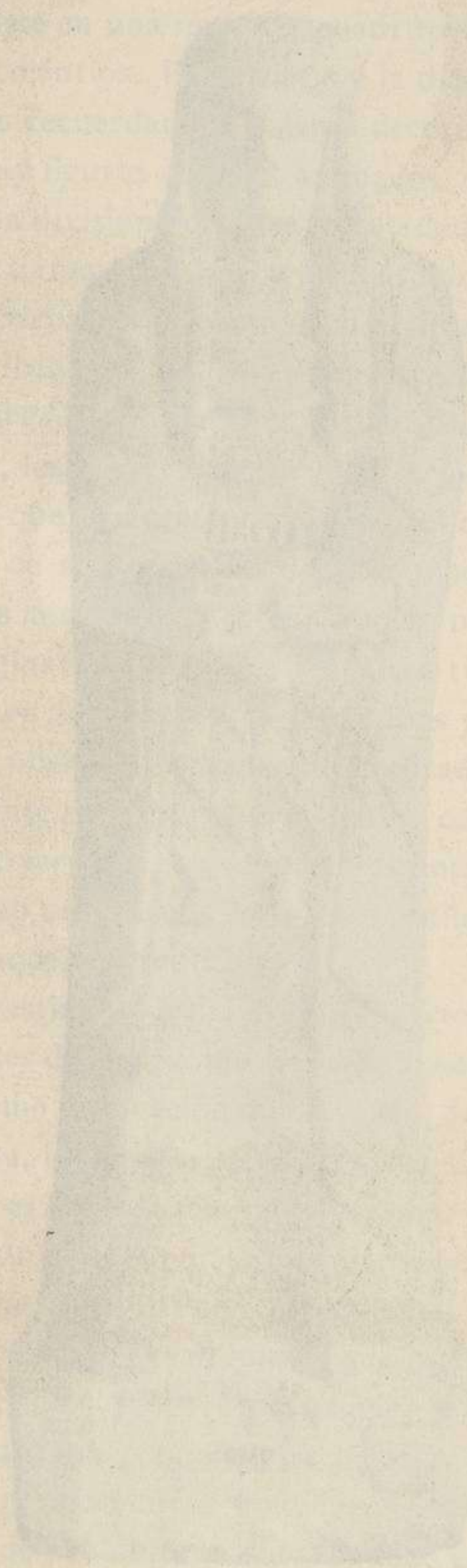


Fototipia de Hauser y Menet. - Madrid

ESTÁTUA DESCUBIERTA EN EL CERRO DE LOS SANTOS (ALBACETE)

ALTURA 1.^m 35

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte (MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL)



ESTATUA RESCIBIERTA EN EL CERRO DE LOS SANTOS (ALBAZOLA)



N.º 7509.—ALTO 0'22.

N.º 7510.—ALTO 0'33

N.º 7505.—ALTO 0'23

N.º 7513.—ALTO 0'22



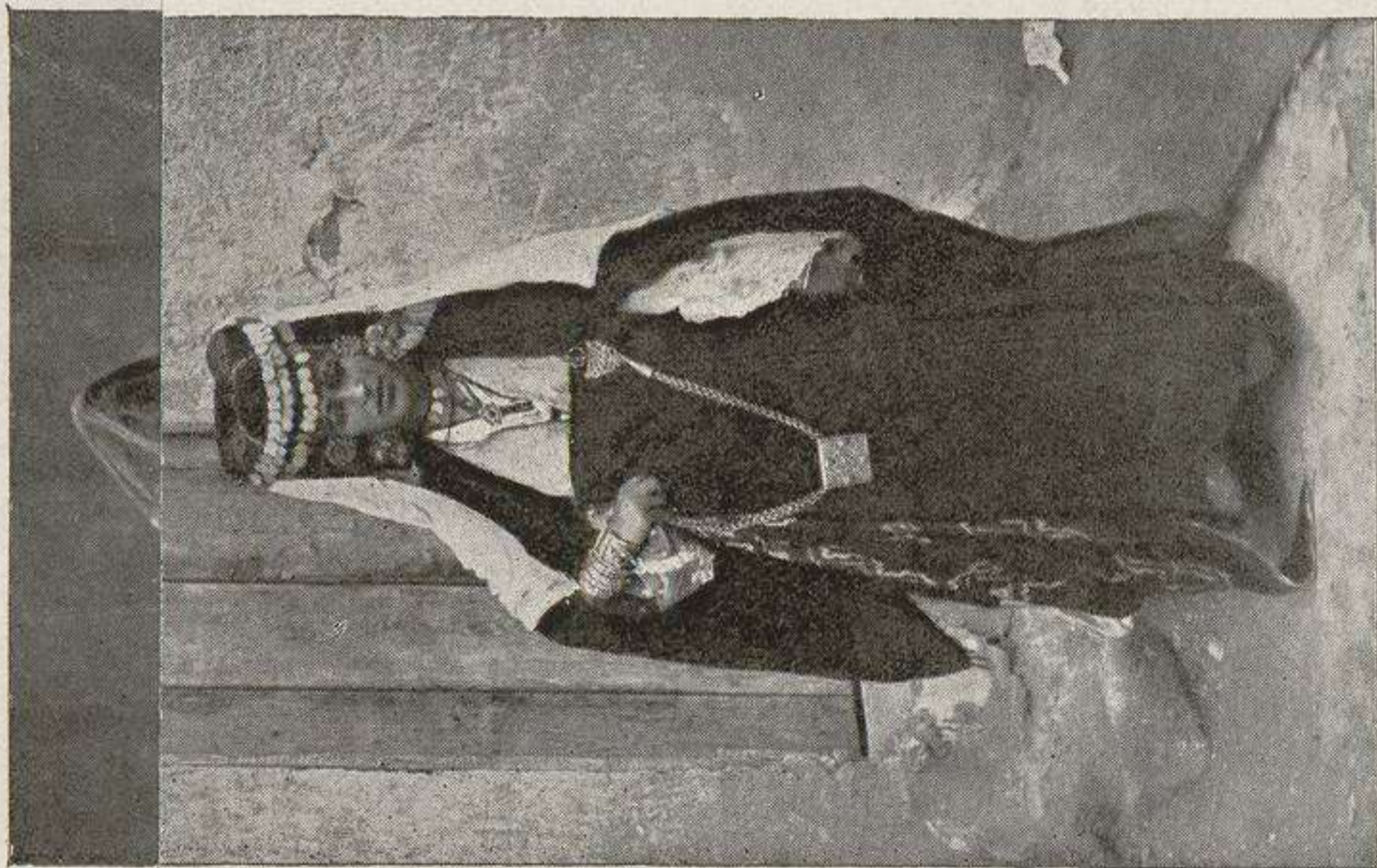


Núm. 3513. Alt.^a 0^m94.

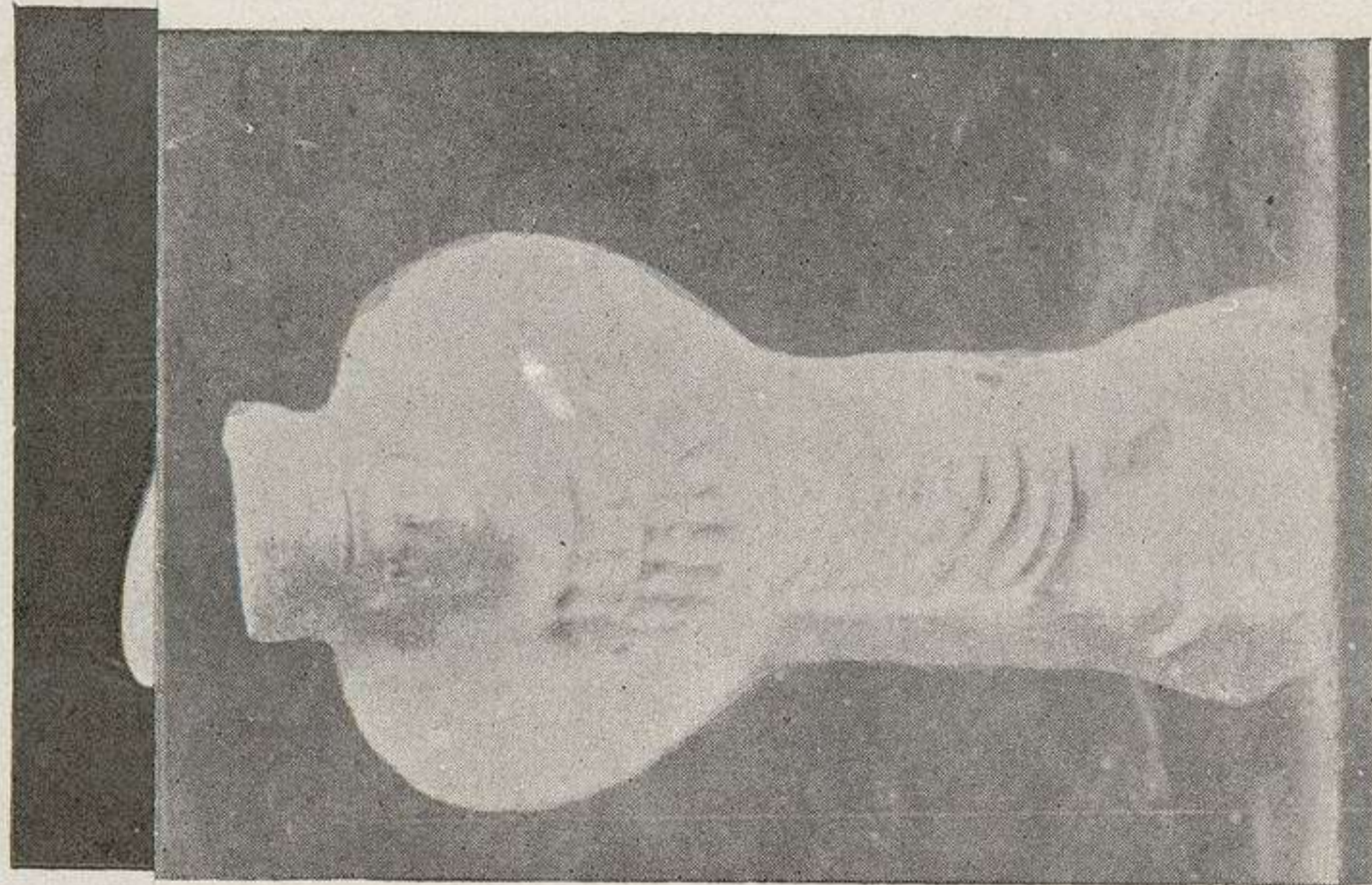


Núm. 3502. Alt.^a 0^m73.

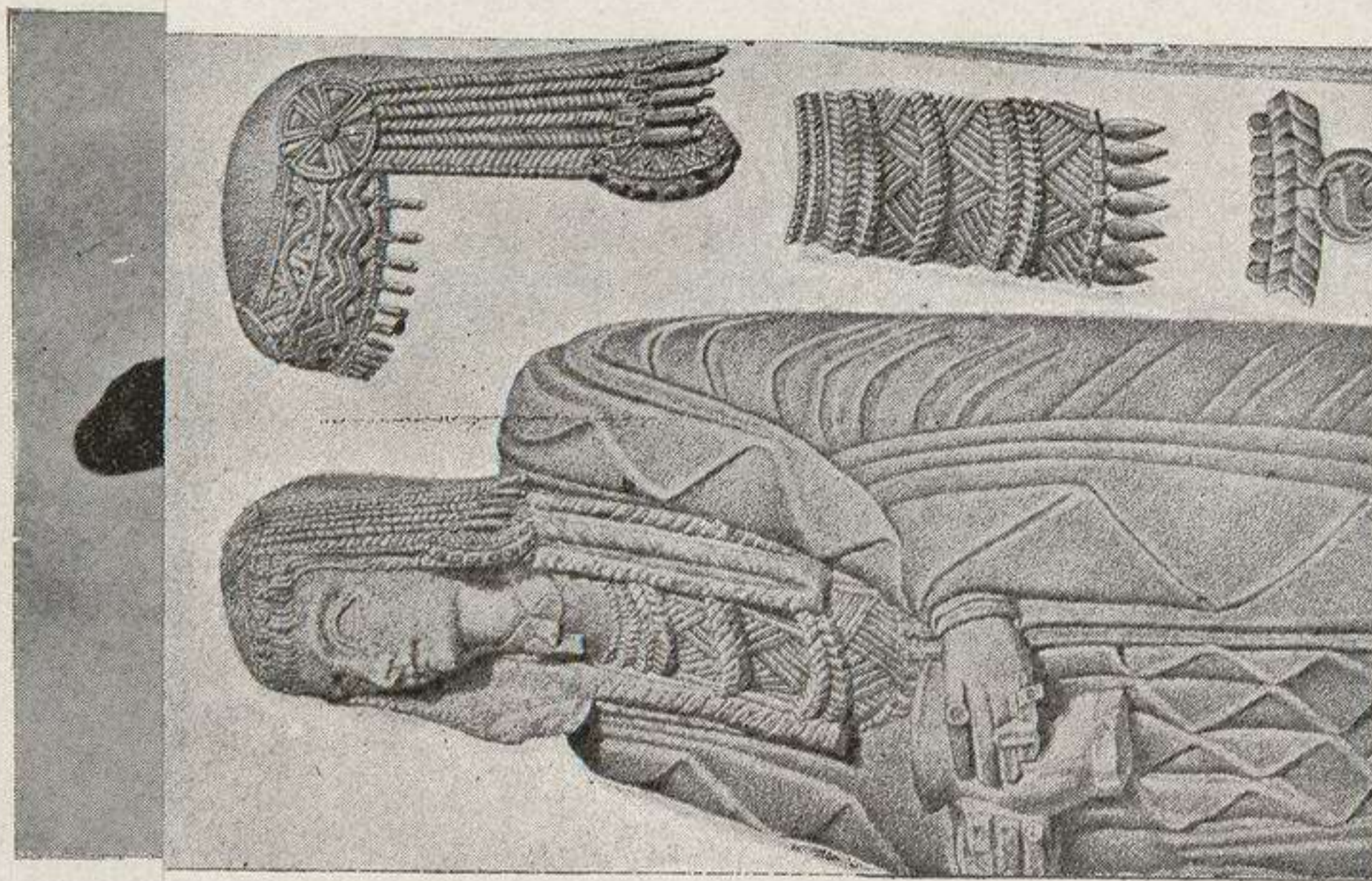
Estatuas del Cerro de los Santos (Albacete).—Museo Arqueológico Nacional.



Mujer argelina.



Barro greco-púnico del Museo de Túnez.



Detalle de la estatua núm. 3500 del Cerro de los Santos.
Dibujo del Sr. Aznar en la *Indumentaria Española*.



Mujer argelina.



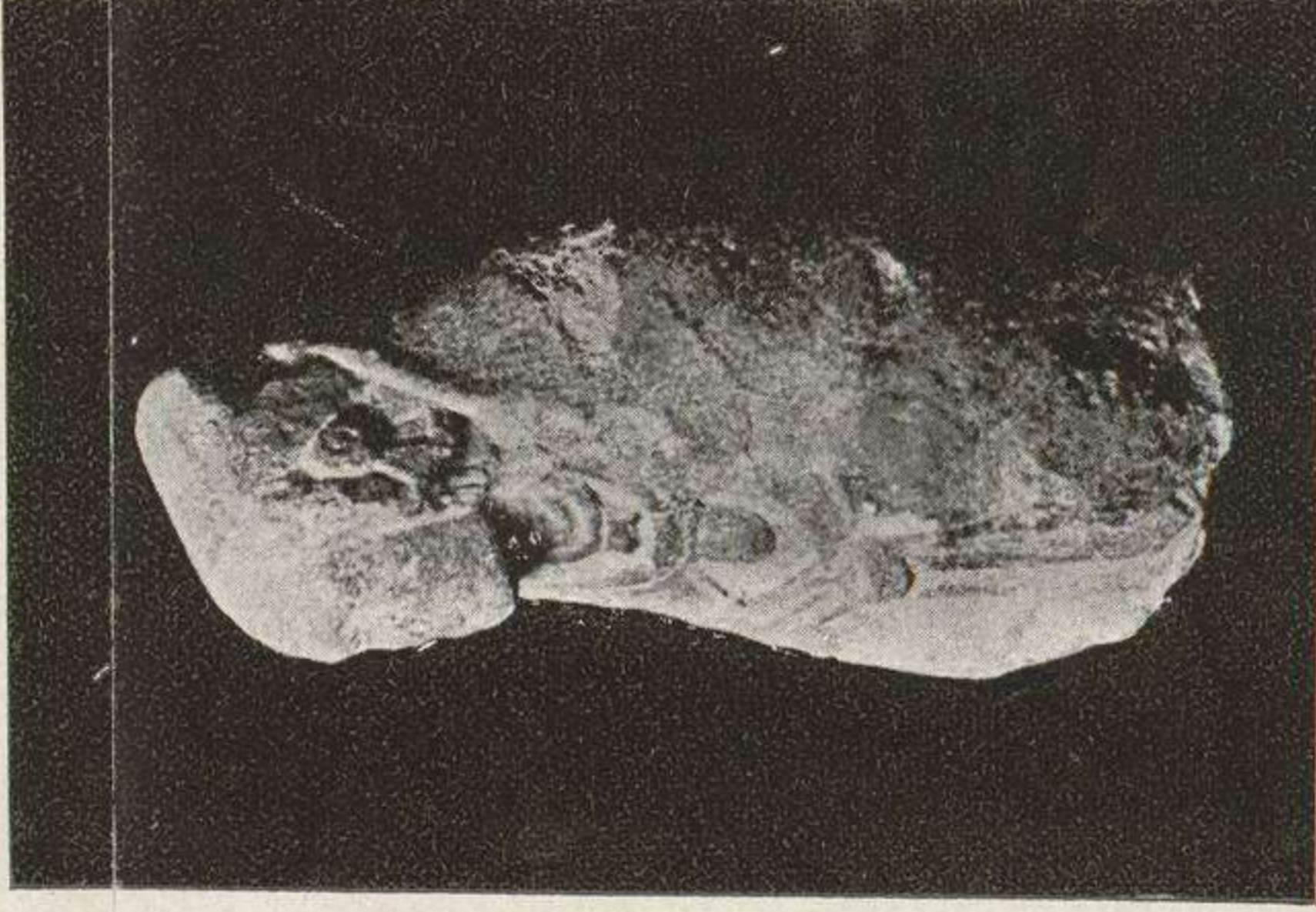
Busto de Elche, Museo del Louvre.



La señora del pintor Sorolla en traje valenciano.



Mujer argelina.



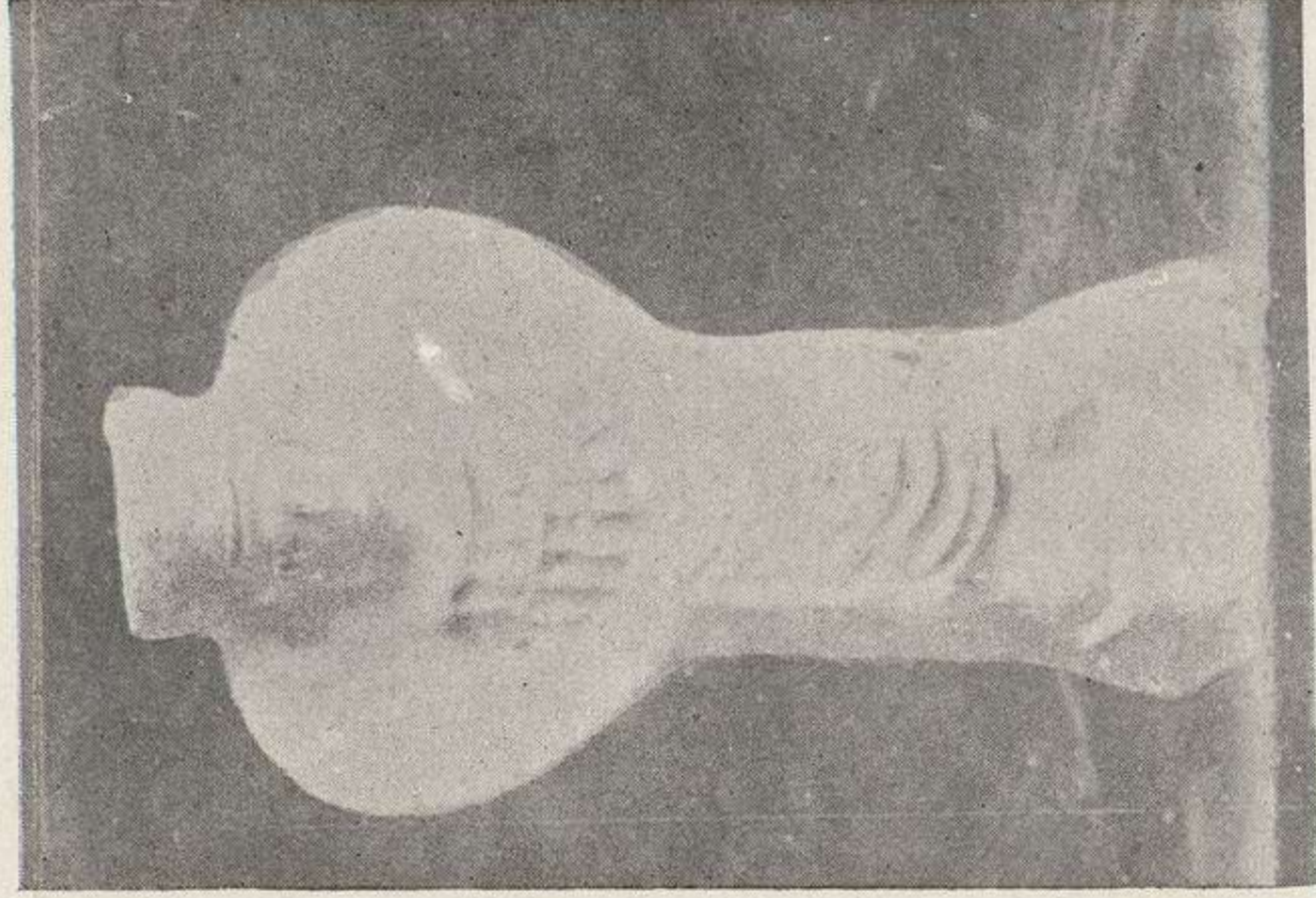
Estatueta núm. 7707 del Cerro de los Santos, Museo Arqueol. Nac.



La señora de Schliemann con una diadema descubierta en Hissarlik (Troya).



Mujer argelina.

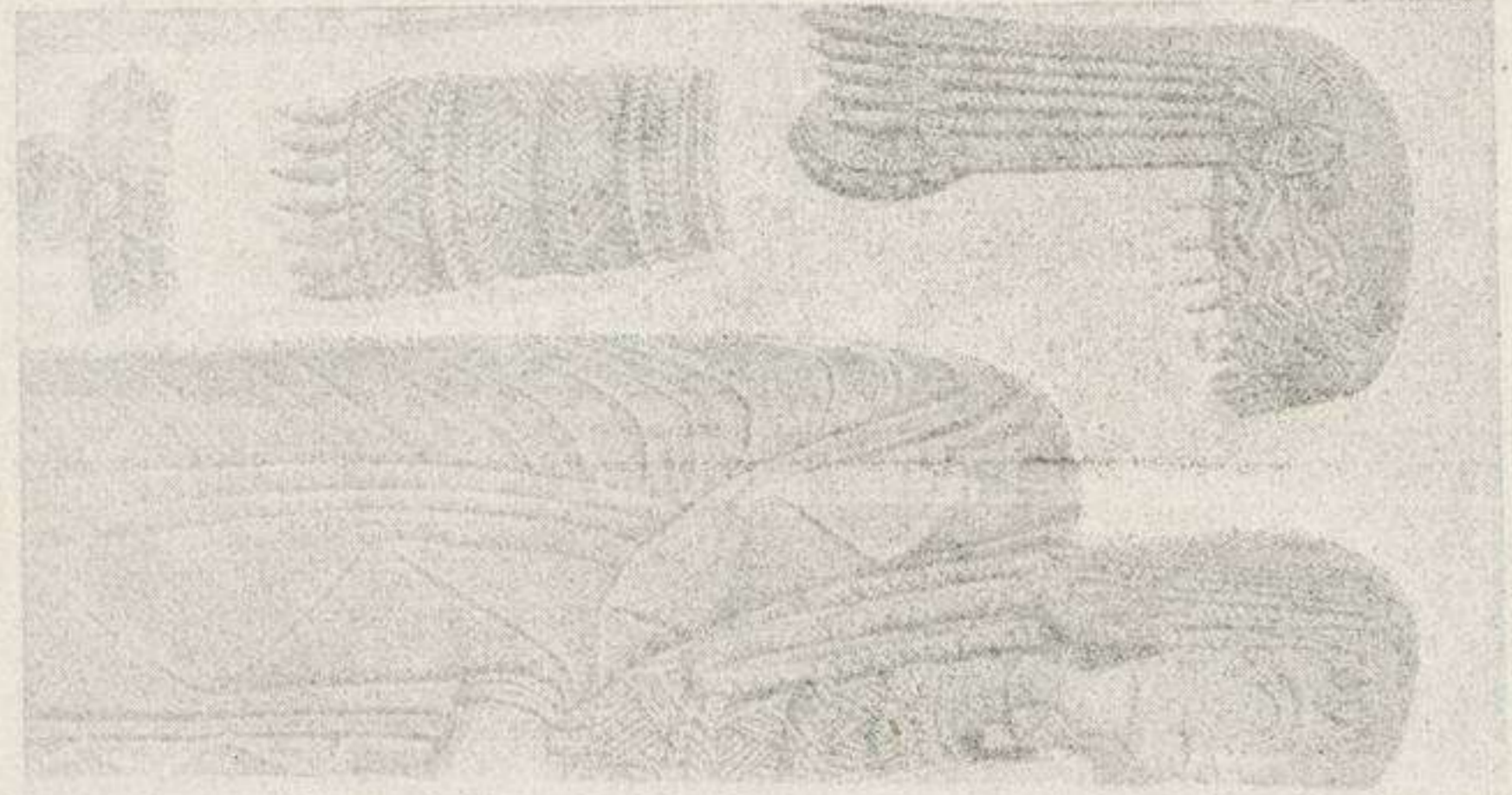


Barro greco-púnico del Museo de Túnez.



Detalle de la estatua núm. 3500 del Cerro de los Santos. Dibujo del Sr. Aznar en la *Indumentaria Española*.

1897. Imp. de la "República" en el Callejón de San Mateo, No. 10. C. de la G. de los Grupos.



Princesa en un momento de su vida con una princesa

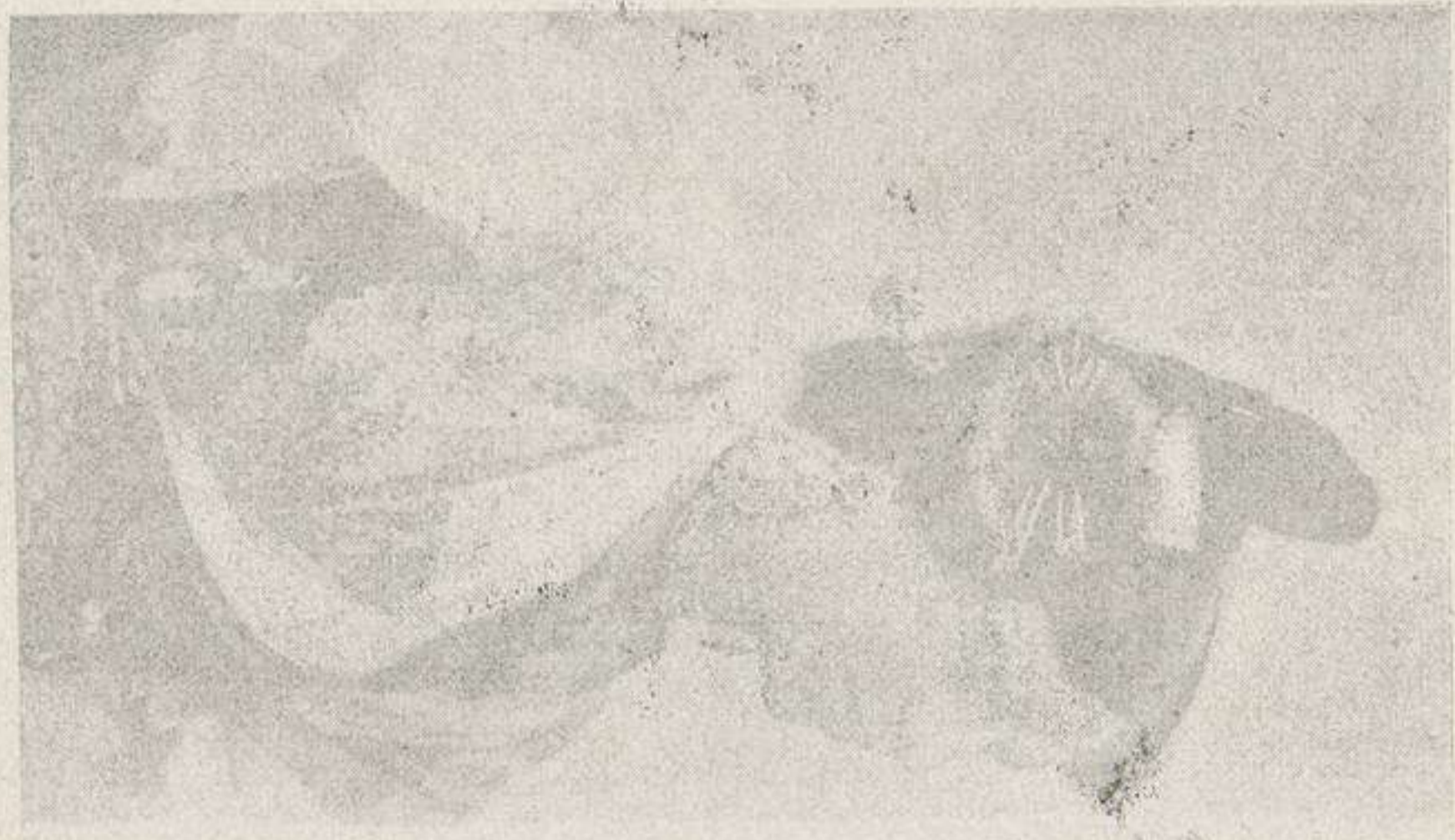


Princesa en un momento de su vida con una princesa



1897. Imp. de la "República" en el Callejón de San Mateo, No. 10. C. de la G. de los Grupos.

...del ...



...IV ...

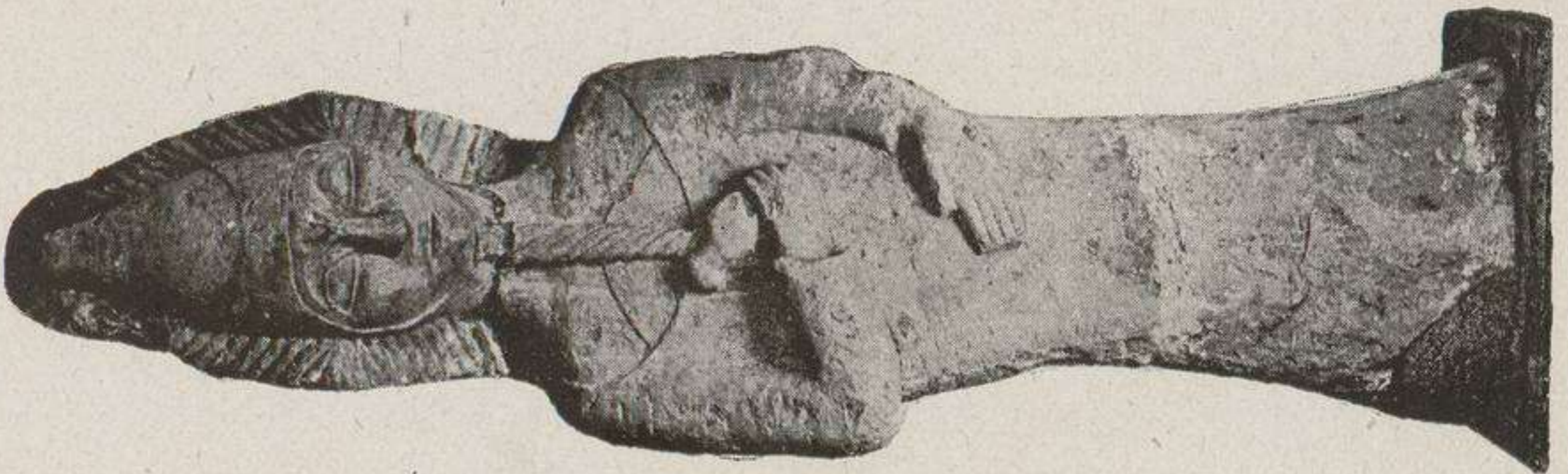


Num. 3.512.—Alt.ª 0m 55.

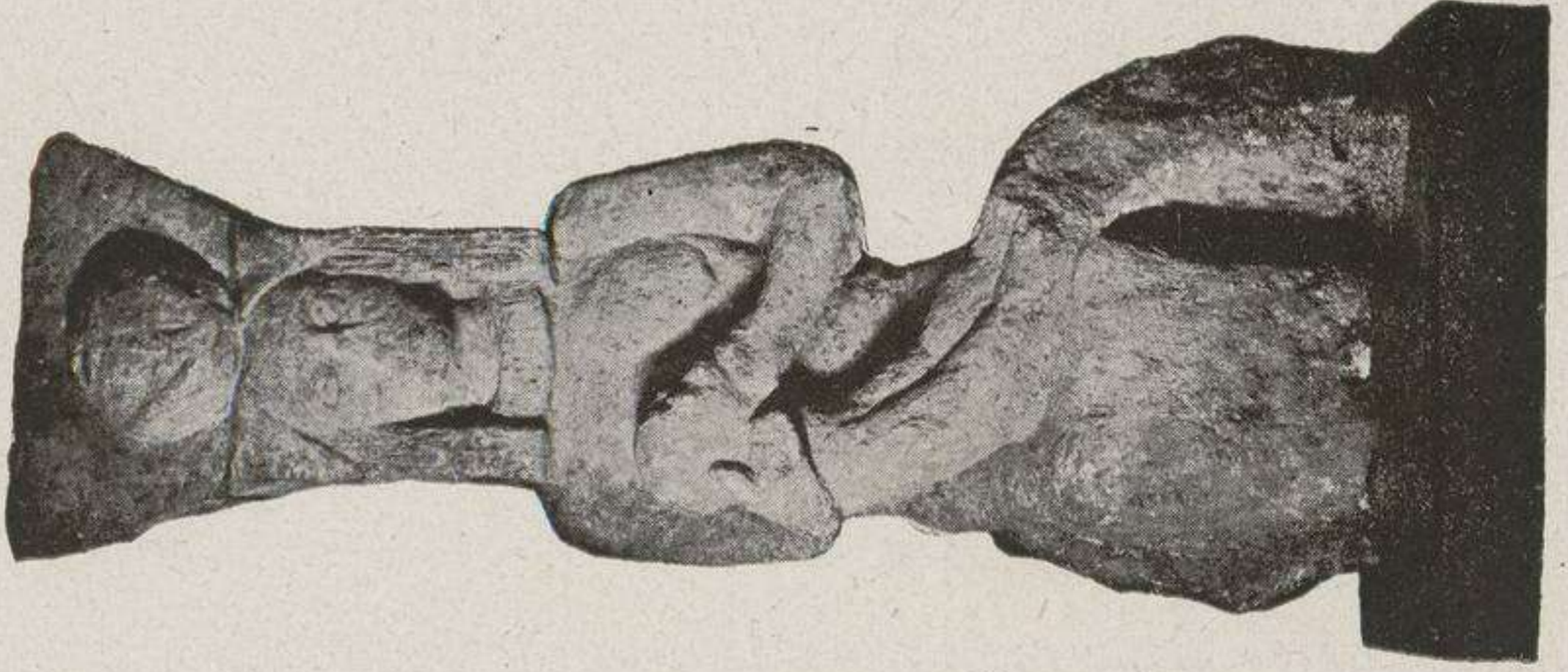
Núm. 3.511.—Alt.ª 0m 66.

Núm. 7.641.—Alt.ª 0m 60.

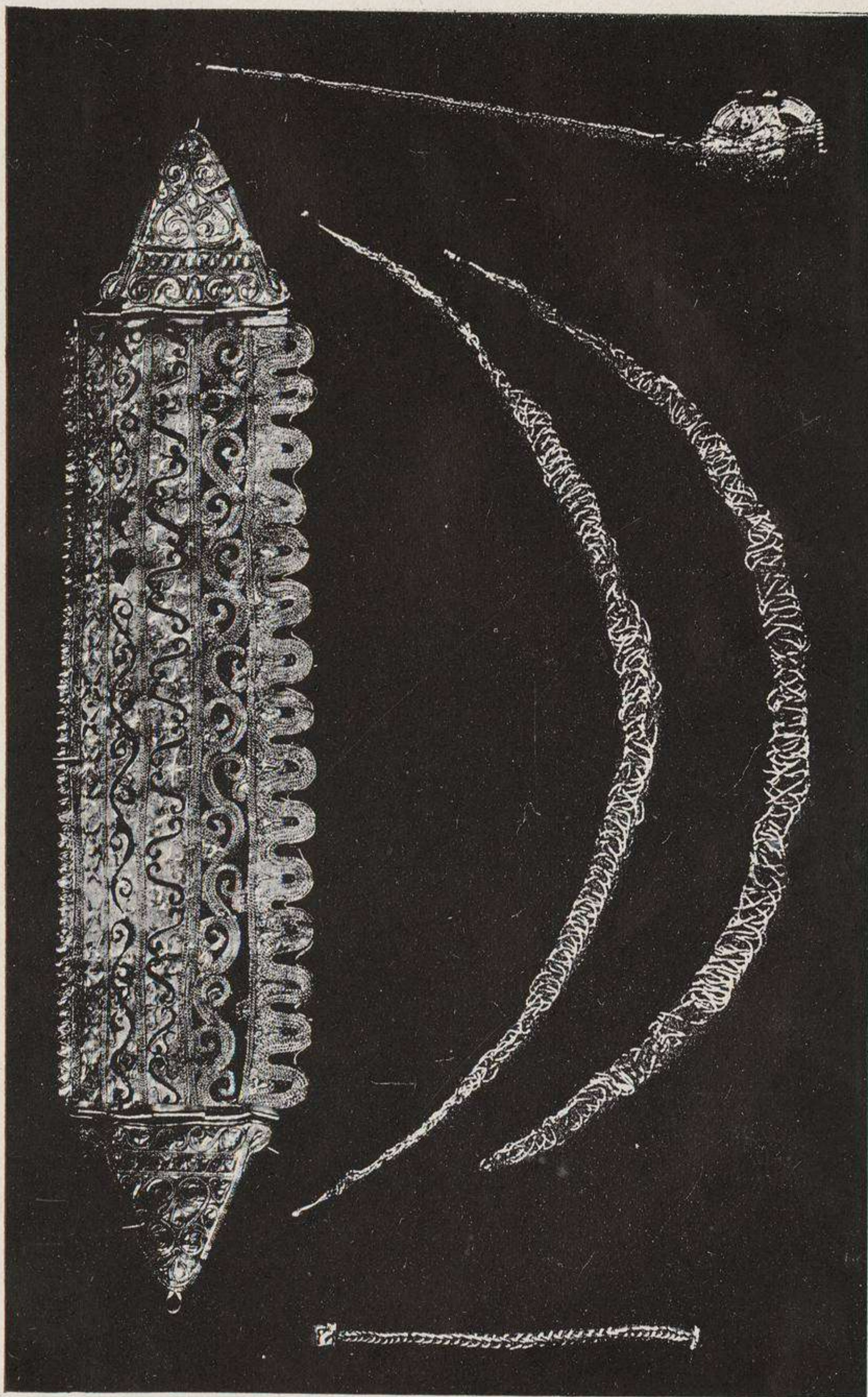




Núm. 3.490. — 1,56



Núm. 500. — 1,80



TESORO DE JÁVEA. —PIEZAS DE ORO





DP

TELIDA

ESC.

ERRO

DE LOS

ANTOS

OP021

Ministerio d